



CLÁSICOS AQUAE



Dante Alighieri

Questio de Aqua et Terra

Giovanni Boccaccio

Trattatello in Lode di Dante Alighieri



Edición bilingüe Italiano - Español

Traducción y edición a cargo de Júlía Benavent

DANTE ALIGHIERI
QUÆSTIO DE AQUA ET TERRA



GIOVANNI BOCCACCIO
TRATTATELLO IN LAUDE
DI DANTE ALIGHIERI

DANTE ALIGHIERI
QUÆSTIO DE AQUA ET TERRA

EDICIÓN BILINGÜE LATÍN-ESPAÑOL



GIOVANNI BOCCACCIO
TRATTATELLO IN LAUDE
DI DANTE ALIGHIERI

EDICIÓN BILINGÜE ITALIANO-ESPAÑOL

Traducción y edición a cargo de

JÚLIA BENAVENT

*Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados. Dirigirse a CEDRO (www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear fragmentos de la obra.*

Primera edición: septiembre 2016

© de esta edición: Fundación Aquae, 2016

© de la edición y de las traducciones: Júlia Benavent, 2016

Coordinación: Joan Iborra

Diseño: Aranda & Rosselló

Imagen de la cubierta: Modelo cosmológico aristotélico según Petrus Apianus,
Cosmographia publicada por primera vez en Antwerpen (1524)

Impreso: La Imprenta CG

ISBN: 978-84-617-6739-7

Depósito legal: V-????-2016

Impreso en España / Printed in Spain

ÍNDEX

Notas sobre la colección “El agua en los clásicos” de la Fundación Aquae, por <i>Ángel Simón</i>	9
Una visión actual de la “Quæstio”, por <i>Enric Valor</i>	11
A modo de introducción.....	17

Dante Alighieri

SOBRE EL AGUA Y LA TIERRA

De la forma y el lugar de los elementos.....	35
--	----

Giovanni Boccaccio

BREVE TRATADO EN ALABANZA DE DANTE ALIGHIERI

Giovanni Boccaccio: <i>Breve tratado en alabanza de Dante Alighieri</i>	59
De los orígenes, vida, estudios y costumbres del clarísimo varón Dante Alighieri florentino, poeta ilustre, y de las obras que compuso	69
De forma et situ duorum elementorum aque videlicet et terre	123
De origine, vita studis et moribus viri clarissimi Dantus Aligerii florentini, poete illustris, et de operibus compositis ab eodem, incipit feliciter	143

NOTAS SOBRE LA COLECCIÓN
“EL AGUA EN LOS CLÁSICOS”
DE LA FUNDACIÓN AQUAE

EL AGUA REPRESENTA PARA EL SER HUMANO LA POSIBILIDAD DE VIVIR, asegura su existencia, la ennoblece, la perpetúa. Como referente vital es también el primer elemento fundamental de su cultura, sobre el que una y otra vez se detiene a reflexionar. Entre la admiración y la devoción, entre el análisis científico y técnico, el ser humano nunca abandona, desde sus capacidades, el estudio del agua, su representación y evocación.

La Fundación Aquae tiene el propósito de dedicar una atención destacada a las obras de pensamiento que sobre el agua se han escrito a lo largo de la historia, que han favorecido la meditación y los avances de nuestra cultura, nos han proporcionado indiscutibles ventajas cotidianas y grandes ambiciones científicas, al tiempo que nos permiten la convivencia sencilla y humilde de cada día, reflejada en el lenguaje, en los ritos, en la literatura.

Con el fin de resaltar la importancia que tiene en nuestro pequeño mundo diario y en los grandes retos de la ciencia y el pensamiento, esta nueva colección acogerá aquellos textos que tengan como núcleo principal el agua, en sus múltiples manifestaciones y expresiones, que nos presenten las dimensiones de nuestros progresos, de los procesos

del pensamiento científico que han experimentado en su evolución y del significado que han ido adquiriendo y perpetuando a lo largo de la historia en el pensamiento literario y artístico, es decir, en las referencias míticas de nuestra cultura.

El primer texto que ofrecemos a los lectores interesados, que deseamos que sean muchos, es un opúsculo de Dante Alighieri, *Quaestio de aqua et terra*, última obra del gran poeta, de cuyo nacimiento acabamos de festejar el 750 aniversario. La edición bilingüe latín-español va acompañada de otra obra breve, *Trattatello in laude de Dante Alighieri*, en edición bilingüe italiano-español, que escribió otro gran poeta clásico italiano, Giovanni Boccaccio. La materia tratada por Dante, la situación y la relación entre los elementos agua y tierra, es de la mayor importancia para la colección de textos clásicos que nos proponemos llevar a cabo, por lo que nos enorgullece ofrecer al lector dos obras casi desconocidas de ambos autores. Van acompañadas de una breve introducción que las contextualiza y de un texto sobre el agua y la tierra, según el pensamiento científico actual.

Es nuestro deseo que aquello que permite nuestra existencia sea constante objeto de reflexión, creación y admiración cada día.

ÁNGEL SIMÓN
Presidente de la Fundación Aquae

UNA VISIÓN ACTUAL DE LA “QUÆSTIO”

EN LA *QUÆSTIO DE AQUA ET TERRA* DANTE TRATA DE RESOLVER UN debate candente en su época acerca de la posición relativa del agua y de la tierra emergida, dentro del modelo cosmológico derivado de la filosofía aristotélica que era el paradigma dominante en aquel tiempo. Como se aprecia en el texto, la argumentación sigue las reglas del razonamiento lógico basado en los “leyes de la física” aristotélica que regían en aquel momento, introduciendo elementos basados en la observación empírica. Por ejemplo, cuando se argumenta que el agua no puede ser más alta que la tierra emergida puesto que los ríos descienden de las montañas al mar, y no al revés como otros postulaban. Otras veces los argumentos son de tipo teológico, como cuando se explica que la gibosidad de la tierra emergida es causada por la octava esfera, donde se encuentran las estrellas, esencialmente porque Dios así lo dispuso de la mejor manera. De este modo se trataba de conjugar la teoría aristotélica, que configuraba la explicación más razonable del universo en aquella época, con los textos bíblicos que no debían verse contradichos por ninguna teoría. Este razonamiento filosófico-teológico empezó a ser superado con el advenimiento del método científico a partir del trabajo de Galileo Galilei en el siglo XVII, entre otros, el cual se basa

en la observación de los fenómenos, la formulación de hipótesis, la experimentación reproducible para comprobar o falsar las hipótesis, y la propuesta de teorías desarrolladas a partir de las conclusiones obtenidas de los pasos anteriores, siguiendo pues un razonamiento lógico basado en la experiencia y desligado completamente de cuestiones teológicas.

Desde aquella época nuestra visión del mundo y del universo ha cambiado extraordinariamente. La cosmología aristotélica consideraba que el Universo era finito, eterno e inmutable, formado por un conjunto de esferas concéntricas que contenían los diferentes elementos observados: los cuatro elementos de la Tierra (tierra, agua, aire y fuego), la Luna, los planetas observables (Mercurio, Venus, Marte, Saturno, Júpiter), el Sol y las estrellas fijas. La Tierra ocupaba el centro del Universo y era inmóvil, mientras que los planetas y los astros se encontraban dispuestos en las diferentes esferas que giraban a causa de una serie de motores, los cuales a su vez debían su movimiento a un primer motor inmóvil que actuaba directamente sobre la esfera más externa que contenía a las estrellas.

El modelo cosmológico actualmente más aceptado y más acorde con las observaciones experimentales es la teoría del Big Bang, la cual considera que el Universo tuvo su inicio hace unos 15.000 millones de años a partir de una singularidad que contenía toda la energía del Universo en un espacio ínfimo, el cual comenzó una rápida expansión. En las primeras fases de la expansión se formaron primero los núcleos de los elementos más ligeros (básicamente hidrógeno y helio), para dar paso después a la formación de los átomos. La distribución no homogénea de la materia en el Universo primordial dio lugar posteriormente a la formación de estrellas y planetas que forman las galaxias que hoy observamos. Estas galaxias se encuentran en movimiento relativo alejándose unas de las otras, de modo que la expansión del Universo continúa, siendo éste por tanto finito en el espacio y en el tiempo, y en ningún modo inmutable. La distribución inicial de la materia tiene su reflejo en que las galaxias se encuentran agrupadas en conjuntos llamados cúmulos, que a su vez se agrupan formando supercúmulos de galaxias. Nuestro sistema solar se encuentra en el brazo espiral de Orión en la

Vía Láctea, nuestra galaxia, que a su vez forma parte del Grupo Local incluido en el supercúmulo de Laniakea.

El hidrógeno y el helio que se formaron en los primeros momentos del Universo constituyen la materia primordial a partir de la cual se han formado el resto de elementos. Ellos constituyen la materia básica que da lugar a las estrellas, que son básicamente reactores de fusión nuclear en los que se procesan elementos ligeros para dar lugar a elementos más pesados liberando una cantidad enorme de energía. La muerte de cada estrella da paso al nacimiento de una nueva a partir de sus restos, generándose en cada ciclo nuevos elementos. Se cree que nuestro Sol es una estrella de tercera generación formada a partir de la formación y muerte de dos estrellas previas, a tenor de la proporción de elementos pesados (como el uranio) presentes en la Tierra.

El Sol y el resto de planetas y astros del Sistema Solar se formaron a partir del colapso gravitatorio de la nube de gases, rocas y polvo resultado de la muerte de una estrella anterior, hace aproximadamente 4.500 millones de años. Parte del polvo de la zona interior de la nebulosa solar se aglutinó para formar asteroides cuya acreción posterior dio lugar a la Tierra, que inicialmente era una esfera de materiales fundidos en la que los materiales más pesados (níquel y hierro) se hundieron hacia el centro planetario para formar el núcleo, mientras que los más ligeros permanecieron en la superficie. Se cree que el impacto de un gran asteroide dio lugar a la formación de la Luna y provocó la inclinación del eje de rotación terrestre respecto del plano de la eclíptica. Con el tiempo la superficie planetaria se fue enfriando hasta que la zona más externa se solidificó formando la corteza terrestre que quedó “flotando” sobre un fluido interno que ocupa el manto. En el proceso de enfriamiento se produjo la emisión de grandes cantidades de gases que formaron una primitiva atmósfera, fundamentalmente dióxido de carbono, nitrógeno y vapor de agua. Cuando la temperatura del planeta se redujo suficientemente, el vapor de agua empezó a condensar formando inicialmente pequeñas cantidades de agua. En la actualidad, se cree que el impacto de meteoritos portadores de agua sobre la superficie de la primitiva Tierra también contribuyó al aporte

de este elemento. El desarrollo de estos procesos durante millones de años llevó a la formación de los océanos, depositados en las partes más bajas de la superficie terrestre por acción de la atracción gravitatoria.

Actualmente la teoría de la tectónica de placas considera que la superficie terrestre está dividida en un conjunto de placas rígidas que se extienden hasta una profundidad de 100 km formando lo que se denomina litosfera, que incluye la corteza y parte del manto superior. Estas placas se desplazan sobre una capa débil en estado de semifusión con movimientos horizontales de rotación alrededor de un eje que pasa por el centro de la Tierra, impulsadas por los movimientos de convección térmica que se producen en el manto. Las placas entran en contacto en un conjunto de bordes por los que se separan o se acercan entre sí. En los bordes de divergencia se alejan unas de otras creándose en el espacio que se genera entre ellas nueva litosfera de carácter oceánico. En los bordes de convergencia, la litosfera de una placa se hunde en el manto por debajo de la vecina, produciéndose una destrucción de litosfera. Finalmente, en los márgenes de fractura se producen movimientos horizontales sin que haya creación o destrucción de litosfera. Sobre este conjunto de placas se sitúan los continentes y el suelo oceánico. La actual configuración de los continentes procede de una fractura producida hace unos 200 millones de años, cuando todos ellos estaban reunidos en un único continente llamado Pangea, y la posterior deriva continental. Las colisiones entre las diferentes placas en su movimiento dan origen a la formación del relieve de la superficie terrestre y a la actividad sísmica, produciendo plegamientos y fracturas o fallas; por otro lado, el vulcanismo se origina por el ascenso de material del manto hacia la superficie.

La relación de las aguas con la tierra firme se da a través del ciclo hidrológico. En los océanos se produce la evaporación a causa de la insolación diaria, incorporándose el vapor de agua al aire atmosférico. En su ascenso el aire se enfría hasta que se produce la condensación del vapor en pequeñas gotas de agua que forman las nubes, transportadas por las corrientes de aire hacia el interior de los continentes. Una vez estas gotas adquieren el suficiente tamaño y peso, caen a la superficie

en forma de precipitación sólida (nieve, granizo) o bien líquida (lluvia). Este agua empieza entonces su recorrido desde las zonas altas hacia el mar sobre la superficie, formando ríos y lagos, o bien filtrándose bajo ella y formando torrentes de agua subterránea. De este modo las aguas retornan al mar, repitiéndose el ciclo una y otra vez. La cantidad de agua en la Tierra es constante, pero el nivel de los mares es variable espacial y temporalmente a causa del movimiento de rotación terrestre, la atracción ejercida por la Luna y el Sol (mareas), y las variaciones en su temperatura (procesos de evaporación-condensación, fusión-solidificación y expansión térmica).

Para finalizar, si comparamos nuestra visión actual del mundo con la que se ofrece en la *Quæstio de aqua et terra* de Dante, vemos que seguimos organizando nuestro mundo en términos de “esferas”, aunque bastante más complejas. Hemos cambiado las esferas de tierra, agua, aire y fuego de aquel momento por otras cuatro: la *litosfera* corresponde a la superficie sólida sobre la que se asienta el resto; la *hidrosfera* comprende el agua en sus estados sólido y líquido presente sobre la superficie terrestre o en cavidades subterráneas; la *atmósfera* es el conjunto de gases que rodean el planeta ligados a él por la atracción gravitatoria; y la *biosfera* está formada por el conjunto de ecosistemas que comprende a todos los seres vivos de la Tierra. Quizás las cosas no han cambiado tanto después de todo.

ENRIC VALOR
Universitat de València
 València, primavera 2016.

A MODO DE INTRODUCCIÓN

ESTE LIBRO REÚNE DOS OBRAS BREVES DE DOS GRANDES AUTORES, Dante Alighieri y Giovanni Boccaccio. La primera, *Quaestio de aqua et terra*, es la última que escribió Dante, al final de su vida, pocos años antes de morir en 1321; la segunda culmina la admiración de Giovanni Boccaccio por Dante, y fue escrita casi cuarenta años después de la muerte Dante, alrededor de 1356. Nuestra intención persigue, en primer lugar, reparar la ausencia de estas obras en las referencias literarias en España y en la lectura en español; en segundo lugar, queremos contribuir a la celebración de los 750 años del nacimiento de Dante y, con esta obra queremos también inaugurar una colección de textos clásicos sobre la cultura del agua en el pensamiento literario y científico.

De las obras de Dante no se han conservado los autógrafos, pero son muchos los testimonios coetáneos del autor que, en copia, podemos encontrar en las bibliotecas europeas, o bien en traducciones. Las huellas de su lectura son fácilmente reconocibles en muchos autores, pues su obra fue valorada en grado sumo desde el principio. La que presentamos al lector fue la última que escribió Dante y es sin duda una de las menos leídas. Fue dada a conocer por vez primera en

1508 por un fraile agustino llamado Giovanni Benedetto Moncetti, que cuidó la edición. La impresión de la obra salió de las manos de Manfredo Bonelli en Venecia. La obra se publicó con el título *Questio florulenta ac perutilis de duobus elementis aquae & terrae tractans ... diligenter & accurate correcta fuit per Ioannem Benedictum Moncettum* y se imprimió en Venecia el año 1508 en la tipografía de Manfredo de Monteferrato¹ (Impressum Venetiis: per Manfredum de Monteferrato, 1508)².

Fray Giovanni Benedetto Moncetti en una carta al final de la obra no daba razones de cómo había llegado a sus manos, pero explicaba en el título que había intervenido en la edición, *diligenter & accurate correcta fuit per Ioannem Benedictum Moncettum*. Del autógrafo de Dante, o de la copia a partir de la cual se imprimió, no se supo nada más. De la edición de Moncetti se hicieron dos reimpresiones en 1575 y en 1576 en Nápoles, junto a otras obras filosóficas, en la tipografía de Orazio Salviani³ al cuidado de Francesco Storella⁴, matemático y

¹ Alighieri, Dante, *Questio florulenta ac perutilis de duobus elementis aquae & terrae tractans ... diligenter & accurate correcta fuit per Ioannem Benedictum Moncettum* (Impressum Venetiis: per Manfredum de Monteferrato, 1508), 12 p.: il. 4°. Manfredo Bonelli de Monteferrato imprimió obras de Serafino Aquilano, Tebaldeo, Cariteo, Pulci y Boiardo, numerosas comedias traducidas en lengua vulgar del ámbito ferrarés. La *Quaestio de aqua et terra* es la única de Dante de su catálogo, pero ignoramos si es completo o se han perdido otros títulos. Manfredo Bonelli estuvo activo durante 30 años, entre 1491 y 1516. Cfr. *Dizionario biografico degli italiani*. Roma, Istituto della Enciclopedia italiana, 1960. *Dizionario dei tipografi e degli editori italiani. Il Cinquecento*, diretto da Marco Menato, Ennio Sandal, Giuseppina Zappella. Milán, Editrice Bibliografica 1997. Borsa Gedeon, *Clavis typographorum librorumque Italiae 1465-1600*. Aureliae Aequensis, aedibus Valentini Koerner, 1980, 2v.

² De esta obra se conservan actualmente 12 testimonios en las bibliotecas italianas, según se puede consultar en *Istituto Centrale per il Catalogo Unico delle biblioteche italiane e per le informazioni bibliografiche-ICCU*. [http://edit16.iccu.sbn.it/web_iccu/ihome.htm]; [consultado el 9 de marzo de 2016]

³ Orazio Salviano era un tipógrafo activo en los años 1565-1595 en Roma, en 1569 en Venecia y en Vico Equense en 1593, de quien se conservan más de 200 títulos, principalmente de tema religiosos, entre los que están las obras de fray Luis de Granada. Cfr. Manzi, P., *La tipografia napoletana nel '500. Annali di Orazio Salviani (1566-1594)*. Firenze, Olschki, 1974.

⁴ Impreso de 1575: *Asclepii ex voce Ammonii Hermeae in methaphysicam Aristotelis praefatio, interprete Marcello Pepio. Dantis Alagherii profundissima quaestio de figura elemento-*

filósofo, profesor en Padua en 1546, que dedicó la obra a Tarquinio Malignano. En Paris, en 1515, había cuidado la edición de Egidio Colonna, *De compositione corporis*, que dedico a Enrique VIII de Inglaterra.

En el epílogo de la obra *Quaestio de aqua et terra*, Dante explica que a principios de 1320 en Mantua se había planteado públicamente un debate sobre la posición de los elementos agua y tierra, y que el día 20 de enero de ese mismo año se debatió en Verona, en la iglesia de Santa Elena, ante la asistencia del clero de la ciudad. Aprovechaba Dante la ocasión para quejarse irónicamente de la ausencia en el debate de aquellos que no habían asistido, bien porque por abundancia de caridad no querían escuchar o porque, por ser muy humildes, eran y son pobres de espíritu, y prefieren que no se ensalcen los méritos ajenos, razón por la cual se abstienen de participar y asistir a debatir con ellos⁵. Con esta fina ironía Dante denunciaba la actitud de los envidiosos, que matan con la indiferencia a los envidiados; el elevado tema del debate excluía a los verdaderos pobres de espíritu. El acto fue oral, solo o con otros contendientes, aunque no sabemos quiénes eran, pues no se conoce por el momento ningún otro documento sobre él. Los debates sobre estos temas eran frecuentes en el siglo XIV, especialmente sobre la doctrina aristotélica y su adecuación a los principios teológicos de la creación, generados por las recientes obras de Aristóteles, que comenzaron a ser traducidas al latín en los siglos XII y XIII.

*rum ... Francisci Storellae adnotationes in praefationem Asclepii. Eiusdem stimulus philosophorum. Eiusdem prima lectio, dum in gymnasio Neapolitano librum De ortu, et interitu aggressus est. Neapoli: apud Horatium Saluvianum, 1575 (Neapoli: apud Horatium Saluvianum, 1576) [42] c.; fol. Impreso de 1576 tenía 10 folios menos que la anterior: Hoc volumine contenta. Asclepii ex voce Ammonii Hermeae in methaphysicam Aristotelis praefatio, interprete Marcello Pepio. Dantis Alagherii profundissima quaestio de figura elementorum ... Francisci Storellae adnotationes in praefationem Asclepii. Neapoli: apud Horatium Saluvianum, 1576 (Neapoli: apud Horatium Saluvianum, 1576) [32] c.; fol. De esta impresión habló Alessandro Torri en *Opere di Dante*, vol. V, p.165.*

⁵ Dante tenía presente a Santo Tomás de Aquino cuando citó estas palabras, en el opúsculo y en *Convivio* IV, 15

Ante la cosmovisión de Platón y su adecuación al relato de la creación de la Biblia, el aristotelismo ofrecía una visión del mundo ordenada. Distinguía entre dos partes bien diferenciadas: la región sublunar, cambiante y corruptible, formada por esferas concéntricas de los cuatro elementos (tierra, agua, aire y fuego), sometida por tanto a cambios; y la región celeste, inmutable, formada por el Éter y por dos tipos de esferas concéntricas, la de los planetas y la de las estrellas, o *primum mobile*. Para Aristóteles el mundo era eterno. Como no había tenido un principio, tampoco tenía un fin. Este postulado chocaba con la idea de la creación y fue rechazado por muchos.

Tomás de Aquino lo rechazó basándose en la fe. La única forma de conciliar los postulados de Aristóteles con la Biblia vino de la mano de Ptolomeo, cuyo pensamiento permitió añadir una novena esfera *primum movens*, con la misión de imprimir movimiento diurno a la esfera inferior *primum mobile* y de este modo a las esferas internas. Esta novena esfera fue identificada con las aguas en el firmamento y se llamó *Crystallinum*. Dante, cuya obra está enteramente atravesada por temas de cosmología, recuerda en el *Convivio* la sucesión de los cielos móviles según el nuevo orden de Ptolomeo, de abajo arriba: Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Estrellas fijas, Primo Móvil o Cristalino. También la doctrina ptolemaica de los epiciclos y de los excéntricos móviles. Todo el viaje de Dante por el *Paradiso* es un recorrido por todas las regiones del universo aristotélico-ptolemaico, hasta culminar en el Empíreo, la sede celestial de los beatos según la doctrina cristiana, mientras la parte sublunar, la geografía, fue abordada por Dante en las cantigas de la *Divina Commedia* y en la *Quæstio de aqua et terra* de 1320.

Durante siglos el comentario de Calcidio al *Timeo* de Platón concilió la concepción del mundo según el *Génesis* con las cosmologías paganas o de los gentiles. En dicho comentario la doctrina aristotélica de los elementos estaba incluida en la explicación teológica de las cosmogénesis, lo que permitía a los escritores cristianos tomar en consideración los componentes físicos en la lectura bíblica. Uno de los temas más debatidos fue la posición del firmamento

como plano divisor entre las aguas superiores de las inferiores. La presencia de las aguas sobre el firmamento no se adecuaba ni a la observación empírica ni a la teoría de los elementos. Además unos creían que las aguas estaban en estado sólido y que por eso Saturno era la estrella más fría y, otros, en cambio, estaban convencidos de que Saturno era una estrella más caliente que fría. Para Agustín de Hipona estas eran cuestiones que escapaban a la inteligencia humana, que superaban nuestra capacidad. Más tarde concluyó que lo que la Biblia nos enseña no es conocimiento científico, sino la salvación del ser humano. Ambrosio de Milán decía que no se debía buscar en la Biblia el conocimiento de un modelo físico. Lo único que debemos saber es que Dios suspendió la tierra en la nada. Que fuera en el aire o sobre las aguas no tenía ninguna importancia para la salvación de las almas. De esta manera se fue diferenciando el mensaje de la revelación y el contexto cultural en el que se expresaba. El estudioso creyente no descartaba a priori las hipótesis de la ciencia, pero debía ser cauto. Después de muchos siglos regidos por la solución del *Timeo*, las traducciones de las obras científicas de Aristóteles y Ptolomeo plantearon nuevos debates.

A la traducción latina del *De Caelo* de Aristóteles siguió el *Almagesto* de Ptolomeo, el *Liber astronomiae* de Alpetragio y los comentarios de Averroes. Obras nuevas, pero discordantes en muchos puntos. Tomás de Aquino aceptó la solución ptolemaica en unas obras, pero la consideró una hipótesis en la *Summa Theologiae*. En 1277, el obispo de París condenó a quienes enseñaran privada o públicamente un sílabo de 299 proposiciones de la filosofía de la naturaleza de Aristóteles bajo pena de excomunión. Esa condena obligó a reflexionar y a profundizar más en las doctrinas cosmológicas, con el objetivo de adaptarlas a la revelación. En esa situación se encontraban los coetáneos de Dante: Roger Bacon, Egidio Romano, Riccardo de Mediaville, Duns Scoto o Guillermo de Ockham.

Como consecuencia, se debatió sobre la teoría del Empíreo: Bonaventura, Alberto Magno, Bacon y Tomás de Aquino escriben en sus obras para superar la condena de la doctrina aristotélica del movi-

miento y del lugar. Así, pues, el Empíreo fue la solución a esa cuestión aristotélica porque el Empíreo pasó a ser el lugar inmóvil del mundo. Dante fue sensible a esa corriente y habló del Empíreo en el *Convivio*, siguiendo la doctrina de Scoto, al tiempo que incluía a Aristóteles. La originalidad de la doctrina de Dante es que, mientras en el *Convivio* seguía la doctrina tradicional, en la *Divina Commedia* habla del Empíreo, como “pura luce” “luce intellettuale”, fuera del mundo corporal. El Empíreo era para Dante la visión beatífica, la intuición de Dios. Para él, el Empíreo es el edificio del mundo, que lo engloba, y no ocupa un lugar sino que fue formado en la primera Mente, que los griegos llaman Protonoè. Con David, afirma: “se ha elevado tu magnificencia hacia los cielos”

En el pensamiento de Dante el Empíreo conjugaba perfectamente el mundo espiritual y el universo sensible. La gran labor de Dante fue unir los temas astrológicos con los astronómicos, los biológicos (la generación del alma dependiente del cielo) y los éticos (compatibilidad del libre arbitrio con la influencia de los astros). En tiempos de Dante, se planteó una revisión de la cosmología en la cultura cristiana, de la que forma parte, como tantos otros, el debate de la *Quæstio de aqua et terra*.

En 1320 se disputó la *Quæstio de aqua et terra* en Verona. Aunque se declara un filósofo insignificante, lo cierto es que aborda la cuestión de la relación recíproca del agua y la tierra con el rigor de un maestro. La obra aristotélica *De Cælo* era la referencia para el debate. En esta obra se afirma que la tierra está situada en el centro del universo y que el centro de la tierra coincide con el centro del universo. Todo ello estaba en plena correspondencia con la teoría de los cuatro elementos, dispuesto de manera homocéntrica, obedeciendo un orden de ligereza: Primero, el fuego, que es el elemento más ligero, después el aire, el agua, y, finalmente la tierra, que es el elemento más pesado. El problema que se planteó era por qué la tierra emergía del agua en una parte de la superficie terrestre, la llamada “quarta abitabile” y la cuestión unida a este punto sobre el equilibrio entre la esfera sólida y la esfera líquida.

La tesis común en el siglo XIII era que la esfera del agua era en algunas partes más alta que la esfera de la tierra, como demuestran los manantiales, las fuentes y los lagos que vemos en las montañas, según afirma el *Salmo 103* de la Biblia: *super montes stabunt aquae* o en el *Génesis*: *Congregentur aquae quae sub caelo sunt in locum unum, et appareant arida. Et factum es tita*⁶ (I, 9-10). En los siglos XIII y XIV, con el conocimiento de algunas obras de Aristóteles y de su cosmología, se debatió intensamente sobre la relación entre el agua y la tierra, al producirse la contradicción entre las palabras del *Génesis* y lo expuesto por Aristóteles, es decir, que mientras el *Génesis* decía que Dios había reunido las aguas en un solo lugar, para dejar la tierra emergida, Aristóteles defendía la doctrina de la concetricidad del agua respecto a la tierra y los otros elementos.

Entre los coetáneos de Dante había quienes afirmaban que el agua era más alta que la tierra habitable en algunos puntos, alegando que si no fuera así, no habría lagos ni manantiales en las montañas. Entre los defensores de esta teoría hallamos a Tomás de Aquino⁷, Isidoro de Sevilla⁸, a Brunetto Latino⁹, que había sido maestro de Dante en Florencia, y a Ristoro d'Arezzo¹⁰, autores bien conocidos por Dante. Otros autores pensaban y defendían la tesis contraria, que el mar era más bajo que la tierra emergida. Algunos hablaban de la excentricidad entre los dos elementos, de sus respectivas esferas, por lo que el elemento agua recubriría solo parcialmente a la tierra, mediante una intersección en algunos puntos. Esta tesis ponía en discusión si el centro del universo estaba en el centro de la esfera terrestre o, si bien, estaba en el centro de la esfera del agua. Otros, como Egidio Colonna, decían que había una concetricidad plena de la tierra y

⁶ *Génesis* I, 9. Acumúlense las aguas de por debajo del firmamento, de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue. Y llamó Dios a lo seco "tierra" y al conjunto de las aguas lo llamó "mares"

⁷ *Summa Theologica* I, q. LXIX, a.i.

⁸ *Orig.* XIII, xiv, 2.

⁹ *Tresor* I 106

¹⁰ Ristoro d'Arezzo, *La composizione del mondo*, VI, 7.

del agua, y hacían coincidir el centro de la tierra con el centro del universo. Para ellos la tierra había emergido por la voluntad de Dios, directamente o indirectamente en la Creación, por influjo de las estrellas para que el ser humano y los animales tuvieran un sitio donde vivir. En los años del debate de Dante, que dio lugar a la *Quaestio de aqua et terra*, había también quien, como Antonio Pelacani, afirmaba que la tierra y el agua eran concéntricas, pero que la tierra contenía en sus cavidades toda el agua del mar. Este pensamiento rozaba la herejía en la Edad Media, aunque es el más cercano al pensamiento actual. Esta teoría de Pelacani no se limitaba al hemisferio boreal, sino que decía que también había tierra habitable en el hemisferio austral. Estas tierras no son conocidas a los hombres porque después de la línea equinoccial los hombres pierden el norte, es decir, pierden la brújula¹¹. Para Dante la tierra era más alta que el agua del mar, como demuestra el descenso de los ríos que buscan el mar para desembocar en él y por el hecho de que el agua de las montañas se debe a la condensación del vapor; las razones que Dante da sobre la elevación de la tierra coinciden con Egidio Colonna y Campano, que la tierra emergiera con una especie de gibosidad en forma de media luna por influjo de las estrellas del hemisferio boreal, de manera que en ningún punto de la tierra el agua puede ser más alta.

En la primera parte de la *Quaestio de aqua et terra* está dedicada a la exposición de los cuatro argumentos que defienden esta teoría (cap. III-VI), mientras el cap VII está dedicado a las mareas, que muchos explicaban por la excentricidad del agua en relación con la atracción de los cuerpos celestes. Dante se distancia de esta posición porque iba contra la experiencia sensible y la razón. Vemos cómo todos los ríos llevan sus aguas al mar y eso no sería posible si los manantiales y los nacimientos de los ríos no estuvieran más altos que la superficie del mar. Exponía además cinco argumentos para demostrar que la tierra emergida era más alta que la superficie del mar, por lo que resulta-

¹¹ Cfr. G. Boffitto, *La legenda degli antipodi* en *Miscellanea ... A. Graf*, pp. 583-601; *L'eresia degli Antipodi* Firenze 1905, p.14.

ba imposible que el agua fuera excéntrica o gibosa, es decir que se moviera en una dirección distinta al centro de la tierra. La objeción eran las playas, que son bañadas por las aguas. Si el agua es concéntrica, es decir, si cada parte de su superficie debe ser equidistante del centro ¿cómo podría explicarse que las playas estén por encima del mar y, en consecuencia, también las otras partes de la tierra? Hay autores, indica Dante, que lo explican por el peso distinto de algunas partes de la tierra, por la gravedad. Dante prefiere ver la causa en la creación, que la naturaleza particular obedezca a la Naturaleza universal. Esta voluntad de disponer las esferas de esta manera permite que se mezclen todos los elementos. La fuerza del cielo eleva algunas partes de la tierra sobre el agua, sin que pierda la concentricidad ninguna de las dos. En su opinión, la causa de la emersión gibosa de la tierra, en forma de media luna, era debida a la influencia de las estrellas del cielo que, como un imán atraen hacia él la tierra, con un impulso. Con esta solución, que no es original en su tiempo, Dante defendía las teorías de los autores antes mencionados, y demostraba ser también un maestro hábil en los silogismos de carácter científico, al tiempo que construye un cosmos, perfectamente dispuesto, en el que situa el *Paradiso*, desde el que contempla el universo entero.

Apenas unos años después de la muerte de Dante, Buridán en París admitía la concentricidad de las esferas de la tierra y del agua, pero con la ley física: “Si se admite con Aristóteles que el mundo es eterno, podemos decir que la eternidad lo ha dispuesto para la salud de las plantas y de los animales, de manera que una parte de la tierra, casi una cuarta parte, es seca y emerge del agua; por eso está y estará siempre seca, no obstante la concentricidad e incluso prescindiendo de los montes. Imaginamos que la tierra descubierta es alterada por el aire y por el calor del sol, por lo que es ligera, con muchos poros, que se llenan de aire o de cuerpos sutiles; en cambio la parte cubierta por el agua no se ve alterada por el aire y por el sol; por eso es más densa y más pesada. Si dividimos a la tierra en dos partes, una de ellas será más pesada que la otra, mientras la tierra seca será mucho más ligera. Así hay un centro de su grandeza y otro centro de su gra-

vedad: el centro de la gravedad se encuentra donde está la gravedad de las dos partes, pero este centro no coincide con el centro de su grandeza. Además, como la tierra por su propia gravedad tiende al centro del mundo, el centro de la gravedad de la tierra es el centro del mundo, y no el centro de su grandeza. Y esa es la razón de que una parte de la tierra emerja del agua y otra, no”. Buridán supo encontrar la forma de conjugar la doctrina de la revelación divina con las leyes de la física aristotélica.

Dante decidió poner por escrito las palabras de su intervención, decisión que estaba motivada por la desconfianza que albergaba en las capacidades de sus copistas, o de las maquinaciones de los envidiosos, que bien podrían cambiar la intención de sus palabras o hacerlas irreconocibles. No era la primera vez que tomaba decisiones como esta, pues, años antes, había declarado con la mayor determinación, un verdadero desafío para su tiempo, por qué había escogido la lengua materna para escribir su obra más importante, *Commedia*, y cuál era su opinión sobre los traductores que no sabían latín, además de la conveniencia de dirigirse personalmente a sus lectores. Sobre el tema del debate, apunta en el exordio que era una cuestión que había despertado su interés desde años antes y que, en su opinión, quedaba siempre abierta, sin cerrar, porque se abordaba superficialmente. Con el deseo de contribuir al esclarecimiento de la cuestión, movido por la pasión por la verdad que tenía desde la infancia y guiado por el afán de destruir los argumentos contrarios que se hacían, no consintió que dicha cuestión quedara sin determinar, y quiso mostrar la verdad sobre ella, y en ello participó no solo por el amor a la verdad, sino también porque aborrecía el error. Y para evitar las acciones de los envidiosos, le pareció bien escribir de su puño y letra la disputa. Como decíamos, nadie habló de ese debate hasta 1508, nadie conocía la existencia de esta obra ni se sabía de ella por citas de otros autores o lectores, hasta que el fraile agustino Moncetto la editó y la mandó imprimir. Los argumentos que fueron determinantes para esclarecer la cuestión de la autoría eran de tipo filológico, pero se vio reforzada al hallarse la tercera redacción del *Commentarium* de Pietro Alighieri, hijo de Dante,

que en el año 1353 redactaba el comentario a la *Divina Commedia*, y donde a propósito del comentario del canto XXXIV del Infierno, en que se narra la caída de Lucifer cita pasajes de la obra *Quaestio de aqua et terra*. Esta afortunada circunstancia ha contribuido a zanjar definitivamente la polémica de la atribución y la numerosa intervención, durante más de un siglo de posiciones a favor y en contra de la autoría¹².

Las circunstancias en que se dio a conocer la *Quaestio de aqua et terra* generaron a su vez un debate muy apasionado sobre su autenticidad, que duró más de un siglo. Sobre esta discusión se ha escrito mucho, pero a mediados del siglo XX eminentes filólogos defendieron con argumentos incontestables la autoría de Dante.

Los puntos principales sobre los que residían las dudas de la autenticidad eran los siguientes: 1.- Ningún escritor antiguo ha citado esta obra de Dante. 2.- Nunca se ha encontrado un manuscrito de esta obra. 3.- La obra fue conocida 200 años después de la muerte de Dante y publicada por un monje agustino, Moncetto, que se basó en un manuscrito que nadie vio ni se conservó después de que la obra fuera impresa. La apasionada defensa de que la obra era una falsificación atrajo a muchos a participar en la polémica y, como bien se verá en la bibliografía que sigue a esta breve introducción, no hubo año en que no se publicara una opinión nueva, aunque reiterando los mismos puntos, a favor o en contra. Sobre la no conservación del manuscrito, poco hay que decir. La imprenta fue causa de que se perdieran muchos de ellos, pues la confianza en el poder mecánico de la tipografía despreció el valor de la obra manuscrita. Hay muchos ejemplos, como Martorell, Cervantes o Shakespeare. Ciertamente este opúsculo fue escrito un año y medio antes de la muerte de Dante y probablemente no fue divulgado. Era un texto técnico, no literario, que bien pudo pasar desapercibido y hallado dos siglos después. Tampoco del resto de sus obras quedaron los autógrafos, y debemos recordar que la *Commedia* fue acabada al mismo tiempo que el opúsculo y tampoco se ha conservado ningún testimonio de su mano. Además, de Dante interesaba sobre todo la *Commedia*.

¹² Cfr. F. Mazzoni, *La Questio de aqua et terra*, pp. 67-72

Solo el *Convivio* había sido impreso antes de 1508 y su obra *De vulgari eloquentia* fue impresa en 1529; la obra *De Monarchia* lo fue en 1559 y la *Vita Nuova* en 1576. La cercanía de la celebración del centenario del nacimiento, 1866, y luego la de la muerte en 1921 estimuló por así decir la necesidad de opinar y debatir sobre cualquier aspecto de la vida y de la obra de Dante. Como decía Francesco Mazzoni, “l’ap-prossimarsi dei centenari muove le acque, e come invita ai monumenti, così stuzzica a pensare e rivedere”¹³ y, aunque de un clásico siempre debe hablarse, remover las aguas de la autenticidad de una obra, sin tener en cuenta los estudios filológicos sobre ella, es temerario porque la autoría de un clásico es un asunto importante.

Edward Moore, al revisar las pruebas de su libro *Tutte le opere di Dante Alighieri nuovamente rivedute nel testo* publicado en Oxford el año 1894, cambió de parecer sobre el carácter apócrifo del opúsculo, de su primera opinión errónea, y se convirtió en uno de los más firmes defensores en la obra, basándose en la argumentación, la lengua y los detalles de la expresión¹⁴.

En la disputa sobre la verdadera autoría de la *Questio de aqua et terra* participaron los más destacados intelectuales de Italia durante un siglo, desde mediados del siglo XIX, que fueron exponiendo sus apreciaciones, impresiones o juicios personales, hasta que Francesco Mazzoni, un filólogo exquisito y riguroso, conocedor de la obra de Dante, retomando la tesis de Edward Moore, resolvió la cuestión con una edición, acompañada de una introducción y notas¹⁵ en 1957. Dos

¹³ Cfr. Francesco Mazzoni, *op. cit.* p. 38.

¹⁴ Edward Moore, *L'autenticità della “ Quaestio de aqua et terra “*, Biblioteca storico-critica della Letteratura Dantesca diretta da G. L. Passerini e da P. Papa. Bologna 1899. La primera edición en inglés se publicó en Oxford, 1896, 1899. Los argumentos en contra están en pp. 19-29; los a favor en pp. 30-34.

¹⁵ Francesco Mazzoni abordó la cuestión sobre la autoría de Dante en dos ocasiones. La primera de ellas en *La Questio de Aqua et Terra* en *Studi Danteschi*, XXXIV (1957), pp. 163-204. La segunda ocasión, unos años más tarde, en *Studi Danteschi*, XXXIX (1962), pp. 39-84. Finalmente se ocupó de la edición de esta obra para la edición completa de Dante Alighieri que publicó la Riccardo-Ricciardi, *Opere minori*, Milano-Napoli, vol. 2, 1988.

años más tarde Bruno Nardi publicó un artículo¹⁶ en el que intentaba rebatir enérgicamente la tesis de Francesco Mazzoni, lo que impulsó a este filólogo a aportar más razones de tipo filológico para zanjar la cuestión, guiado por la investigación filológica y la historia de la cultura. Actualmente no hay ningún filólogo que dude de la autoría de Dante y la obra es incluida en todas las ediciones de las obras completas de Dante Alighieri. El debate sobre la autoría involucró además a filólogos y científicos italianos y alemanes, pero a ningún español.

La estructura del opúsculo respeta los dictados retóricos medievales, que Dante expuso con claridad en su obra *Convivio*: “prima si riprova lo falso, accioché, fugate le male opinioni, la verità poi più liberamente sia ricevuta. E questo modo tenne il Maestro della umana ragione, Aristotele, che sempre primo combattea cogli avversari della verità, e poi, quelli convinti la verità mostrò”. Y de esta manera, siguiendo el ordenado razonamiento y la demostración, con la exposición y la refutación de los argumentos de las tesis contrarias, Dante se propuso estudiar la cuestión y luego las razones verdaderas o supuestas de ella. Las conclusiones de Dante eran hijas de su tiempo, pero la necesidad del debate, la inconmensurabilidad de su deseo de saber y la generosidad de ofrecerlo a los seres humanos, deberían ser observadas en todos los tiempos.

LA CRONOLOGÍA DE UNA POLÉMICA¹⁷

1678. Cinelli, G., *Biblioteca volante*. Firenze 1678

1722. Negri, G., *Storia degli scrittori fiorentini*. Ferrara 1722, p. 141.

1785. Zeno, A., *Lettere*, Venezia 1785. II, pag 304; III, p. 411.

Tiraboschi, G., *Storia*, ediz. Antonelli, V, p. 650.

¹⁶ Se trata de *La caduta di Lucifero e l'autenticità della “Quaestio de Aqua et Terra”* que apareció en “Lectura Dantis Romana” Casa di Dante. Roma. Torino 1959, p. 67.

¹⁷ Bibliografía de *Quaestio de aqua et terra* y de la polémica sobre su autenticidad. Para nuestra edición se han tenido en cuenta las de Padoan, Pistelli, Mazzoni y Rinaldi, pues esta edición se realizó antes de la aparición de la reciente *Nuova edizione commentata delle opere di Dante*, de la Editorial Salerno en 2016.

1826. Troya, C., *Veltro allegorico*. Firenze 1826, p. 175.
1830. Arrivabene, F., *Il secolo di Dante*, 1830, II, 308.
1842. Torri, A., *Opere di Dante*. Livorno 1842, vol. V., p. 165.
1853. Balbo, C., *Vita di Dante*. Firenze 1853, p. 409.
1861. Fraticelli, P. G., *Storia della vita di Dante*. Firenze 1861, p. 167.
1869. Witte, C. *Dante Forschungen* Heilbronn 1869-1879.
1873. Fraticelli, P. G., *Opere minori di Dante*. Firenze 1873, II, 415.
2ª edición
1876. Böhmer, E., *Emendationemund conjecturem zur Dante's Schriften. De elementis. Dante Jarbuch I*, p. 395.
- Schmidt, *Ueber Dante's Stellung in der Geschichte der Kosmographie en Siebenter Jahresbericht des K. K. Zweiten Gymnasius in Graz*. 1876.
1882. Giuliani, G., *Opere latine di Dante*. Firenze 1882. II, pp. 379-381. 3ª edición
- Vassallo, C., reseña al libro de Giuliani en *Archivio Storico Italiano*, sèrie IV, to. X, Gaiter, *All'illustre prof. A. Stoppani en Il Propugnatore XV*, P. I (1882) pp. 430-40.
1883. Poletto, G., *L'opuscolo di Dante Alighieri "De aqua et terra" in raffronto al moderno progresso delle scienze fisiche en Atti del R. Ist. Veneto*, serie VI, vol. I (1883) pp. 843 e ss.
1890. Lodrini, E., *Se l'opuscolo "Quaestio de aqua et terra" sia d'attribuirsi a Dante Alighieri en Commentari dell'Ateneo di Brescia*. Brescia, 1890.
1891. Ricci, C., *L'ultimo refugio di Dante*. Milano, 1891, p. 41, n. 2.
1892. Alighieri, Dante, *Quaestio de aqua et terra*, a cura de Luzio-Renier, *Giornale storico della letteratura italiana*, XX, p. 125 y siguientes.
- Poletto, G., *Alcuni studi su Dante Alighieri*. Siena 1892.
1899. Moore, E., *L'autenticità della "Quaestio de aqua et terra"*, Biblioteca storico-critica della Letteratura Dantesca diretta da G. L. Passerini e da P. Papa) Bologna 1899. La primera edición en inglés se publicó en Oxjord, 1896, 1899. Los argumentos en contra están en pp. 19-29; los a favor en pp-30-34.
- Moore, E., "The Genuineness of the *Quaestio de aqua et terra*" in *Studies in Dante. Second series: Miscellaneous Essays*. New York 1968 (1899) pp. 303-357.

1901. Angelitti, F., Reseña de los trabajos de Moore y de Russo en BSDI n.s.VIII (1901), pp. 52-71 y 290-96.
1902. Campbell White, A., *A Translation of the Quaestio de Aqua et Terra: With a Discussion of Its Authenticity*, Cambridge 1902.
- Boffito, G. *Intorno alla "Quaestio de aqua et terra" attribuita a Dante*. Memoria I.
- La controversia dell'acqua e della terra prima e dopo di D.*, en *Mem. Accad. Scienze Torino*, s. 2, LI (1902) pp. 73-159;
1903. Russo, V., *Per l'autenticità della "Quaestio de aqua et terra"*, Catania 1901
- ID., *Il trattato dantesco*, ibid. LII (1903), Memoria II, pp. 257-342.
1905. Alighieri, Dante. *La "Quaestio de Aqua et Terra"*. Edizione principe del 1508 riprodotta in facsimile. Introduzione storica di G. Boffito e introduzione scientifica di O. Zanotti Bianco. Firenze 1905.
1907. Biagi, V., *La "Quaestio de aqua et terra" di Dante*, Modena
1908. Angelitti, F., Reseña a la edición Biagi, en BSDI, n. S. XV (1908), pp. 161-82.
- Angelitti, F., *La Questio de aqua et terra...ridotta allà più probabile lezione secondo il senso, nuovamente tradotta e commentata* en Pubblicazioni del R. Osservatorio di Palermo, n. S. vol. IV, Palermo 1915, pero salió pòstuma en 1932.
1917. Parodi, E.G., *La "Quaestio de aqua et terra" e il "cursus"*, en "Bull." XXIV (1917) pp. 168-169.
1918. Toynbee, P., *Dante and the "cursus". A new argument in favour of the authenticity of the "Quaestio de aqua et terra"*, in *Modern Language Review* XIII (1918) 420-430.
1921. Alighieri, D., *La Quaestio de aqua et terra*, a c. di E. Pistelli, in *Opere di Dante per la Società Dantesca Ital.*, Firenze 1921.
- Angelitti, F., *Dante e l'astronomia* en el volumen *Dante e l'Italia*, Roma 1921, pp. 126-31.
- Biagi, G., *La Questio de aqua et terra en Dante, la vita, le opere, le grandi città dantesche* Milano 1921, pp.126-31.
1930. Rossi, V. *Geografia física dantesca en Scritti di critica letteraria*, vol. I, Firenze 1930, pp. 91-97.

1932. Angelitti, F., *La “Quaestio de aqua et terra” di Dante Alighieri*. Palermo 1915 (publicado póstumo en 1932)
- Speiser, A. *Die Naturphilosophie von Dante en Die Mathematische Denkweise*. Zurig 1932.
1944. Zingarelli, N., *La vita i tempi e le opere di Dante*, Milano, Vallardi 1944. (3ª edizione) pp. 726-29 y notas 27-28.
1957. Mazzoni, F., La “Quaestio de aqua et terra” (1957) e Il punto sulla “Quaestio de aqua et terra” (1962), articoli ristamp. en *Contributi di filologia dantesca*, serie I, Firenze 1966.
1959. Nardi, B., *La caduta di Lucifero*, Torino 1959
- Nardi, B., *La caduta di Lucifero e l'autenticità della Quaestio de aqua et terra*. Turin 1959.
1961. Freccero, J., *Satan's fall and the “Quaestio de aqua et terra”*, en *Italica*, XXXVIII (1961) pp. 99-115.
1962. Mazzoni, F., “Il punto sulla Quaestio de aqua et terra” *Studi danteschi* 39 (1962), 39-84.
1965. Padoan, G. *La “Quaestio de aqua et terra”*, en *Cultura e Scuola* 13-14 (1965) pp. 758-767 Padoan, G., *La Quaestio de aqua et terra en Dante nella critica di oggi*, editado por Umberto Bosco. Firenze 1965, pp. 758-767 (con bibliografía).
1968. Alighieri, D., *De situ et forma aquae et terrae*, a c. di G. Padoan, Firenze 1968.
1979. Alighieri, D., *Questio de aqua et terra*, a cura di Francesco Mazzoni. Edición crítica de Emenegildo Pistelli. En *Opere minori*. Tomo 2. Milán-Nápoles, 1979.
1984. Ghisalberti, A., *La cosmologia nel Duecento e Dante en Letture Classensi* 13 (1984), pp. 33-48.
1990. Took, John F. *Dante, Lyric Poet and Philosopher: An Introduction to the Minor Works*. Oxford 1990.
2003. Coglievina, L., “Note per il testo delle *Quaestio de aqua et terra*”, en *Studi Danteschi*, v. III, 2003.
2010. *The Dante Encyclopedia*, editado por Richard Lansing. New York 2010.
2016. Rinaldi, M., *Quaestio de aqua et terra*, en *Nuova edizione commentata delle Opere di Dante*. Roma 2016.

Dante Alighieri

SOBRE EL AGUA Y LA TIERRA

¶ Epigramma Magistri Ioānis Benedicti de Castilione Arretino ordinis Eremitarum ad librum.

I liber/o/foelix ulnis amplexu pudicis
Hyppolytus uates oscula multa dabit
Ille colit phœbum, musas, sacraꝫ pirenem
Castaliæ matres gēmea ferra ferent

Questio florulenta ac perutilis de duobus elementis aquae
& terrae tractās/nuper reperta que olim Mantuae au
spicata. Verōae uero disputata & decisa ac manu
propria scripta/a/Dante Florentino poeta
clarissimo/q̄ diligēter & accurate cor
recta fuit per reuerendū Magistrū
Ioannē Benedictum Moncer
tū de Castilione Arretino
Regētē Patauinū ordi
nis Eremitarum diui
Augustini sacraeꝫ
Theologiae do
ctorem excel
lentissimū.



B

¶ Tetraſthicos eiusdem Magistri Ioānis Benedicti de Castilione Arretino ad Dantem Florentinum poetam clarissimum.

Naturam/logicam/cognouit Iura. Tonantē
Sydereos cursus/pteridesꝫ deas
Currite phœbeae matres/per littora nostra
Italiae doctae,dicit apollo deus.

A

DE LA FORMA Y EL LUGAR DE LOS DOS ELEMENTOS

I

MANIFIESTO ES A TODOS VOSOTROS CÓMO, HALLÁNDOME YO EN Mantua, se planteó una cierta cuestión, que había sido examinada muchas veces con anterioridad, de forma más superficial que verdadera, por lo que quedaba sin resolver. Como desde mi infancia siempre fui criado en el amor de la verdad, no consentí que dicha cuestión quedara sin determinar, y quise mostrar la verdad sobre ella y destruir los argumentos contrarios que se hacían, y me empeñé en ello no solo por el amor a la verdad, sino también porque aborrezco el error. Y como la envidia de muchos lleva a armar mentiras maliciosas, cuando los hombres no están delante, y podría cambiar a mis espaldas lo que dije, me pareció bien escribir de mi puño y letra y con la pluma en la mano en estas páginas la forma de esta disputa.

II

La cuestión se planteó sobre el lugar y la figura o forma de los dos elementos, es decir del agua y de la tierra, y por forma me refiero aquí a lo que dice el Filósofo¹ en la cuarta especie de la cualidad en los *Predicamenta*. La cuestión quedó restringida a esto, para investigar mejor la verdad, si el agua en su esfera, es decir, en su natural circunferencia, era en algún punto más alta que la tierra que emerge de las aguas, y que nosotros llamamos la cuarta habitable. Y se decía que así era por muchas razones, entre las cuales, dejando de lado las más insignificantes, consideré que eran cinco las que parecen tener cierta validez.

III

La primera era esta: Es imposible que dos circunferencias que distan entre sí de forma desigual tengan un mismo centro. La circunferencia del agua y de la tierra tienen distancias desiguales; luego, etc. El razonamiento seguía de la siguiente manera: Si el centro de la tierra es el centro del universo, como dicen todos², y que todo lo que ocupa una posición diferente es más alto, se deduce que la superficie del agua es más alta que la de la tierra, ya que una superficie esférica se mueve por todas partes alrededor de su centro. La proposición mayor del silogismo principal parecía resultar de las demostraciones geométricas; la menor, de la experiencia de los sentidos, pues a veces vemos la esfera de la tierra incluida en algún punto, y en otros, fuera de la esfera del agua.

¹ Se refiere a Aristóteles, *Categorías*, que en la Edad media era conocida con el título de *Predicamenta*, VI, 14.

² Cfr. Alberto Magno, *De Natura locorum* I, 3.

IV

La segunda razón era: A un cuerpo noble corresponde el lugar más noble: el agua es un cuerpo más noble que la tierra³, luego le corresponde un lugar más noble. Y como un lugar es más noble cuanto más alto es, porque así se acerca más al nobilísimo cuerpo que encierra todo en sí, que es el primer cielo, se deduce que el lugar que el agua ocupa tiene que ser más alto que el que ocupa la tierra y, en consecuencia, que el agua es más alta que la tierra, ya que el lugar y el cuerpo que en él se sitúa no difieren. Se dejaban de demostrar, como evidentes por sí mismas, las proposiciones mayor y menor del silogismo principal.

V

La tercera razón era esta: Mala opinión es la que contradice a los sentidos. Opinar que el agua no es más alta que la tierra es contradecir a los sentidos; luego es una mala opinión. Se decía que la primera proposición resultaba de lo que el Comentador⁴ declara en el tercer libro del *De Anima*; la segunda, o menor, de la experiencia de los navegantes que en alta mar ven los montes por debajo, y mientras en la nave no los ven, si suben sobre el albero los ven y de aquí concluyen la demostración. Lo que parece que sucede porque la tierra está mucho más baja, en un lugar deprimido respecto al dorso del mar.

VI

En cuarto lugar se argumentaba así: Si la tierra no fuera más baja que el agua, no tendría agua, al menos en la parte que emerge, sobre

³ Cfr. Tomás de Aquino, *Sententia super librum de coelo et mundo* II, xx, 7.

⁴ Se trata de Averroés, en el comentario a *De Anima* de Aristóteles, III, 61.

la que se plantea la cuestión; luego no habría fuentes, ríos ni lagos. Pero, en cambio, nosotros vemos cómo ocurre justo lo contrario; de manera que debe ser cierto lo contrario de la premisa a la que seguía la consecuencia, es decir que el agua tiene que ser más alta que la tierra. Se demostraba la consecuencia diciendo que el agua corre naturalmente hacia abajo; y siendo el mar el principio de todas las aguas, como se dice en la *Meteorología* aristotélica⁵, si el mar no fuera más alto que la tierra, el agua no se movería hacia abajo hacia la tierra, porque todo movimiento natural del agua hace suponer que el punto del que se mueve tiene que estar más alto.

VII

Igualmente se argumentaba en el quinto lugar: Parece que el movimiento del agua depende del movimiento de la luna, como se observa en el flujo y el reflujo del mar; como la órbita lunar es excéntrica, parece razonable que el agua en su esfera imite la excentricidad de la órbita lunar y por tanto que sea excéntrica. Como no puede ser si la tierra no es más alta, como se ha demostrado en el primer argumento, se deduce lo que he dicho anteriormente.

VIII

Por tanto, con estas pruebas, y con otras irrelevantes, se esfuerzan en demostrar la verdad de sus opiniones aquellos que defienden que el agua es más alta que la tierra emergida o habitable, sin tener en cuenta el testimonio de los sentidos y el razonamiento de los que se oponen. Con los sentidos, en efecto, vemos que en toda la tierra los ríos descienden hacia el mar, ya sea hacia el sur o hacia el norte, hacia oriente u occidente⁶; esto no sucedería si las fuentes de los ríos

⁵ *Meteorología* II, ii, 1.

⁶ *Paradiso* X, 88 y siguientes. *De vulgari eloquentia*, I, x, 6.

y los cursos de los alveos no estuvieran más altos que la superficie misma del mar. En cuanto al razonamiento deductivo lo veremos inmediatamente, y quedará demostrado con muchas pruebas racionales.

IX

El orden que seguiremos para demostrar y definir, como se decía antes, el lugar y la forma de los dos elementos será este. Demostraremos primero que es imposible que el agua, en cualquier punto de su superficie sea más alta que la tierra emergida o descubierta. En segundo lugar se demostrará que la tierra emergida es en cualquiera de sus partes más alta que cualquier otra de la superficie del mar. En tercer lugar se objetará contra lo que ya se ha demostrado y se resolverán las objeciones. En cuarto lugar se declarará cuál es la causa final y eficiente de esta elevación o emersión de la tierra. En quinto lugar se dará respuesta a los argumentos que hemos adoptado más arriba.

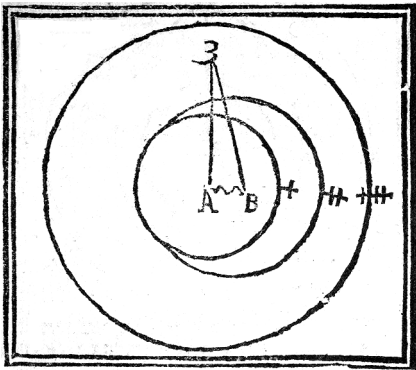
X

Respecto a la primera parte, yo afirmo que si el agua, considerada en su esfericidad, fuera en cualquier punto más alta que la tierra, eso sucedería necesariamente de una de las dos maneras que siguen: o bien porque el agua es excéntrica, como resultaba de la primera y quinta pruebas, o porque siendo concéntrica a la tierra, se eleva en algún punto en una gibosidad que está por encima. De otra manera no podría ser, como es manifiesto a quien sutilmente considere el asunto. Pero ni uno ni otro modo es posible; luego tampoco puede ser aquello de lo que deriva una u otra consecuencia. La consecuencia, como se ha dicho, se deduce claramente de un lugar común que toma el nombre de división suficiente de la causa; la imposibilidad de la consecuencia aparecerá a continuación de la demostración.

XI

Para que sea evidente lo que queremos decir, debemos suponer dos cosas: la primera es que el agua se mueve naturalmente hacia abajo; la segunda es que el agua es un cuerpo inestable que no encuentra en sí ninguna consistencia. Si alguien negara la verdad de estos dos principios o de uno de ellos, sería inútil razonar con él, pues no se debe disputar con quien niega los principios, como se ve en el libro primero de la *Física*⁷. Estos principios son en efecto un descubrimiento de los sentidos y de la inducción, a los que corresponde encontrar tales cosas, como nos enseña la *Ética a Nicómaco*⁸.

XII



Contra el primer miembro de la consecuencia, digo que es imposible que el agua sea excéntrica, y lo demuestro de la siguiente manera: Si el agua fuera excéntrica, tres cosas imposibles derivarían de ello. La primera es que el agua por su naturaleza podría moverse hacia arriba y hacia abajo; la segunda, que el agua no se movería hacia abajo en la misma dirección que la tierra; la tercera que la palabra *gravedad* se aplicaría equívocamente⁹ a ambos elementos. Tales cosas no solo son falsas sino incluso imposibles. La consecuencia sería como sigue: Pongamos que el cielo es la circunferencia señalada con tres cruces; el agua, con dos; la tierra, con una, y pongamos que el punto A es

⁷ Aristóteles, *Phísica*, I, 8.

⁸ Aristóteles, *Ethica*, I, vii, 21.

⁹ *Paradiso*, XXIX, 75.

el centro del cielo y de la tierra, y que el punto B es el centro del agua excéntrica, como podemos ver en la figura adjunta. Por tanto, digo que si el agua está en A y se mueve sin impedimento irá de manera natural hacia B, puesto que todo cuerpo grave se mueve hacia el centro de su circunferencia, y como el movimiento de A hacia B es de bajo hacia arriba y A, absolutamente hablando, está bajo toda cosa grave, el agua se movería naturalmente hacia arriba, que era la primera imposibilidad que había de resultar. Más todavía, pongamos que hay una elevación de tierra en Z y una cierta cantidad de agua, sin ningún obstáculo. Si cada cosa grave se mueve hacia el centro de su propia circunferencia, la tierra se moverá en línea recta hacia A y el agua, también en línea recta, hacia B; pero ello ocurrirá por líneas distintas, como queda claro en la figura adjunta. Esto, que debía exponerse en segundo lugar, no solo es imposible, sino que provocaría la risa de Aristóteles¹⁰. Demuestro el tercer punto de la siguiente manera: La gravedad y la ligereza son pasiones de los cuerpos simples que se mueven en línea recta: los ligeros por arriba, los graves por debajo. Como por grave y por ligero entiendo un cuerpo móvil, como dice el Filósofo en *Del cielo e del mundo*¹¹, si el agua se moviera hacia B y la tierra hacia A, se moverían hacia abajo, siendo ambos cuerpos graves, por líneas diferentes. No puede haber una sola razón, siendo uno absolutamente bajo y el otro relativamente bajo. Como la diferencia en la finalidad comporta diferencia en aquellas cosas que a ella están unidas, es manifiesto que hay una razón diferente de gravedad en el agua y en la tierra; y como la diversidad conceptual de un mismo nombre acarrea un equivoco, como bien dice el Filósofo en los *Antepredicamenti*¹², se deduce que el término *gravedad* se aplica equivocamente al agua y a la tierra: este era precisamente el tercer punto de la consecuencia que había que demostrar. De ello resulta como demostración verdadera, de las que se sirven los adversarios para de-

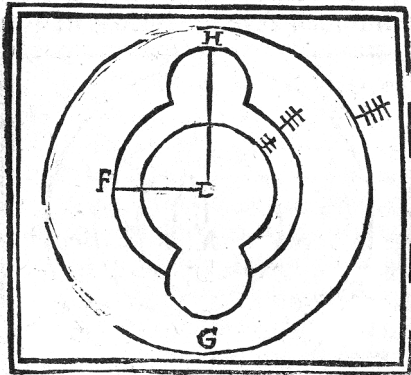
¹⁰ Aristóteles, *Physica*, II, 6; VII, 16.

¹¹ Aristóteles, *De coelo*, I, 17.

¹² Aristóteles, *Cathegoria*, I, 1.

mostrar lo contrario, que el agua no es excèntrica, que era el primer punto de la consecuencia inicial (*párrafo 10*) que debíamos rebatir.

XIII



Para rebatir la segunda parte de la consecuencia principal, digo que es imposible que el agua sea gibosa, lo que demuestro de la siguiente manera: Supongamos que el cielo está donde hemos trazado cuatro cruces, el agua donde las tres y la tierra donde hay dos, y que el centro de la tierra y el agua concéntrica a ella o al cielo sea D; ante todo debemos

saber que el agua no puede ser concéntrica a la tierra a menos que la tierra tenga alguna gibosidad sobre su circunferencia central, como saben los expertos en matemáticas; o, dicho de otra manera, que emerja en algún punto de la circunferencia del agua. Supongamos que la gibosidad del agua sea H, la de la tierra G y tracemos una línea desde D hasta H y otra desde D hasta F. Está claro que la línea DH es más larga que la línea DF, y por eso el extremo de una es más alto que el de la otra; como ambas tocan con sus extremos la superficie del agua sin superarla, es evidente que el agua de la gibosidad estará más en alto respecto a la superficie donde está F, y como allí arriba no hay nada que la retenga, el agua de la gibosidad, si es cierto lo que hemos supuesto en el párrafo 11, caerá hacia abajo hasta que se recoja alrededor de D en una superficie central o regular. Será pues imposible que permanezca allí o que haya una gibosidad, como se quería demostrar. Además de esta demostración principal, se podría probar también que el agua no sobresale en ningún caso a excepción de la circunferencia regular. De hecho vale más lo que se puede obtener con un medio que con más, pero todo lo que se le opone es a partir de la gibosidad

de la tierra, como luego se verá. Luego, no hay gibosidad en el agua, porque Dios y la naturaleza hacen y buscan siempre lo mejor, como lo demuestra el Filósofo en la obra *De caelo et mundo* y en el segundo libro de *De generatione animalium*¹³. Así pues, vemos muy bien cómo es imposible que el agua sea más alta en alguna parte de la circunferencia, es decir, más lejos del centro del mundo que la superficie de la tierra habitable. Esta era la primera cosa que se tenía que decir.

XIV

Pues, si es imposible que el agua sea excéntrica, como se ha demostrado en la primera figura, o que tenga cualquier gibosidad, como se ha mostrado en la segunda, es una necesidad física, como es evidente por si mismo, que sea concéntrica e igual, es decir que diste igualmente en cada punto de la superficie esférica del centro del mundo.

XV

Mi argumentación es la siguiente. Todo cuanto sobrepasa cualquier punto de una circunferencia, igualmente distante del centro, queda más alejada del centro mismo que cualquier otro punto de la misma circunferencia. Pero todas las orillas, tanto de Anfitriete como de los mares mediterráneos, sobrepasan la superficie del mar, luego todas las playas están lejos del centro del mundo, siendo, como se ha visto (párrafo 12), el centro del mundo es idéntico al centro del mar, y toda superficie del litoral forma parte de la superficie total del mar. Puesto que todo lo que está más remoto del centro del mundo es también más alto, se sigue que todas las playas sobrepasan el mar en su inmensidad; y si ocurre así en las playas, lo mismo ocurrirá en las

¹³ Aristóteles, *De Coelo*, II, 34; *De generatione animalium*, II, 2.

demás regiones de la tierra, y las playas, como los ríos que descien- den hasta ellas, nos proporcionan un indicio seguro, son las partes más bajas de la tierra. La mayor demostración nos la ofrece la geo- metría, y la demostración es apodíctica, aunque reciba toda su fuer- za de aquellas cosas que precisamente se han demostrado más arriba con argumentaciones *ab absurdo*. Y así creemos que queda esclarecido también el segundo punto.

XVI

Pero a todo lo que hasta ahora hemos ido determinando se pue- de oponer otra argumentación del tenor siguiente. El más grave de los cuerpos tiende hacia el centro en todas partes con igual y máxima fuerza, pero la tierra es el cuerpo más grave, luego se mueve hacia el centro con la mayor y con fuerza igual desde todas partes. Y de esta conclusión se sigue, como declararé, que la tierra en todas las partes de su circunferencia dista del centro la misma distancia, por lo que hemos dicho de la igual fuerza, y porque subyace a todos los demás cuerpos por lo que se habla de la fuerza mayor. De lo que sigue que, si el agua fuera concéntrica, como se dice, la tierra estaría en todas partes cubierta y escondida, y todos ven que no es así. Declaro así el resultado de esta conclusión. Pongamos, por el contrario y en oposición a esa conclu- sión, que era que la distancia es la misma en todas partes, que no sea esa distancia igual y que en una parte de esa superficie la distancia sea de veinte estadios y, en otra, de diez, y así uno de los hemisferios será mayor que el otro. No importa que la diferencia sea grande, basta con que haya una diferencia. Al ser mayor la cantidad de tierra, la fuerza del peso también será mayor, y el hemisferio más grande, por la virtud prevalente de su peso, ejercerá un mayor impulso sobre el hemisferio menor, hasta que se consiga igual cantidad en uno y otro, y se procu- re la misma igualdad en el peso, y se vuelva así a la misma distancia de quince estadios, como se observa en la nivelación de peso en los brazos de la balanza. Por ello es imposible que la tierra, que tiende al centro

de igual manera desde cada parte, diste de manera desigual o diferente en su circunferencia; luego es necesario lo opuesto de esa distancia desigual, es decir, que la distancia sea igual, como así sucede. Y de esta manera se demuestra la consecuencia de ese punto, que es la igual distancia. También se deduce que subyace a todos los cuerpos, que es también una consecuencia de lo que se dice, como demuestro. Mayor virtud es la que alcanza con mayor fuerza su fin¹⁴, llamada así porque antes y con mayor facilidad, que ninguna otra, alcanza su fin. El cuerpo con mayor fuerza de gravedad tiende al centro con fuerza mayor, y ese cuerpo es la tierra. Luego la tierra, más que cualquier otra cosa, alcanzará el fin de la gravedad, que es el centro del mundo; y si es así, si tiende al centro más que cualquier otra, subyacerá a todos los demás cuerpos: ese era el segundo punto que quería demostrar. Parece que es imposible que el agua sea concéntrica con la tierra, lo que contradice lo que se quería demostrar.

XVII

Pero esta razón no parece demostrativa, porque la premissa principal no parece igualmente necesaria. Se decía que un cuerpo muy grave, desde cualquier parte, por igual y con la misma fuerza, tiende al centro. Pero eso no es necesario que ocurra porque, aunque la tierra es, respecto a los otros, un cuerpo muy grave, sin embargo si lo comparamos con ella misma, una parte con otra, puede ser más o menos grave, pues la tierra es más grave en una parte que en otra, y como los cuerpos graves se asemejan no en virtud de su cantidad, como cantidad, sino en virtud del peso, se podrá tener una igualdad de peso sin que haya igualdad de cantidad. La demostración es aparente y no existente.

¹⁴ *Convivio* I, 5.

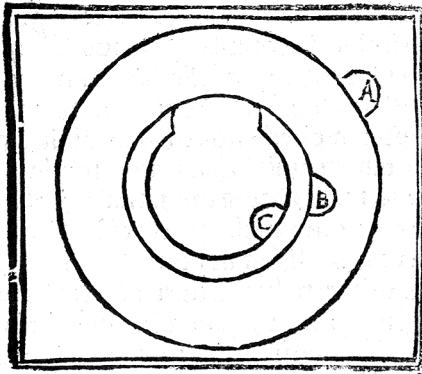
XVIII

Pero esa objeción no tiene valor porque procede de la ignorancia que hay entre la naturaleza de los cuerpos homogéneos y de los cuerpos simples. Hay cuerpos homogéneos y cuerpos simples; y tanto los cuerpos homogéneos, como por ejemplo el oro, como los cuerpos simples, como el fuego y la tierra, reciben de manera uniforme en cada una de sus partes todas las pasiones naturales. La tierra, que es un cuerpo simple, tendrá uniformemente en cada una de sus partes cualidades naturales, hablando por si misma. Como la gravedad está naturalmente en la tierra, y la tierra es cuerpo simple, es preciso que en todas sus partes tenga una gravedad regular, según la proporción de la cantidad. Y así la objeción principal no tiene ningún valor. Cabe responder que la objeción es un sofisma porque nos confunde según el qué y simplemente. Hay que saber que la naturaleza universal no puede frustrar su fin; así, aunque la naturaleza particular, por desobediencia de la materia¹⁵, puede desviar el fin de su intención, la naturaleza universal de ninguna manera puede errar en su intención, pues de ella dependen por igual el acto y la potencia de las cosas que pueden ser o no ser. Ahora bien, la intención de la naturaleza universal es que todas las formas que están potencialmente en la materia primera se traduzcan en acto y, según la razón de la especie, sean acto, de manera que la materia primera, considerada en su totalidad, subyazga a toda forma material, si bien, considerada parte a parte, esté expuesta a la privación de todas, excepto una. Y ello porque todas las formas, que en la materia están en potencia, al encontrarse idealmente en acto, como dice el comentarista en el libro *De substantia orbis*, en el motor del cielo¹⁶, si no estuvieran en acto, fallaría por defecto en

¹⁵ *Paradiso* I, 127 y siguientes.

¹⁶ *Ioannis de Ianduno In libros Aristotelis De coelo et mundo quae extant quaestiones subtilissimae quibus nuper consulto adiecimus Auerrois sermonem De substantia orbis cum eiusdem Ioannis commentario ac quaestionibus, nuperrime in capita accurate diuisum, ac maxima diligentia recognitum. Duo etiam leguntur his appositos indices, alter quaestionum, & conclusionum,*

la efusión integral de su bondad, y eso no puede decirse. Todas las formas materiales engendrables y corruptibles, fuera de las formas elementales, requieren una materia y un sujeto mixto y complejo al que, como a fin propio, se ordenan los elementos en cuanto tales; y no puede haber mezcla si las cosas que pueden mezclarse no entran en contacto entre ellas. Habrá necesariamente una parte en el universo en la que todos los cuerpos que pueden mezclarse, es decir, los elementos, puedan encontrarse juntos. Pero eso no podría ocurrir, como se ve claramente, si la tierra no emergiera en alguna parte. Por lo que necesariamente, como la naturaleza universal debe obedecer a la naturaleza, la tierra, además de la simple natura que la empuja hacia abajo, tiene otra naturaleza con la que obedece a la intención de la naturaleza universal, es decir elevarse en parte por la virtud del cielo como un criado ante su patrón, como vemos en los apetitos concupiscibles e irascibles del hombre, los cuales, aunque abandonados a si mismos, siguen sus sentidos, pueden sacrificar su impulso propio si obedecen a la razón, como se ve en primer libro de la *Ética* de Aristóteles¹⁷.



XIX

Así pues, aunque la tierra, según su simple natura, tiende igualmente al centro, como se decía en el razonamiento de la objeción, sin embargo, según otra naturaleza, que sigue a la naturaleza universal, se deja elevar dócilmente en

& capitum summas nunc additas, continet, alter in toto libro scitu praeclara demonstrat: horum omnium castigationem ex sequenti latius comprehendes epistola. Venetiis: apud Iuntas, 1552 (Venetijs : in officina heredum Lucae Antonij Iuntae, 1551 mensis Nouembris). F42, columna 1. Dante Alighieri, *Paradiso*, XIII, 52 y siguientes.

¹⁷ Aristóteles, *Ethica*, I, 2.

una parte para hacer posible la mezcla de los elementos. Así queda salva la concéntrica de la tierra y del agua, y no resulta imposible para los rectos filósofos, que la figura, en la que el círculo A indique el cielo; el círculo B, el agua, y el círculo C, la tierra: y no importa para nuestro propósito si el agua parece distar de la tierra poco o mucho. Nótese que esta figura es la auténtica porque así se presentan la forma y la situación de los dos elementos, mientras las otras dos son falsas y se pusieron no porque sean así, sino como ejemplo ante los sentidos del discente, como dice Aristóteles en el primer libro de *Priorum*¹⁸. Para quien tome en consideración la figura de la tierra emergida, no hay ninguna duda de que la tierra emerge por alguna gibosidad, y no porque aflore con su circunferencia central. La figura de la tierra emergente es una media luna¹⁹, y de ninguna manera podría ser así si la emergencia fuera regular y central. Pues, en demostración de los teoremas matemáticos, la circunferencia regular de una esfera emerge siempre con un horizonte circular. Los naturalistas que lo estudian atestiguan que la tierra emergida tiene la figura de una media luna, y también los astrólogos que determinan los climas, y los geógrafos que describen las diferentes regiones de la tierra. En efecto, como es sabido por todos, nuestra tierra habitable se extiende en longitud desde Cádiz, al occidente sobre las columnas de Hércules, hasta la desembocadura del Ganges, como escribe Horosio²⁰. Tal longitud es tanta y tal que cuando se pone el sol, en la línea equinoccial, se pone para los que están en un confín, y nace para los que están en el otro, como han deducido los astrólogos por

¹⁸ Aristóteles, *Analeticorum priorum*, I, 41.

¹⁹ La forma de media luna procede de un comentario del *Quadripartito* de Ptolomeo, cuyo autor es Alì ben Rodoan (Alì ben Ridwan, Haly Avenrodan) en la que discute de la distribución de los mares y de las tierras, citando y confrontando las opiniones de los antiguos y los modernos. Esta definición de la forma de media luna estaba también en Ristoro d'Arezzo, pues proviene de Estrabón y de Ptolomeo, que hablaban de una forma trapezoide de la tierra.

²⁰ Paulo Orosio, *Historia Mundi*, I, ii, 7. *Paradiso*, XXII, 151 y siguientes; *Purgatorio* II, 1 y siguientes; XXVII, 1 y siguientes; *Convivio* III, v

los eclipses lunares. Es menester por ello que los términos de dicha longitud disten entre ellos 180°, que es la mitad de la circunferencia. La latitud, como afirman los estudiosos anteriores, se extiende desde aquellos cuyo zenit se encuentra en el círculo ecuatorial hasta aquellos cuyo zenit está en el círculo que el polo del zodíaco describe que rodea el polo del mundo, y la distancia que hay desde aquel polo al polo del mundo es de 23°, y la latitud no puede ser superior (la tierra habitable), como está a la vista, a 67° y no más²¹.

Queda claro pues que necesariamente la tierra emergida tiene forma de media luna o casi, porque esta es la figura que resulta de esa latitud y longitud. Si emergiera con un horizonte circular, tendría una figura circular convexa, y la longitud y la latitud no diferirían en la distancia, como manifiestamente aceptarían incluso las mujeres. Concluye así el tercer punto que nos habíamos propuesto tratar.

XX

Queda por saber cuál es la causa final y eficiente de la elevación de la tierra, que ha sido demostrada en orden lógico y suficiente antes. Pero este orden es artificial porque la cuestión *an est* (si la cosa es) debe preceder a la cuestión *propter quid est* (por qué es). Sobre la causa final será suficiente lo que se ha expuesto en la anterior distinción. Para investigar la causa eficiente hay que considerar primero que la discusión que nos ocupa no va más allá de la materia natural, porque es un ente móvil, es decir el agua y la tierra, que son cuerpos naturales. Por tanto no se puede exigir otra certeza que la que deriva de argumentos de la materia natural, que es la materia que tratamos, pues en toda argumentación no se puede exigir una certeza distinta a la que el tema requiere y no otra, como se dice en el libro primero de la *Ética* de Aristóteles²². Como para nosotros es

²¹ *Convivio* III, v.

²² Aristóteles, *Ethica*, I, 1. *Convivio*, IV, xiii, 8. *Monarchia*, II, ii, 7.

natural investigar la verdad de los hechos de la naturaleza, como se ve en el libro primero de la *Física* de Aristóteles²³, yendo de aquello que mejor conocemos a lo que conocemos menos, para llegar a obtener resultados seguros. En estas investigaciones los efectos son mejor conocidos que las causas. Así por los efectos llegamos a conocer las causas, por ejemplo el eclipse de sol nos descubre la interposición de la luna, por eso es muy acertado decir que la maravilla hizo a los hombres filósofos. Es necesario que el método de investigar en las cosas naturales vaya de los efectos a las causas y tal será el proceder, aunque lleve consigo una certeza suficiente, pero ni tanta ni cuánta como en la investigación matemática, que va desde las causas, o sea las cosas superiores a los efectos, que son las inferiores. Debemos contentarnos con el grado de certeza que con este método se puede alcanzar. Digo que la causa eficiente de la mencionada elevación no puede encontrarse en la tierra misma, puesto que elevarse es ir hacia arriba, y moverse hacia arriba es contrario a la naturaleza de la tierra y, hablando en términos absolutos, nada puede ser causa de lo que es contrario a su naturaleza. De ello se desprende que la tierra no puede ser la causa de esa elevación. Lo mismo puede decirse del agua, porque siendo el agua un cuerpo homogéneo, es menester, hablando en términos absolutos, que tenga en cada parte una virtud distribuida uniformemente, y por eso no hay razón para que se eleve en un sitio más que en otro. Esa misma razón excluye de la causalidad al aire y al fuego, y ya no queda más que el cielo, al que cabrá restringir el efecto. Pero como hay más de un cielo, queda por ver a cuál hay que atribuirlo. No será al cielo de la luna, pues el órgano de su virtud es la luna misma, que declina por el zodíaco hacia el polo ártico, y habría producido la elevación a ambas partes de la línea equinoccial, lo que no ha ocurrido²⁴. Tampoco se puede decir que la elevación allí abajo no pudo darse por la mayor proximidad a la tie-

²³ Aristóteles, *Phisica*, I, 2. *Convivio*, II, i, 13 y III, viii

²⁴ El hemisferio sur, según Dante, estaba totalmente cubierto de agua, a excepción de la montaña del Purgatorio.

rra, por su excentricidad, porque si la virtud de elevarse residiera en la luna, dado que los agentes despliegan mejor su virtud cuanto más cerca están, habría actuado más aquí que allá.

XXI

Esta misma razón excluye de la causalidad a todos los orbes planetarios. Como el primer móvil, es decir la novena esfera, es uniforme en todas partes y, en consecuencia, tiene la virtud uniforme en toda su extensión, no hay ninguna razón para que se haya elevado la tierra más en nuestro hemisferio que en el otro. Ahora bien: no queda ningún otro cuerpo móvil más que las estrellas, que están en la octava esfera, y es necesario atribuirle a él el efecto. Para cuya evidencia, hay que decir que el cielo de las estrellas, aunque tiene unidad en su sustancia, tiene también la virtud de la multiplicidad, por lo que fue necesario que tuviera en sus partes la diversidad que vemos, para que mediante órganos diferentes desplegara diferentes virtudes. Quien no lo entienda, ha de saber que se halla fuera de los límites de la filosofía²⁵. En el cielo de las estrellas vemos una diferencia en el tamaño de las estrellas y en la luz; en las figuras y en las imágenes de las constelaciones, las cuales no pueden ser vanas, como resulta muy claro a todos los que han estudiado filosofía. Diferente será, pues, la virtud de un astro o la de otro, la de una constelación o la de otra, la virtud de las estrellas que están a esta parte del ecuador respecto a la de aquellas que están en la otra parte. Y como, según sentencia Ptolomeo²⁶, los rostros de aquí abajo se asemejan a los de arriba, se deriva, ya que no puede atribuirse más que al cielo estrellado el efecto de la elevación de la tierra, que el agente virtual, que se asemeja a la tierra, tiene que hallarse en aquella región celeste que cubre la tierra emergida; y como esta se extiende desde la línea equinoccial hasta

²⁵ *Paradiso*, II, 115 y siguientes.

²⁶ Tolomeo, *Centiloquium*, verbum 9.

la que el polo del zodíaco describe alrededor del polo del mundo, como se ha dicho anteriormente, queda claro cómo la virtud que la eleva se encontrará en las estrellas que están en la región celeste entre estos dos círculos, ya sea que eleven la tierra por medio de una atracción como el imán atrae al hierro, o por medio de un impulso que produce vapores impelentes, como sucede particularmente en algunas montañas²⁷. Pero ahora cabe preguntarse por qué, mientras la región celeste se mueve en círculos, la elevación no se produce en todo el giro de la tierra. Respondo que no fue circular porque no había materia suficiente para tanta elevación. Pero hay que argumentar más, y la pregunta es por qué la elevación, la gibosidad de la tierra, se formó más en una parte que en otra. A esto hay que reponder que el Filósofo, en el segundo libro del *De caelo*, cuando se pregunta por qué el cielo se mueve de oriente a occidente, y no en dirección contraria, dice que tales preguntas son originadas o por mucha necedad, o por mucha presunción porque superan la capacidad de nuestra inteligencia²⁸. A esta cuestión hay que responder que nuestro glorioso Dios, que ha creado y ordenado el mundo, determinando la distancia de la extrema circunferencia desde el universo al centro y similar, lo hizo así porque era la mejor manera. Cuando dijo: “Que las aguas se junten en un solo lugar y que aparezca la tierra” entonces el cielo recibió la virtud activa y la tierra la potencia pasiva²⁹.

²⁷ La idea de que las estrellas pueden con su fuerza elevar la tierra está en Paolo Veneto, *De compositione mundi*. Cfr. E. Garin, *La Filosofia*. Milano 1947. Vol. I, pp. 339-343. Está proximidad con Paolo Nicoletti da Udine, conocido como Paolo Veneto, hizo que en la polémica sobre la autoría de la obra, Boffito (ver. Bibliografía) le atribuyera la falsificación.

²⁸ Aristóteles, *De Coelo*, II, 34;

²⁹ El *Commentarium* de Pietro Alighieri, en su tercera redacción fue la referencia que usó Francesco Mazzoni para añadir un argumento más a favor de la tesis que defiende a Dante como autor de la *Questio de aqua et terra*. El *Commentarium* se conserva manuscrito en la Biblioteca Apostolica Vaticana, Ottoboniano Lat. 2867. En la tercera redacción se hallan los pasajes que relacionan, por la exactitud del concepto y de las expresiones, a Dante con la *Questio de aqua et terra*. Cfr. F. Mazzoni, *La Questio de aqua et terra* en *Contributi di filologia dantesca*, serie I, Firenze 1966.

XXII

Que los hombres dejen de buscar lo que los sobrepasa, y busquen lo que pueden buscar para ir hacia las cosas inmortales y divinas, según están en su poder, y no se ocupen de aquello que los supera. Escuchen al amigo Job cuando dice: “¿Crees que podrás comprender los pasos de Dios y hallar al Omnipotente en su perfección?”³⁰ Escuchen al Salmista, cuando dice: “Tu sabiduría es tanto más admirable y excelsa que la mía, que nada puede”³¹ Escuchen a Isaias que dice: “Tanto distan los cielos de la tierra cuanta es la separación entre mis caminos y los vuestros”³². Hablaba en la persona de Dios al hombre. Escuchen la voz del apóstolo a los romanos: “Cuán alta es la riqueza de la ciencia y de la sabiduría de Dios, qué incomprensibles son sus sentencias y qué inextricables son los caminos de Dios!”³³ Y escuchen finalmente la voz del Creador que dice: “Allí donde yo voy, vosotros no podéis venir”³⁴. Y esto baste para buscar la verdad que queríamos conocer.

XXIII

Una vez vistas estas cosas, es fácil resolver los argumentos que anteriormente se propusieron en su contra, que era lo que tenía que hacer en quinto lugar. Cuando se dijo: Es imposible que dos circunferencias que están desigualmente distantes entre si tengan un mismo centro, -acepto que es verdad cuando las circunferencias son regulares sin una o más elevaciones. Pero cuando se afirma en la proposición menor que la circunferencia del agua y la de la tierra son de esta forma, digo que no es verdad, si no en cuanto a la elevación de la

³⁰ Job, XI, 7.

³¹ Ps, XXXVIII, 6.

³² Is., LV, 9. *Purgatorio* XXXIII, 88-90.

³³ San Pablo, *Ad Rom.* XI, 33.

³⁴ San Juan, VIII, 21.

tierra, y de esta manera la razón no avanza. A propósito de lo que se decía en la segunda argumentación: Al cuerpo más noble corresponde el lugar más noble, digo que es verdad, si tenemos en cuenta solo la naturaleza propia de las cosas, y concedo la menor, pero cuando se concluye que por eso el agua ha de estar por encima, digo que es verdad respecto a la naturaleza propia de un cuerpo y del otro, pero por una causa de orden superior, como se ha dicho, sucede que en la parte nuestra de la tierra, es más alta, y así el argumento falla en su primera proposición. La razón que se aduce en el tercer argumento: “Toda opinión que contradice al sentido es una mala opinión, etc.- digo que procede de un falso imaginar. En efecto los marineros cuando están en alta mar imaginan que no ven la tierra desde la nave, porque el mar es más alto que la tierra. Pero eso no es así, antes sucede lo contrario, que la verían mejor. El rayo directo de lo que se ve se rompe por la convexidad del agua, que se interpone entre el objeto y el ojo porque, al disponerse el agua alrededor del centro en una forma plenamente redonda, es menester que a una cierta distancia constituya un obstáculo con su convexidad a la visión. Al cuarto argumento: “Si la tierra no fuera superior, etc., respondo que la razón adoptada se basa en una falsedad y por eso no se puede resolver. La gente y todos los que ignoran los principios de la física creen de hecho que el agua asciende a los montes, y a los lugares donde nacen las fuentes en forma de agua, pero es muy pueril, pues las aguas se generan allí, como dice el Filósofo en su *Metauris*³⁵, en forma de vapor. Al quinto, en el que se dice que el agua es un cuerpo que imita el orbe de la luna y se concluye que tiene que ser excéntrica porque excéntrico es el orbe de la luna, respondo que la razón no comporta necesidad, porque si una cosa imita a otra en un aspecto, no se deriva de ello que tenga que imitarla en todos. Así, vemos que el fuego imita el cielo en su revolución circular y, sin embargo, no lo imita al no moverse en un movimiento rectilíneo y en no tener

³⁵ Aristóteles, *Meteorología* I, 13 y II, 2. *Purgatorio*, V, 109 y siguientes. Y XIV, 34 y siguientes.

una calidad contraria a las suyas. Por eso la razón no avanza. Esta es la respuesta a los argumentos; y así queda cerrada la disputa y el breve tratado que nos habíamos propuesto sobre la forma y el lugar de los dos elementos.

XXIV

Esta filosofía fue determinada, bajo el dominio del invicto señor Cangrande della Scala, delegado del Sacrosanto romano imperio, por Dante Alighieri, el menor de los filósofos, en la ínclita ciudad de Verona en el templo de la gloriosa Elena, ante la presencia de todo el clero de la ciudad, con la ausencia de algunos que por abundancia de caridad cierran los oídos a los ruegos, y por la demasiada humildad son pobres de espíritu santo, no quieren que se crea que ellos rinden homenaje a los méritos de otros, y prefieren abstenerse de intervenir en las disputas. Y esto ocurrió en el año de la natividad de Nuestro Señor Jesucristo, en el día del sol, que el dicho salvador con su gloriosa venida y con su admirable resurrección nos señaló especialmente para que fuera venerado, y ese día fue el séptimo después de los idus de enero y el trece de las calendas de febrero, (con exactitud el 20 de enero).

Giovanni Boccaccio

BREVE TRATADO EN ALABANZA
DE DANTE ALIGHIERI

Origine uita studij & morib; uiri clarissimi Pantis aligey
de origine uita illustri & copiosa ab eod. Incipit feliciter

Solone il primo uero humano tempore donu
na sapientia fu reputato & leau sacratissime
leggi sone ancora alli presenti huomini chia
ri testimonianza dala anticha giustitia e
a scãdo chedicono alaini spesse uolte usãto
dicere ogni re publica sicome noi andare a
stare sopra due piedi dequali cõmatra gra
uita & firmamur. Per il che si non la scãre al
cuno difetto & nello ipunito & il sinistro ogni bon facto remunere
ntre. Ad auguendo et equali que delle due cose gra dette puuto o
p inghentia si sottraua omieno che bene si seruaua & senza uino
dubbio quella re publica che l facua cõuenire andare & andata
a se pila agura si perchasse i amendue quasi certissimo auea qlla
no potere stare i alcun modo. Mossi adunque piu cõti egreay co
me antichi popoli da quella laudeuole sententia & aptillimame
te uera alcuna uolta di data altra di marmoza statua & doue
te dicelebre sepultura & til fiata di triumphale arco & quãdo di
laurea corona scãdo meriti precedenti honorauano ualoroosi
de pene p opposto a col puoli date no cõto di marmoza. Per li qua
li honori & purgationi la assyria & amacedonia & la greca & ul
timate la romana re publica cum aitate cõlopre se fini
della terra & cõ la fama tocchano. Istelle: Leuestigie dequali i
cõti ala exempli no solamente da successori presenti & maxime me
te danieli fiorentini sono male seguite ma i tanto sedisinate da
esse che ogni premio di uirtu possiede l ambitione pche sicome
aie & a ciascuno altro che accie cõ occhio ragione uole uuoie guar
dare no senza grandissima afflictione d animo possiamo uede
re l maldia qd a puoli huomini aluoghi excelsi & a l omni ofi
cij & aguerdoni eleuare & libuoni staccare deprimere & abassa
re. Alle quali cose qual fine serbi il giudicio di dio & lozo il uog
giano che istimone ghe uernano di quella naua pao che noi
puiballa turba siamo trasportati dal sotto della fortuna mano
della colpa partecipi. Et come che cõ m fite ingrattitudini &
dissolute pdonange apparenti si potessero le predette cose uenificie

GIOVANNI BOCCACCIO:
*BREVE TRATADO EN ALABANZA
DE DANTE ALIGHIERI*

LA PRESENTE OBRA FUE UNO DE LOS HOMENAJES QUE GIOVANNI Boccaccio dedicó a Dante. La publicó con el título *De origine, vita, studiis et moribus viri clarissimi Dantis Aligerii florentini, poete illustris, et de operibus compositis ab eodem, incipit feliciter*. Este título fue abreviado bien por sus lectores, o por Boccaccio mismo, y quedó reducido a *Trattatello in laude di Dante Alighieri*, que refleja abiertamente la intención al escribirla. Pero hay otro título, más breve aún, por el que la obra es conocida y con el que es publicada frecuentemente, *Vita di Dante*. No es nada extraño, era habitual que los títulos grandilocuentes se escribieran en latín o en lengua vulgar pero que, al mismo tiempo o después, fueran conocidos por referencias más directas y breves, y al final el título quedara en manos de sus lectores. No es el único ejemplo, como bien estará pensando el lector en este momento. La admiración y la reverencia que Boccaccio sintió por la obra y por la vida de Dante, en el genio como decían los románticos, o en el ingenio como decían sus coetáneos medievales, fueron tales que Boccaccio dedicó una gran parte de su vida a destacar, a recomendar y a reverenciar la obra de Dante entre sus contemporáneos. Tan seguro estaba de su excelencia, que apenas se dio cuenta de la obra que

él estaba construyendo, una obra maestra, merecedora de los mismos elogios y exaltación que él veía en Dante y en Petrarca. La capacidad de apreciar el trabajo ajeno, de saber valorar la dimensión que adquiriría en su tiempo y en el venidero lo convirtieron en uno de los escritores más lúcidos y generosos de su tiempo. Manifestó afán, esfuerzo, insistencia y voluntad de difundir entre cultos y analfabetos la obra de Dante, recopiló y ordenó sus escritos, los copió como un escribano para dejarlos a los que vendrían después, lo incluyó en su obra *De casibus* como ejemplo de infortunio, se subió a un púlpito para “predicar” la palabra de Dante, como correspondía a un texto sagrado, en la Iglesia de Santo Stefano protomartire de Florencia, hoy conocida como Santo Stefano al Ponte, para explicar, a quien quisiera escuchar, la *explanatio* de la *Comedia*, que él calificó de *Divina*, cuyo título conservó para siempre. Con esta iniciativa contribuyó a uno de los actos más hermosos de la historia de la literatura, la llamada *Lectura Dantis*, lectura e interpretación de estudiosos y maestros ante un público que, de manera ininterrumpida desde su muerte, se reúnen para compartir los versos del prodigioso viaje al Más Allá. Son escasas las aportaciones de los españoles a esta actividad, que siguen usando, por ignorancia e injustamente, el adjetivo “dantesco” con el significado de “infernol”. ¡No hay incendio, accidente, desgracia, tragedia o masacre entre nosotros que no sea presentado con el término dantesco! ¡Qué lejos de la consideración de Boccaccio sobre la misma obra, que él consideró divina!

Esta breve obra fue escrita después de la muerte de Dante, que aconteció en Ravenna en 1321. Boccaccio dice de manera muy clara que su propósito al escribirla era remediar la ingratitud de su ciudad con Dante, alabar su vida y su obra para que sus contemporáneos conocieran la grandeza de su poesía y el trato injusto que le habían dado los florentinos al expulsarlo de la ciudad, y que tal injusticia perdurara después de su muerte, ocurrida 25 años atrás, y que aún no se hubiera reparado la afrenta cometida contra él.

En palabras de Luigi Sasso lo que se proponía, en realidad, era construir el mito de Dante, un hombre al que Dios, según Boccac-

cio, concedió una gracia especial. La biografía se transforma en una hagiografía y Dante alcanza casi un halo de santidad, como veremos. El mismo Boccaccio se refirió a la biografía como un breve tratado en alabanza de Dante, *Trattatello in laude*, con el propósito manifiesto de narrar los hechos de su vida en un contexto de glorificación, de exaltación de su figura, valiéndose para ello de todos los recursos retóricos habituales y propios en este tipo de biografías, con referencias genealógicas imaginarias, con intervención de la mano de Dios por medio de un milagro obrado en la madre de Dante parturienta, que tuvo un sueño premonitorio, de aquellos que preceden y anuncian la llegada de los grandes hombres. Estos elementos estaban en las biografías cristianas medievales, como la de Santo Domingo de Guzman; eran textos que seguían el modelo de las biografías de Virgilio por obra de Marco Servio Honorato y de Elio Donato, autores de sendas biografías de Virgilio¹. El primero escribió una obra *In tria Virgilio Opera Expositio*, que nos recuerda la misma tarea de Boccaccio en la exposición de la *Commedia*, precedida también por una biografía. Elio Donato es autor de una biografía de Virgilio, *Vita di Virgilio*, en la que se narra el sueño de su madre antes de su nacimiento. El sueño del laurel de la madre de Dante está inspirado en este pasaje en el que la madre de Virgilio soñó que paría una rama de laurel, que posteriormente se transformaba en un frondoso árbol.

Pocos años antes, Boccaccio había escrito *De vita et moribus Francisci Petracchi*, en la que reúne admiración y elogios por el poeta Francesco Petrarca, recién laureado². Giovanni Boccaccio se convirtió en el primer biógrafo de Petrarca y de Dante y, al hacerlo, instauró un género biográfico que imitaron los humanistas. La biografía de Dante está escrita en italiano, como homenaje a quien había dignificado y elevado la lengua materna; en cambio, la biografía de Petrarca fue escrita en latín, en reconocimiento a quien había alcanzado un estilo semejante al de los clásicos latinos.

¹ G. Brugnoli, *Vitae Vergilianae*, en *Enciclopedia virgiliana*, V, Roma 1990, pp. 570-580

² Cfr. Giuseppe Velli, *De vita et moribus domini Francisci Petracchi de Florentia del Bocaccio e la biografia del Petrarca* en MLN Vol. 102, No. 1, Italian Issue (Jan., 1987), pp. 32-38.

En la biografía de Dante están reunidos todos los topos de las biografías humanistas: la entrega absoluta a la poesía, con el desdén por las cargas materiales o familiares, el compromiso político reprochable, por cuanto ponía en riesgo la serenidad que un poeta necesita, y una declaración exaltada de la poesía y del oficio del poeta. Esta digresión procede de una fuente de Albertino Mussato, coetáneo de Dante, para quien poesía, teología y filosofía eran indivisibles. De Mussato pasó a Petrarca (*Fam.* X, 4, 3-5) y a Boccaccio³. Estas características han impulsado a muchos a considerar la biografía de Boccaccio como un texto encomiástico, basado en invenciones, sin ningún valor histórico, un texto destinado a convertir a Dante en un mito, un ser legendario. Los críticos han subrayado la excesiva importancia que concede al enamoramiento de Beatrice, y al error de su casamiento, con una declaración misógina, basada en que la cercanía cotidiana de las mujeres perjudica el trabajo de la filosofía. Esta digresión contra las mujeres y contra el matrimonio tampoco es original de Boccaccio, sino que la tomó de un pasaje de Teofrasto, que Jerónimo había traducido al latín. Boccaccio se valió de él en el *Corbaccio* y también en la *Esposizioni sopra il Dante*.

Es una biografía basada en las conversaciones con quienes le habían conocido, con narración de anécdotas, recuerdos y noticias, que Boccaccio no se propuso comprobar. Son destacables los hechos de la vida de Dante que Boccaccio conoce por referencias: El 27 de enero de 1302 Dante fue acusado de malversación y apropiación indebida, por lo que fue condenado a pagar 5.000 florines, dos años de confinamiento y la inhabilitación para cargo público. Al no haberse presentado para satisfacer la multa, fue condenado a muerte el día 10 de marzo de se mismo año. En los primeros tiempos de su exilio, Dante vagó por la Toscana, estuvo en Pisa y en Arezzo, como suelen hacer los exiliados que esperan regresar en breve a sus lugares de origen; después empezó a darse cuenta, en rostros ajenos, cómo se les atribuye alguna responsabilidad en su suerte, extremo cruel e impío, al

³ G. Billanovich, *Lo Scrittoio del Petrarca*. Roma 1947.

tiempo que supo que nunca volvería. Boccaccio no es muy preciso ni acertado en las noticias sobre quiénes y dónde se le dio cobijo y ayuda, según los datos que sobre el vagar de Dante se conocen hoy, pero los hechos fundamentales están recogidos en su biografía.

Para reforzar la acción milagrosa de su obra, la ayuda de la providencia en la consecución de la *Commedia*, destinado a la salvación de los hombres, Boccaccio narra cómo Dante había escrito los primeros siete cantos del Infierno antes de su salida, desprovisto de todo, de Florencia y cómo un ciudadano que los halló los envió al duque Moroello para que se los entregaran. Esta noticia no ha sido aceptada por los estudiosos de Dante, a pesar de que Boccaccio en la narración ofrece el nombre de la persona que los encontró, Dino Perini, aunque se atribuye también a Andrea Poggi, sobrino de Dante. El hallazgo milagroso de los primeros siete cantos del Infierno de la *Commedia* tiene también su correspondiente final con los últimos trece del Paraíso, que se hallaron 8 meses después de su muerte, con la ayuda de una aparición en sueños de Dante a su hijo Jacopo. Él y Piero Giardino, discípulo de Dante, rescataron de un armario excavado en el muro los papeles mohosos del final de su viaje.

El deseo de Boccaccio era sin ninguna duda ensalzar las virtudes de Dante como poeta teólogo y describir el sufrimiento por las tremendas tribulaciones e ingratitudes de su pueblo. La invectiva contra la ingratitud de Florencia con Dante está presente desde el principio con la cita de la sentencia de Solón, célebre legislador ateniense. Esta cita se halla también con el mismo propósito en una carta de Petrarca (*Fam.* VIII, 10, 13).

Con el fin de remediar lo que la ciudad y los ciudadanos de Florencia aún no habían hecho, 25 años después de su muerte, Boccaccio se convierte en su primer biógrafo, sin cesar de fustigar la torpeza, ignorancia e ingratitud de la ciudad, con ejemplos de ciudades históricas admiradas por el homenaje que rinden a sus grandes hombres, que dignifican a sus ciudades de origen. El lamento contra la actitud de Florencia está cargado de palabras muy duras, semejantes a las que dejó escritas Dante en la *Divina Commedia*.

Como suele siempre ocurrir en estos casos, Boccaccio fija los puntos fundamentales de biografía de Dante: el amor al estudio y el infortunio del exilio, el rechazo de su propio pueblo, la generosidad de su existencia. Como contrapunto al comportamiento de Florencia está el afán de Boccaccio en compensar y remediar con su persona: copista, comentarista y biógrafo. Pero también, embajador ante Ravenna. Alrededor del mismo año en que redacta la biografía, la Compagnia Orsanmichele lo mandó en una embajada a Ravenna para que entregara a la hija de Dante, suor Beatrice, diez florines de oro en compensación por el embargo de bienes que precedió al exilio de su padre. Este hecho forma parte de la misma voluntad, probablemente impulsada por Boccaccio, de resarcir del daño sufrido al más grande poeta de Florencia. La actividad ininterrumpida de promoción, difusión, alabanza y reconocimiento que Boccaccio llevó a cabo sobre la vida y la obra de Dante es muy conocida por los estudiosos de ambos poetas y también de Petrarca, ya que Boccaccio insistió para que Petrarca leyera la obra de Dante, mediante regalos de códices, visitas y cartas. El año 1373, a los casi cincuenta años de la muerte de Dante, algunos ciudadanos de Florencia se dirigieron a los priores de la ciudad para solicitar una lectura pública sobre “il libro che volgarmente si chiama il Dante” y la ciudad encargó a Boccaccio, con un sueldo, la lectura de la *Commedia* en la Iglesia de Santo Stefano in Badia, durante un año, con inicio previsto, según la tradición universitaria, el día de san Lucas, es decir, el 18 de octubre. El público que asistía era gente del pueblo, pero también se encontraban entre ellos algunos hombres eminentes, como Benvenuto da Imola, que a su vez es autor de un comentario de la *Divina Commedia*. La lectura duró hasta el mes de enero de 1374, cuando fue interrumpida a causa de una enfermedad de Boccaccio, de la que no se recuperó. La peste de los meses siguientes en Florencia y su mala salud interrumpieron la *Lectura Dantis* oral y *Esposizioni sopra il Dante*⁴, que son los comentarios escritos hasta el canto XVII del Infierno.

⁴ Cfr. G. Padoan, *L'ultima opera di G.B.: le Esposizioni sopra il Dante*. Padova 1959.

no, en los que contempla el sentido literal y el alegórico. La lectura suscitó en Florencia una agria polémica, que le hizo dudar después sobre la conveniencia de haberlo hecho. Con todo, no hay ciudad en el mundo con voluntad de ser centro cultural que no acoja cada año una *Lectura Dantis* pública, que Boccaccio inauguró en honor de Dante y para deleite de sus lectores.

Estas dos obras, *Trattatello in laude di Dante Alighieri* y la *Esposizione sopra il Dante* no son las únicas obras en las que Boccaccio habló del poeta. En la *Caccia di Diana* había adoptado el metro del terceto encadenado (*terzina*), creación de Dante para escribir la *Commedia*; en la última página del *Filocolo* cita a Dante entre Virgilio, Estacio, Lucano y Ovidio, los poetas más presentes en la *Commedia*; en la *Amorosa Visione*, Boccaccio adopta el género, la estructura y el metro de la *Commedia*, y Dante aparece coronado de laurel. Los personajes de la obra *Corbaccio* están en una laguna desolada por la que se mueven y dialogan; en el *Decameron* se narran en cien días, tantos como los cantos de la *Commedia*, las miserias y aspiraciones del ser humano, como un viaje por la vida, un escenario de los vicios y las virtudes, una especie de *Purgatorio* dantesco. Finalmente, en la obra *De casibus virorum illustrium* Dante es un ejemplo de infortunio, un espíritu afligido por la fortuna.

En la biografía Boccaccio no desaprovecha la ocasión de introducir, junto a los datos reales biográficos, las digresiones y las invectivas contra los enemigos de Dante, contra la ciudad ingrata de Florencia, contra la cual erige Boccaccio el monumento del reconocimiento, el mito de Dante.

Nota al texto

De la obra de Boccaccio se conservan muchos códices manuscritos del siglo XV en Florencia, en la Biblioteca Apostólica Vaticana, en la Biblioteca Marciana de Venecia y en Siena, Padua y Verona; también en Francia, en Reino Unido y en el College de Wellesley (USA); en

España hay uno del siglo XV en la Biblioteca Nacional y, otro, en Toledo del siglo XIV⁵. El código de Toledo, con la signatura Cod 104, 6, es uno de los más importantes por ser autógrafo de Boccaccio, y se conserva en el Archivo y Biblioteca del Cabildo de Toledo. Es una copia de mano de Boccaccio de las obras de Dante Alighieri, la primera redacción del *Trattatello in lode di Dante Alighieri*⁶, *La Vita Nuova*, *La Commedia con gli argomenti in terza rima y 15 canciones de Dante*. Se tiene por firme que Boccaccio escribió el *Trattatello* para dar forma al código dantesco y completarlo con una biografía de Dante. P. G. Ricci lo fechó entre 1352-1356⁷. Otro código autógrafo de Boccaccio de la esta misma obra es el Chigiano L V 176 de la Biblioteca Apostólica Vaticana, que contiene la tercera redacción de la biografía y otras obras de Dante⁸, fechado entre 1363 y 1368 según Ricci⁹.

La presente edición reproduce el texto fijado por Pier Giorgio Ricci, que es la primera redacción, que fue publicado por la edito-

⁵ Sobre los códigos escribió Vittore Branca, *Tradizione delle opere di Giovanni Boccaccio*. Roma 1958. M. Fiorilla, P. Rafti, *Marginalia figurati e postille di incerta attribuzione in due autografi del Boccaccio (Firenze, Biblioteca Medicea Laurenziana, Plut. 54.32; Toledo, Biblioteca Capitolare, ms. 104.6)*, en “Studi sul Boccaccio”, XXIX (2001), pp. 199-213. C. Paolazzi, *Petrarca, Boccaccio e il “Trattatello in laude di Dante”*, in Id, *Dante e la “Commedia” nel Trecento*, Milano, Vita e pensiero, 1989, pp. 131-221. P. G. Ricci, *Evoluzione nella scrittura del Boccaccio e datazione degli autografi*, in *Studi sulla vita e le opere del Boccaccio*, Milano-Napoli, Ricciardi, 1985, pp. 286-96.

⁶ *Trattatello in laude di Dante* (rúbrica: f. 1r, en rojo, “De origine vita studiis et moribus clarissimi viri dantis aligeri florentini poete illustris et de operibus compositis ab eodem. *Incipit feliciter*.”; expl., f. 27r, en rojo: “De origine vita studiis et moribus clarissimi viri dantis aligeri florentini poete illustris et de operibus compositis ab eodem. *Explicit*.”) ff. 1r-27r.

⁷ No todos los especialistas en Boccaccio están de acuerdo en la fecha de composición. Cfr. Vandelli, art. cit., 63-78; M. Barbi, *Introduzione all’ediz. della Vita Nuova*, LXIV-LXV. Según Billanovich, *Prime ricerche dantesche*, Roma 1947, 56, la transcripción es probablemente de 1357-59; G. Petrocchi cree que es de 1369, en *Introduzione* 89; P. G. Ricci, *Studi sulle opere latine e volgari del Boccaccio*, Milano-Napoli 1968, después de analizar la escritura de Boccaccio, afirma que es de 1352-56.

⁸ cfr. P.G. Ricci, *Svolgimento della grafia del Boccaccio.*, en V. Branca-P.G. Ricci, *Un autografo del Decameron (codice Hamilton 90)*, Padova 1962, 60

⁹ P. G. Ricci, *Studi*, cit.

rial Mondadori¹⁰ y que pasó a ser una referencia filológica para las ediciones posteriores, como la de Luigi Sasso, *Trattatello in laude di Dante*, en 1995.

¹⁰ Cfr. Giovanni Boccaccio, *Trattatello in laude di Dante*, a cura di Pier Giorgio Ricci. Alpignano, Tallone, 1969. Giovanni Boccaccio, *Vite di Dante*, a cura de Pier Giorgio Ricci. Mondadori, 2002.

DE LOS ORÍGENES, VIDA, ESTUDIOS
Y COSTUMBRES DEL CLARÍSIMO VARÓN
DANTE ALIGHIERI FLORENTINO, POETA
ILUSTRE, Y DE LAS OBRAS QUE COMPUSO

SOLÓN, CUYO PECHO FUE REPUTADO UN TEMPLO DE DIVINA SABIDURÍA, y cuyas sagradas leyes siguen siendo aún para los hombres actuales un claro testimonio de la justicia antigua, solía comparar con frecuencia, según algunos, a la república con los seres humanos, y decía que esta caminaba y tenía dos pies; de los que, con grave madurez, afirmaba que el derecho era no dejar ningún delito impune, y el izquierdo era recompensar las cosas bien hechas. Añadía que si alguna de estas cosas mencionadas se omitía por vicio o negligencia, o se observaba deficientemente, esa república sin duda alguna caminaría con dificultad: y si por desgracia fallaban ambas cosas, estaba seguro casi por completo de que no se mantendría en pie de ninguna manera.

Estimulados por esta loable sentencia, manifiestamente justa, los pueblos antiguos y egregios honraban a los hombres valiosos unas veces como deidades, otras con estatuas de mármol, a menudo con sepulturas distinguidas, en alguna ocasión con un arco de triunfo, o quizás con una corona de laurel según los méritos que los precedían: por el contrario, omito la narración de cómo eran las penas que imponían a los culpables. Por tales honores y condenas las repúblicas asiria, macedonia, griega y, finalmente, la romana aumentaron con

sus acciones las fronteras del territorio y con la fama tocaron las estrellas. Las huellas de estos altos ejemplos, no solo son mal imitadas por los descendientes actuales, sobre todo por mis florentinos, sino que se han desviado tanto de ellas, que la ambición acapara todos los premios de la virtud; por lo que, de esta manera yo y quien quiera verlo con los ojos de la razón, con grandísima aflicción de espíritu, podemos ver elevar a los hombres malvados y perversos a los más altos oficios y galardones, y a los buenos ser apartados, deprimidos y rebajados. Veán los que gobiernan el timón de esta nave qué fin guarda el juicio de Dios en tales cosas: porque nosotros, gente inferior, nos vemos arrastrados por el flujo de la fortuna, pero no somos partícipes de la culpa.

Aunque podría dejar constancia de las anteriores cosas con infinitas ingratitudes y disolutos indultos, para desvelar en menor medida nuestros defectos y llegar a mi principal objetivo, me bastará una sola (que no será ni insignificante ni pequeña), con recordar el exilio del clarísimo Dante Alighieri. Este hombre, ciudadano desde antiguo y no de oscuros orígenes, era merecedor por virtud, ciencia y buenas acciones, como demuestran de sobra y seguirán mostrando las cosas que hizo: las cuales, si se hubieran hecho en una república justa, nadie duda de que le habrían reportado altísimos méritos.

¡Oh insensata decisión, acción deshonesto, ejemplo miserable y manifiesta declaración de la ruina que vendrá! En lugar de concederle premios, una condena injusta y furiosa, el exilio perpetuo, la enajenación de los bienes paternos, y si hubieran podido, el embrutecimiento de su nombre, con acusaciones falsas. De esas cosas son recientes y muy claras todavía las huellas de su huida, sus huesos sepultados en tierras de otros y su prole dispersada en casas ajenas. Si todas las demás iniquidades florentinas se pudieran esconder a los ojos de Dios, que lo ven todo, ¿no bastaría con esta sola para provocar sobre ella su ira? Claro que sí. Es honesto no hablar de quien es, por el contrario, exaltado. De manera que, considerándolo bien, el mundo actual no solamente ha abandonado la senda del anterior, de que hablé más arriba, sino que dirige sus pies por el camino opues-

to. Porque está muy claro que si nosotros, y los que viven de manera semejante contra la mencionada sentencia de Solón, aún seguimos en pie sin caer, no puede ser más que a causa de que la naturaleza de las cosas ha cambiado por el uso, como vemos que suele suceder, o es un milagro especial, en el que, gracias a algún mérito de nuestro pasado, Dios, contra toda previsión humana, nos sostiene con su paciencia habitual, que quizás espera nuestro reconocimiento; si a la larga no se mantiene, que nadie dude de que su ira, que con lento paso conduce a la venganza, nos deparará un tormento tan grave que suplirá con creces la tardanza.

Aunque nos parezca que quedan impunes las cosas mal hechas, debemos no solo huir de ellas, sino empeñarnos, obrando correctamente, en cambiarlas. Siendo yo de la misma ciudad, una pequeña parte en comparación con los méritos, la nobleza y las virtudes de Dante Alighieri fueron muy grandes, y por eso, como cualquier ciudadano, me siento plenamente obligado a honrarlo, pues aunque no me siento suficientemente capaz para algo tan importante, no obstante, dado que no lo ha hecho nadie, con mis modestas facultades, que deberían ser magníficas por tratarse de él, intentaré hacerlo. No con una estatua o con una distinguida sepultura, costumbres que ya se han extinguido entre nosotros, y mis fuerzas no bastarían para ello, sino que acometeré tan gran empresa con mis pobres palabras. Daré las palabras que poseo para que, en todo o en parte, no pueda decirse en las naciones forasteras que su patria ha sido ingrata con tan gran poeta. Y escribiré sobre lo que él honestamente calló, con un estilo humilde y sencillo, pues mi ingenio no da para más, y en lengua florentina, para no desentonar con la misma lengua que eligió para la mayoría de sus obras. Recogeré en una obra todo lo que hizo, ya que en sus obras se ofreció claramente a los que vendrán, y quizás mis palabras derramen sobre él menos tinieblas que esplendor, algo que no está en mi intención ni en mi querencia; contento siempre, en esto y en cualquier otra cosa, de que alguien más sabio, allí donde yo hable con algún defecto, me corrija. Para que no suceda eso, humildemente ruego a Él, que lo elevó por escalera tan alta, como

sabemos, que me ayude en este momento y que guie mi ingenio y mi débil mano.

Florenxia, la más noble entre todas las ciudades, como dicen las antiguas historias y la opinión general de los hombres actuales, se fundó en tiempo de los romanos. Con el tiempo creció, se llenó de gente y de hombres brillantes, y se convirtió en una ciudad, y empezó a ser considerada muy poderosa por quienes la conocían. No se sabe cuál fue la causa de su cambio desde tan altos inicios, si la contraria fortuna o el cielo adverso, o quizás fueran sus merecimientos, pero sabemos con certeza que, al cabo de algunos siglos, Atila, el rey más cruel de los Vándalos que destruyó casi toda Italia, dispersó y mató a todos o a una gran parte de los ciudadanos de Florenxia, nobles o notables por algún mérito, la redujo a cenizas y en ruinas, y allí demoró hasta el siglo III. Después de ese tiempo, al trasladarse el emperador romano desde Grecia a la Galia, cuando alcanzó la imperial distinción Carlo Magno, que era entonces el muy clemente rey de los francos, después de muchos trabajos, creo que, movido por un espíritu divino, dirigió su ánimo a reedificar la desolada ciudad. Por los mismos fundadores de la ciudad, que la habían rodeado de una pequeña circunferencia de murallas, en cuanto pudo, la hizo reedificar y habitar como Roma y recogió en su interior las pocas reliquias que se encontraron de los descendientes de los antepasados expulsados.

Entre los nuevos habitantes, quizás de entre los que llevaron a cabo la reedificación, distribuidor de las casas y de las calles, y que proporcionó al nuevo pueblo las leyes oportunas, según atestigua la fama, vino desde Roma un joven muy noble de la estirpe de los Frangia-pani, conocido por el nombre de Eliseo; el cual por ventura después de haber obtenido la cosa más principal, por la que había venido, o quizás por el amor a una ciudad ordenada por él, o porque le gustaba el lugar, o porque pensó que el cielo le sería favorable por cualquier otra razón, se quedó en ella y se convirtió en ciudadano perpetuo y, después de él los hijos y sus descendientes, dejó una no pequeña ni desdeñable estirpe. Los descendientes, una vez abandonado el antiguo sobrenombre de sus mayores, tomaron el nombre de quien había dado

inicio a la stirpe, y todos ellos se llamaron los Elisei. Con el paso del tiempo, y de sus descendientes, entre otros muchos nació y vivió un caballero por sus armas y por su sensatez muy bien considerado y valiente, cuyo nombre era Cacciaguida, al que en su juventud sus padres dieron por esposa a una doncella de la familia de los Aldighieri de Ferrara, por sus maneras y belleza, así como por la nobleza de su apreciada sangre, con la que vivió muchos años y con la que tuvo muchos hijos. Con uno de sus hijos, después de haber dado nombre a los demás, como suelen hacer las mujeres, quiso renovar el nombre de sus antepasados y lo llamó Aldighieri; más tarde ese nombre, por la caída de la letra “d” que se omitió, se llamó Alighieri. La valentía de este fue la causa, entre sus descendientes, de que se abandonara la referencia a los Elisei y que el apellido fuera de los Alighieri. De él descendieron otros muchos hijos y nietos de sus hijos, y cuando reinaba el emperador Federico II nació uno, cuyo nombre era Alighieri, más conocido por su futura prole que por él mismo. Cuando su mujer estaba embarazada, casi a punto de dar a luz, soñó cómo sería el fruto de su vientre que, entonces, no podía saber nadie y que hoy, por lo que siguió, es manifiesto a todos.

Se le figuró a la gentil mujer, en su sueño, que estaba bajo un laurel muy alto, en un prado verde, junto a una fuente de agua muy clara, y que allí alumbraba a su hijo, el cual en muy poco tiempo, alimentándose solo de bayas, que caían del laurel, y del agua clara de la fuente, se convertía en un pastor y se dedicaba como podía en alcanzar las frondas del árbol, cuyo fruto había sido su alimento y, por el mucho esfuerzo, le parecía ver que se caía y cuando se reincorporó ya no era un hombre, sino que se había convertido en un pavo real. El sueño le causó tanta admiración que se despertó; no pasó mucho tiempo que le llegó la hora del parto, y dio a luz un hijo, al que de mutuo consentimiento con el padre llamaron Dante; y merecida, y óptimamente, como se verá a continuación, siguió el efecto al nombre.

Este es aquel Dante del que trata el presente discurso; es el Dante al que se le concedió en nuestros tiempos una especial gracia de Dios; es el Dante que primero abrió el camino de vuelta a Italia a

las musas, de donde habían sido expulsadas. Por él la claridad de la lengua florentina es de todos conocida; por él la belleza de la lengua se reguló con oportunos ritmos; por él la poesía muerta merecidamente puede decirse que resucitó. Consideradas todas estas cosas, se demostrará que nadie como él las tuvo con mayor dignidad.

Este singular itálico nació en nuestra ciudad, vacante el reino por la muerte del ya mencionado Federico II, en los años de la encarnación del Rey del universo MCCLXV, cuando ocupaba la cátedra de san Pedro el papa Urbano IV, y fue recibido en la paterna casa con muy feliz fortuna, feliz, digo, según la calidad de aquellos tiempos. Pero afirmo que, dejando a un lado su infancia, en ella aparecieron muchas señales de la futura gloria de su ingenio, pues desde que comenzara su infancia, después de haber aprendido los primeros elementos de las letras, no se entregó a juegos como hacen ahora los nobles que se dan a las lascivias adolescentes y al ocio, y crecen perezosos en el regazo de las madres, sino que dedicó toda su pubertad a su patria con el estudio ininterrumpido de las artes liberales, en las que se convirtió en experto. Y con los años creció el ánimo y el ingenio; no se dedicó a estudios lucrativos, hacia los que corre hoy todo el mundo, sino que se sintió atraído por un deseo loable de fama perpetua, con el desprecio de las riquezas efímeras, y se entregó libremente a desear tener el pleno conocimiento de la naturaleza poética y el dominio de su arte. Una vez se hubo familiarizado con este ejercicio, se entregó a Virgilio, a Horacio y a Estacio y a todos los poetas famosos para no solo conocerlos, sino con la imitación de sus versos elevar su poesía, como demuestran sus obras, de las que a su tiempo hablaremos. Y dándose cuenta de que las obras de poesía no son cosas vanas simplezas o meras palabras maravillosas, como muchos tontos creen, sino que esconden frutos muy dulces de verdades de la historia o de la filosofía; por lo que, sin las historias o la filosofía natural o moral, las intenciones poéticas no pueden ser plenas ni completas, dividió adecuadamente los tiempos, las historias por una parte, y la filosofía por otra, y se dedicó con varios doctores, no sin largo estudio y esfuerzo, a comprenderlas. Y, alcanzada mediante la

dulzura del conocimiento la verdad de las cosas que el cielo encierra, no hallando en esta vida ninguna cosa más querida que esta, dejó a un lado cualquier otra preocupación y se entregó solo a ella. Y para que ninguna parte de la filosofía le fuera desconocida, con agudeza de ingenio penetró las altísimas profundidades de la teología. Y el efecto no quedó lejos de su intención porque, sin hacer caso ni del frío ni del calor, ni de las vigilias ni de los ayunos, ni de incomodidad alguna de su cuerpo, con estudio asiduo llegó a saber lo que al ingenio humano aquí en la tierra le es dado conocer de la esencia divina y de las otras distinguidas inteligencias. Y así como en sus distintas edades estudió varias ciencias, asimismo comprendió diferentes disciplinas bajo varios doctores.

Los primeros pasos, como se ha declarado más arriba, tuvieron lugar en su patria, y de allí, como lugar más fértil para su alimento, se trasladó a Bolonia; cerca de su vejez fue a Paris, donde, con tanta gloria, disputando, mostró la altura de su ingenio, que aún hoy, cuando se cuenta, hace maravillar a quien escucha. Y por tantos y tantos estudios mereció con justicia altísimas menciones, por lo que algunos lo llamaron en vida “poeta”, otros “filósofo”, y muchos “teólogo”. Pero, como la victoria es mucho más gloriosa para el vencedor, cuanto mayores han sido las fuerzas del vencido, considero que es conveniente mostrar cómo él, en fluctuoso y tempestuoso mar, bandeado de una parte a otra, venciendo igualmente las olas y los vientos contrarios, llegó al saludable puerto de los excelentes títulos antes narrados.

Generalmente los estudios suelen desear soledad, rechazo de preocupaciones y tranquilidad de espíritu, sobre todo los especulativos, a los que nuestro Dante, como se ha visto, se entregó por completo. En lugar de serenidad y quietud, casi desde el principio de su vida hasta el final de la muerte, Dante vivió una feroz e insoportable pasión de amor, tuvo esposa, cuidados familiares y dedicación pública, exilio y pobreza; dejando de lado las otras preocupaciones más particulares, que de necesidad se llevan encima, juzgo que es conveniente explicarlas para que se conozca su peso.

En la estación en que la dulzura del cielo reviste de sus hermosuras la tierra, y toda ella parece reír por la variedad de flores mezcladas con el verde de las ramas, era costumbre en nuestra ciudad que diferentes compañías de hombres y mujeres lo celebraran en sus barrios; por esa razón entre otros, por fortuna, Folco Portinari, hombre bastante horrible entre los ciudadanos de aquel tiempo, el primer día de mayo reunió a sus vecinos en su propia casa para festejarlo, y entre ellos se encontraba el ya mencionado Alighieri. Como los niños suelen seguir a sus padres, especialmente a los lugares de fiesta, Dante, que aún no había cumplido los nueve años, siguió al suyo; y mezclándose con otros niños de su edad, de los que, tanto niños como niñas, había muchos en la casa del anfitrión que daba la fiesta, después de servida la comida, como algo propio de su poca edad, puerilmente se dedicó con otros a las travesuras.

Había en el grupo de los niños una hija del mencionado Folco, cuyo nombre era Bice, que así la llamaba desde el principio su padre en lugar de su nombre primitivo, es decir Beatrice, cuya edad era de unos ocho años, muy bonita como es normal en esos años de la infancia, agradable en sus gestos y muy amable, con maneras y con palabras mucho más apropiadas y modestas de lo que a esa edad se espera; y, además de esto, tenía unos rasgos muy delicados y muy bien dispuestos, y con tanta honesta delicia, además de su belleza, que era tenida por muchos por un ángel. Ella, pues, como la describo, o quizás aún más bella, apareció en esta fiesta ante nuestro Dante, no creo que por vez primera, pero sí por primera vez capaz de enamorarlo, el cual, aunque era una niña, recibió en su corazón con tanto afecto su imagen, que desde ese día, nunca, mientras vivió, pudo olvidarla.

Nadie sabe cómo fue; pero, o por la semejanza de los caracteres o de costumbres o por una influencia especial del cielo que en ello obrase, o, como vemos por experiencia que sucede en las fiestas, la dulzura de la música, la alegría compartida, la exquisitez de la comida y de los vinos, que no solo los ánimos de los adultos, sino también de los jóvenes, se ensanchan y están abiertos y dispuestos a dejarse tomar ligeramente por aquello que les gusta; ciertamente esto es lo

que sucedió, es decir Dante en su temprana edad se convirtió en un ferviente servidor de amor. Pero, dejemos de lado el hablar de los hechos infantiles; digo que con la edad las llamas de amor se multiplicaron, ya que ninguna otra cosa le gustaba más, ni lo confortaba o tranquilizaba más que verla a ella. Por esta razón abandonó todo asunto y solícito acudía allí donde creía poder verla, como si de su rostro o de sus ojos pudiera obtener todo bien o un completo consuelo.

¡Oh insensato juicio de los amantes! ¿Quiénes sino ellos afirmarían que aumentando la estopa las llamas serían menores? Cuántos y cómo eran los pensamientos, los suspiros, las lágrimas y las otras gravísimas pasiones él mismo, más tarde, en edad más experimentada, contó sobre este amor, como demuestra en su *Vita nuova*, y por eso no me extiendo en narrarlas.

Pero no quiero que por no dicho se tenga, es decir, según él mismo escribió o que otros, que conocieron su deseo, dijeron, que este amor fue honestísimo, y nunca hubo, por una mirada o por una palabra, o por un gesto, ningún apetito libidinoso ni en el amante ni en la cosa amada: y no es una maravilla pequeña en el mundo actual, del que los placeres honestos han escapado, y nos hemos acostumbrado a ver el objeto del deseo, conformado a la lascivia, mucho antes de que nos determinemos a amarlo, y es un milagro rarísimo que alguien ame de otra manera. Si un amor tan grande pudo impedir el alimento, el sueño y toda quietud posible, ¿en cuánto deberíamos estimar que él fuera enemigo de los estudios sacros y del ingenio? Ciertamente, en no poco; como muchos quieren que él mismo fuera el que incitó a ello, basándose en las bellas cosas que él escribió en lengua florentina y en rima, en alabanza de la mujer amada, para que sus ardientes deseos de amor encontraran la expresión; pero no puedo consentirlo, si me negase a afirmar que un hablar tan bien dispuesto forma parte importantísima de toda ciencia; lo cual no es verdad.

Como todos sabemos, no hay nada estable en este mundo; y si hay una cosa que no ha cambiado en nada, esa es nuestra vida. Un poco de calor o de frío que haga, a parte de los infinitos posibles accidentes, nos conduce sin dificultad del ser al no ser; y de este no

queda excluida ni la gentileza, ni la riqueza o la juventud, ni ninguna dignidad mundana; Dante conoció la gravedad de esta ley común a todos antes por una muerte ajena que por la suya propia. Casi a finales de su vigésimo cuarto año, Beatriz, como dispuso Dios que todo lo puede, dejando las angustias de este mundo, partió hacia la gloria que sus méritos le habían proporcionado. A consecuencia de esa partida, Dante quedó sumido en tanto dolor, en tanta aflicción, en tantas lágrimas, que muchos de sus cercanos, parientes y amigos creyeron que solamente la muerte acabaría con ellas; y consideraron que sería inmediata, al verlo sin ninguna confortación, sin que le hiciera efecto ningún consuelo. Iguales eran los días y las noches; de estas ni una sola hora transcurría sin lamentos, sin suspiros y sin copiosa cantidad de lágrimas; sus ojos parecían dos fuentes de las que surgía abundante agua, hasta el punto que muchos se maravillaban de que fuera capaz de tanto llanto. Pero vemos que con la costumbre es posible soportar con mayor facilidad las pasiones, y que el tiempo, igualmente, hace disminuir y perecer las cosas; sucedió que Dante, al cabo de algunos meses, pudo recordar sin lágrimas la muerte de Beatriz, y con juicio más recto, dejó paso el dolor a la razón, y también supo que los llantos y los suspiros no podrían devolverle a la mujer que había perdido, ni ninguna otra cosa. Por eso con mayor paciencia se conformó a soportar que había perdido su presencia; y no mucho tiempo después, abandonadas ya las lágrimas, los suspiros, próximos a su fin, fueron yéndose sin volver.

Él, que no tenía ningún cuidado de sí mismo, adquirió el aspecto de un salvaje ante los ojos de los demás por el mucho llorar y por la aflicción que sentía dentro de su corazón: Delgado, barbudo, y casi transformado completamente de lo que solía ser antes; mientras su aspecto movía a compasión no solo a sus amigos, sino también a cualquier persona que lo viese; mientras esta vida tan lacrimosa duró, él no se dejó ver por nadie más que por sus amigos.

Esta compasión y la duda de lo peor hacía que sus parientes estuvieran atentos a confortarlo; ellos, cuando vieron que las lágrimas habían cesado y conocieron que sus dolientes suspiros daban un des-

canso a su fatigado pecho, con los inútiles consuelos perdidos comenzaron a animar al desconsolado, el cual había tenido hasta aquel momento obstinadamente los oídos sordos, y no solo empezó a abrirlos un poco, sino que se dispuso a escuchar con gusto lo que a su alrededor le decían para consolarlo.

Viendo esto los parientes, con el fin no solo de sacarlo de los dolores, sino también de procurarle alguna alegría, acordaron juntos que le darían una mujer; para que, como la pérdida de una mujer había sido causa de tristeza, asimismo una nueva mujer sería causa de alegría. Y hallada una joven, adecuada a su condición, con las mejores razones que encontraron para convencerla, le descubrieron su intención. Y para no extenderme en este asunto, al cabo de un tiempo, sin nada que lo interrumpiera, a la conversación siguió el efecto: y se casó.

¡Oh ciegas mentes, oh tenebrosos intelectos, oh argumentos vanos de muchos mortales, cuántas cosas se tuercen contrarias a vuestros pareceres, y no sin razón la mayoría de las veces! ¿Quién se atrevería a llevar a alguien desde las dulces tierras de Italia a las ardientes arenas de Libia para refrescarse, o desde la isla de Chipre, para calentarse lo llevaría a las cumbres eternas de los montes Rodopei? ¿Qué medico pretendería quitar la fiebre con fuego, o el frío de la médula del hueso con hielo o con nieve? Ciertamente, nadie, sino aquel que crea que con una nueva mujer se pueden mitigar las tribulaciones del amor. Aquellos que creen saber cómo es la naturaleza del amor, no la conocen, ni todo lo que otras pasiones añaden a la suya. En vano se dan ayudas o consejos a sus fuerzas, si el amor ha echado profundas y firmes raíces en el corazón de quien ha amado durante mucho tiempo. De esta manera, si bien al principio es agradable una pequeña resistencia, durante el proceso las grandes resistencias acaban a menudo causando daño. Es necesario volver a nuestro propósito, y conceder al presente lo que son las cosas, que puedan por si mismas hacer olvidar las fatigas amorosas.

Por eso ¿de qué vale quien para sacarme de una preocupación me mete en mil mucho mayores y más tediosas? La verdad es que, a causa del mal añadido que me provoca, yo solo deseo volver al estado en que estaba antes de que intentara sacarme; lo que a menudo vemos

que sucede a la mayoría, los cuales por salir o por haber sido rescatados de algunas fatigas a ciegas se casan o se dejan casar por otros; y no se dan cuenta de que para salir de un conflicto entran en mil, como lo prueba la experiencia del arrepentimiento de volver atrás, cuando no es posible. Los parientes y los amigos de Dante le buscaron una mujer para que dejara de llorar por Beatriz. No sé si por eso, cuando cesaron las lágrimas, o más bien ya se habían acabado, también pasó la llama de amor; cosa que no creo; pero, supongamos que ya se había apagado, muchas cosas nuevas y más fatigosas sucedieron. Él, acostumbrado como estaba a darse a los estudios santos, cuando quería, con los emperadores, reyes y con otros príncipes hablaba; disputaba con los filósofos, y se deleitaba con los más amenos poetas; y así escuchando las penas de los otros, mitigaba las suyas. Ahora bien, era del gusto de la nueva mujer apartarlo ese tiempo de aquellos con quienes gozaba tan célebre compañía y tenía que prestar atención a sus charlas femeninas y, si no quería ver aumentar sus problemas, contra su gusto, no solo tenía que aceptarlas, sino también alabarlas. Él estaba acostumbrado, lo cual le era afeado muchas veces por la gente del pueblo, a retirarse a algún sitio solitario y allí, reflexionando, ver qué espíritu mueve el cielo, de dónde proviene la vida a los animales de la tierra, sobre las causas de las cosas, o meditar sobre algunas ideas peregrinas o algunas composiciones poéticas, que le permitieran, por su fama, vivir después de la muerte entre quienes vendrán en el futuro; ahora es apartado no solo de estas contemplaciones deliciosas, según el deseo de su nueva mujer, sino que tiene que vivir acompañado de una compañía tan mal dispuesta a tales cosas. Él estaba acostumbrado a reír, a llorar, a cantar y a suspirar libremente, según le afectaran las pasiones, dulces o amargas. Ahora, o no se atreve, o tiene que dar razón a su mujer no ya de las mayores cosas, sino hasta de un pequeño suspiro, diciéndole qué lo provocó, por qué y cuánto dura; estimando que la alegría es la causa del amor de los demás y la tristeza lo es del odio.

¡No se puede estimar lo que es tener que vivir con un animal tan dado a la sospecha, a conversar y, finalmente, a tener que envejecer

o morir con él! No hablaré de la disposición nueva, y muy grave, que conviene tener con quienes no están acostumbrados a ellas (sobre todo en nuestra ciudad), es decir, de los vestidos, los complementos y las habitaciones llenas de delicadezas superfluas, que las mujeres creen que son necesarias para vivir bien; los criados, las criadas, las amas de leche, las doncellas; los banquetes, los regalos, los presentes que se tienen que hacer a los parientes de la recién casada, a aquellos que quieren que ellas piensen que son queridas por ellos; y después de todo esto, otras muchas cosas que ignoran los hombres libres para llegar a aquellas que son inevitables. ¿Quién no dudaría de que sobre su mujer, sea hermosa o no, no caerá el juicio de la gente? Si consideran que es hermosa, ¿quién no dudará de que tiene muchos amantes, de entre quienes o unos por su belleza, o por su nobleza, o con maravillosas alabanzas, otros, con regalos, o con maliciosa galantería no tratarán de combatir su inestable ánimo? Y de lo que muchos desean, difícilmente se puede defender uno. Basta con que el pudor de las mujeres caiga preso una sola vez para que ella sea infame y los maridos estén dolidos para siempre. Si por desgracia para quien la conduce a su casa, es repugnante, muy descaradamente miraremos con frecuencia a las más hermosas y, enseguida, nos arrepentiremos; ¿qué podemos pensar de las demás, sino que odian, no solo a ellas, sino también los lugares en los que crean que las han mirado los maridos, que siempre tienen que estar pendientes de ellas? De ahí nacen sus enfados, y no hay fiera más y tan cruel como la mujer airada, y no puede estar seguro de sí mismo quien se entrega a ella, a la que siempre le parece con razón que vive atormentada, y todas opinan lo mismo.

¿Qué diré de sus costumbres? Si quisiera mostrar cuántas y cómo son contrarias a la paz y al reposo de los hombres, sería el mío un discurso demasiado largo; hablaré de una sola costumbre, común a casi todas ellas. Ellas creen que es buena obra retener en la casa al más inútil siervo, y que no es bueno echarlos de la casa, porque estiman que la suerte de ellas no es distinta a la de un siervo, por lo que entonces solo les parece que son mujeres cuando, actuando mal, no acaban como los criados. ¿Por qué quiero yo ir dando detalles de

lo que la mayoría ya sabe? Juzgo que es mejor callar que disgustar, con mis palabras, a las deliciosas mujeres. ¿Quién no sabe que antes de comprar una cosa la probamos para que antes de tomarla no nos cause un disgusto, a excepción de las mujeres? Quien la toma, la tendrá no como a él le gustaría, sino como la Fortuna se la da.

Y si las cosas dichas más arriba son ciertas (lo sabe quien las ha probado) pensemos cuántos dolores encierran las habitaciones, que desde fuera, para quien no tenga una perspicacia que pueda atravesar las paredes, serán tenidos por deleites. No afirmo ciertamente que estas cosas le pasaron a Dante, que yo no lo sé; pero es verdad que, cosas semejantes a estas, u a causa de otras, él, cuando se alejó de ella, a la que había aceptado como consuelo de sus afanes, nunca más quiso volver donde ella estaba, ni quiso nunca que ella fuera donde estaba él a pesar de que él era padre de muchos hijos en común con ella. Que nadie piense que yo quiera deducir de las mencionadas cosas que los hombres no deberían tomar mujer; al contrario, los alabo mucho, pero no es para todos. Que los filósofos dejen el matrimonio para los ricos estúpidos, para los señores, los operarios, y que ellos se deleiten con la filosofía, que es mucho mejor que cualquier esposa.

La naturaleza general de las cosas es que una acarrea otra. Los cuidados familiares de Dante lo condujeron hacia el cuidado de las cosas públicas, en el que se vio envuelto por los vanos honores que tan unidos van a los oficios públicos, que, sin mirar de dónde venía ni adónde iba con la rienda suelta, se entregó por completo a su gobierno; y tanto lo secundó la Fortuna, que no se daba audición a ninguna legación, ni a ninguna se respondía, no se firmaba ninguna ley, ni se abrogaba, no se hacía ninguna paz ni se emprendía ninguna guerra pública, ni la más breve deliberación se tomaba que necesitara alguna ponderación, si él no decía antes su parecer. Parecía que se habían depositado en él la fe pública, en él toda esperanza, en definitiva en él quedaban todas las cosas divinas y humanas. Pero la Fortuna, que muda nuestros consejos y es enemiga de todo humano estado, aunque durante muchos años lo mantuvo en la cumbre de su rueda gloriosamente, dispuso un final muy diferente a su comienzo, que confiaba bien en ella.

En el tiempo que él vivió la ciudadanía florentina estaba dividida en dos partes de manera muy perversa, y, con las actuaciones de muy sagaces y experimentados príncipes a su frente, las dos eran muy poderosas; y en alguna ocasión una y en otras, otra, gobernaban contra el gusto de la subordinada. Para reducir a la unidad el cuerpo dividido de la República, Dante dedicó todo su ingenio, su arte, su estudio, a demostrar a los ciudadanos más sabios cómo las más grandes cosas por la discordia en breve tiempo quedan en nada, y cómo las pequeñas por la concordia crecen infinitamente. Pero cuando Dante se dio cuenta de que su esfuerzo era vano, y conoció el ánimo de los obstinados que lo escuchaban, creyendo que era un designio de Dios, propuso primero dejar definitivamente el oficio público y vivir en privado. Después atraído por la dulzura de la gloria y de la vanidad del favor del pueblo, e incluso por las persuasiones de los mayores, creyó que con un gran cargo en los asuntos públicos, con tiempo necesario, podría trabajar por el bien de su ciudad mejor que como un ciudadano privado sin cargos (¡oh estúpida delicia de los esplendores humanos, cuán grandes son estas fuerzas, que quien no las ha probado, creer no puede!). El hombre maduro, criado en el santo seno de la filosofía que había tenido ante sus ojos las caídas de los reyes antiguos y modernos, la desolación de los reinos, de las provincias y de las ciudades y los furiosos ímpetus de la Fortuna, y que nadie como él había buscado las más altas cosas, no supo o no pudo guardarse de su dulzura.

Se determinó Dante a seguir los honores caducos y la vana pompa de los oficios públicos, y viendo que no podía contar con una tercera parte, que era muy justa, con la que abatir la injusticia de las otras dos, las llevó a unirse y se acercó a aquella que, a su juicio, tenía más razón y justicia, obrando de inmediato lo que consideraba saludable para su patria y sus ciudadanos. Pero la mayoría de las veces los consejos humanos son derrotados por las fuerzas del cielo. Los odios y las animosidades, aunque hubieran sido generados sin una causa justa, cada día se hacían más grandes, mientras, no sin una gran confusión de los ciudadanos, en muchas ocasiones se llegó a las

armas con la idea de poner fin a su enfrentamiento con el fuego o con el hierro: tan cegados estaban por la ira que no veían que perecerían miserablemente. Pero después de que cada partido intentó en muchas ocasiones medir sus fuerzas con recíprocos daños, llegado el tiempo en que los ocultos designios de la amenazante Fortuna se descubrirían, la fama, portadora igualmente de la verdad y de la falsedad, anunciando a los adversarios del partido de Dante que eran fuertes, por increíbles y astutos consejos, y que tenían una multitud de gente armada, asustó tanto a los príncipes de los aliados de Dante, que impidió toda reunión, negociación y diálogo entre ellos que no fuera intentar la fuga para salvarse. Y entre ellos estaba Dante, precipitado en un momento desde la cumbre del gobierno de su ciudad, que no solo se vio caído a tierra, sino también expulsado de ella. No muchos días después de esta expulsión, cuando ya el populacho había corrido a las casas de los expulsados, y fueron violentamente vaciadas y robadas, y después de que los vencedores hubieran reformado la ciudad según su parecer, todos los príncipes de sus adversarios y con ellos, no como alguien menor, sino casi como personaje principal, Dante, como enemigo capital de la República, fue condenado a perpetuo exilio, y sus bienes muebles fueron quemados en público o entregados a los vencedores.

¡Este fue el mérito que le reportó a Dante el tierno amor que tenía por su patria! ¡Este fue el mérito que le reportó a Dante el afán que tuvo por querer acabar con las discordias de los ciudadanos! ¡Este es el mérito que le reportó a Dante haber buscado el bien, con tanta dedicación, la paz y la tranquilidad de sus ciudadanos! Queda muy de manifiesto lo vacíos que están de verdad los compromisos de los pueblos, y la confianza que se puede tener en ellos. Aquel, en quien poco antes parecía que todos tenían puesta su esperanza, el afecto de los ciudadanos, el refugio del pueblo; súbitamente, sin ninguna causa legítima, sin ofensa, sin pecado, pasó de aquel ruido, que en el pasado en muchas otras ocasiones eran alabanzas que lo elevaban a las estrellas, a ser enviado furiosamente a un irrevocable exilio. ¡Esta es la estatua de mármol que le hicieron para eterna memoria de su virtud!

¡Con estas letras fue escrito, entre los padres de la patria, el nombre suyo en placas de oro! ¡Con ese clamor le agradecieron los beneficios que les proporcionó! ¿Quién será el que, considerando estas cosas, diga que nuestra república no cojea de un pie?

¡Oh vana confianza de los mortales, en cuantos altísimos ejemplos has sido ininterrumpidamente reprendida, advertida y castigada! ¡Mira! Si por el tiempo transcurrido se han borrado de tu memoria los nombres de Camilo, Rutilio, Coriolano, el uno y el otro Escipión, y los demás hombres valientes, que este caso reciente haga que corras con riendas más templadas tras tus placeres. Nada hay más inestable que la gracia del pueblo; no hay esperanza más vana ni consejo más loco que lo que conforta a creer en ellos. Elevad los espíritus al cielo, en cuya perpetua ley, en cuyos eternos esplendores, en cuya verdadera belleza, sin sombra alguna, se podrá conocer la estabilidad de Aquel que a él y a las demás cosas con razón mueve; para que, como en término fijo, dejando las cosas transitorias, en Él se pose nuestra esperanza, si no queremos ser engañados.

Salió Dante de esta manera de aquella ciudad, de la que no era solamente un ciudadano, sino descendiente de quienes la habían reedificado, y dejó allí a su mujer, junto con la demás familia, que por su tierna edad no estaba preparada para la huida, seguro de ella, porque sabía que por lazos de sangre estaba unida a algún príncipe de la parte contraria, pero inseguro de sí mismo, vagando aquí y allá por la Toscana. Una pequeña parte de las posesiones de su mujer, que había aportado a la dote, había sido defendida con esfuerzo contra la rabia de la ciudad, con cuyos beneficios la mujer y los hijos muy frugalmente se alimentaban; por lo que, pobre, tenía que procurarse su propio sustento, a lo que no estaba acostumbrado. ¡Ay! ¡Cuántos honestos desdenes tuvo que aplazar, para él más duros que la muerte, prometiéndose a sí mismo la esperanza de que serían breves hasta su inmediato regreso! Él fue honrado, más de lo que creía, durante muchos años, en Verona (donde en su primera huida había ido a visitar a Alberto della Scala, que lo recibió con mucha generosidad), en Casentino con el Conde Salvatico, en Lunigiana con el marqués

Morruello Malespina, con los de Faggiuola en los montes cercanos a Urbino, de forma muy conveniente, según el tiempo y sus posibilidades. Luego fue a Bolonia, desde donde al cabo de poco fue a Padua, y desde allí después regresó a Verona. Pero cuando vio que se le cerraban todas las puertas al retorno, y que cada día era más vana su esperanza, abandonó no solo Toscana, sino toda Italia, y atravesados los montes que la separan de la provincia de la Galia, como pudo, fue a París, y allí se entregó por completo al estudio de la filosofía y de la teología, volviendo al estudio de las otras ciencias, de las que se había alejado por los impedimentos que tuvo. Y empleando su tiempo en el estudio, sucedió que Arrigo, conde de Luxemburgo, con voluntad y mandato de Clemente V, que entonces ocupada la sede pontificia, fue elegido rey de Romanos, y después coronado emperador. Cuando Dante se enteró de que había partido de Alemania para dominar Italia, en parte rebelde a su majestad, y que ya había asediado con brazo fuerte Brescia, pensando él que por muchas razones resultaría vencedor, sintió la esperanza en su fuerza y por su justicia de poder volver a Florencia, aunque sabía que estaba en contra suya. Atravesados los Alpes, y unido a muchos enemigos de los florentinos, con embajadas y con cartas hicieron lo posible para que el emperador dejara el asedio de Brescia y fuera a Florencia, y fuera erigido como miembro principal de sus enemigos, demostrándole que, después de superada, no quedaría ningún esfuerzo, o muy pequeño, para liberar y dar paso a la posesión y el dominio de toda Italia. Y aunque a él y a los demás que confiaban en ello pudieron atraerlo, no por ello el viaje del rey tuvo el fin que ellos esperaban: las resistencias fueron muy grandes, y mucho mayores de lo que ellos habían supuesto, porque, sin haber realizado ninguna acción memorable, el emperador partió, casi desesperado, y hacia Roma dirigió su camino. Como hiciera muchas cosas en todas partes, bastantes ordenara y tuviera el propósito de hacer muchas más, todo lo rompió su rápida muerte, por la que se desesperó todo aquel que en él confiaba, y sobre todo Dante, que sin perseguir ya su regreso, atravesados los Apeninos, fue a Romaña, donde el último de sus días, que había de poner fin a sus esfuerzos, lo esperaba.

Era en aquellos tiempos señor de Ravenna, famosa y antigua ciudad de la Romaña, un noble caballero, cuyo nombre era Guido Novella Polenta, el cual, formado en los estudios liberales, honraba sumamente a los hombres de valor, y sobre todo a aquellos que superaban a los demás en ciencia. Habiendo llegado a sus oídos que Dante estaba en la Romaña, sin esperanza alguna, como había conocido su famoso valor desde mucho tiempo antes, al saber de su desesperación, se dispuso a recibirlo y a honrarlo. Y no esperó a que él se lo pidiera, sino que con un ánimo liberal, teniendo presente la vergüenza de pedir que tienen los hombres de valor, con ofrecimientos, se adelantó, pidiéndole a Dante la gracia especial de aquello que sabía que Dante le quería pedir a él, es decir, que aceptara quedarse con él. Concurriendo pues las dos voluntades a un mismo fin, el de quien pedía y el de quien otorgaba, y como gustó mucho a Dante la liberalidad del noble caballero y sentía por otra parte la necesidad que lo apretaba, sin esperar más que la primera invitación, fue a Ravenna, donde honorablemente fue recibido por el señor de aquella ciudad, y con amables consuelos resucitó su esperanza, dándole con abundancia las cosas que necesitaba, y allí se quedó muchos años, es más, hasta el último día de su vida.

Ni los amorosos deseos, ni las dolientes lágrimas, ni el celo de su casa, ni la seductora gloria de los oficios públicos, ni el miserable exilio, ni la intolerable pobreza, nada pudo jamás con todas las fuerzas hacer cambiar a Dante de su principal objetivo, es decir, de los sagrados estudios, porque, como veremos en la parte en la que se hará mención de sus obras, él, en mitad de las más fiera de las pasiones mencionadas, siempre cultivó el ejercicio de componer, se ejercitó componiendo. Y si con tantos y tan constantes adversarios, como más arriba hemos mostrado, él lo consiguió a fuerza de ingenio y de perseverancia, como hemos visto, ¿a qué podría haber llegado, si hubiera tenido gente que lo ayudara, o al menos que no le fueran contrarios, o que hubieran sido menos, como sucede a muchos? Ciertamente, no lo sé; pero si es lícito decirlo, yo diría que habría sido un dios en la tierra.

Vivió pues en Ravenna, cuando desapareció por completo la esperanza de volver alguna vez a Florencia (aunque no desapareció el deseo), muchos años bajo la protección del amable señor; y allí con sus enseñanzas tuvo muchos alumnos de poesía en lengua vulgar; la cual, a mi parecer, él fue el primero en exaltar y valorar entre los italianos, como hiciera Homero entre los griegos y Virgilio entre los latinos. Antes de él, aunque se crea que pocos años antes fuera hallada, nadie tuvo el atrevimiento o el sentimiento de convertir la lengua en un instrumento de alguna materia de arte, a partir del número de sílabas y de la consonancia de sus partes extremas para el exterior; al contrario componían con ella solamente cosas muy ligeras sobre el amor. Él mostró con efecto que con ella se podía tratar cualquier materia, e hizo gloriosa sobre las demás nuestra lengua.

Pero, como cada uno tiene asignada una hora, cerca ya de la mitad o un poco más de sus cincuenta y seis años enfermó, y según la religión cristiana recibió los sacramentos con humildad y con devoción, y como hombre se reconcilió con Dios por contrición de lo que había hecho contra su voluntad. En el mes de septiembre, el día que la Iglesia celebra la Exaltación de la Cruz, en el año MCCCXXI, no sin grandísimo dolor de Guido, y en general de todos los demás ciudadanos de Ravenna, entregó su fatigado espíritu a su Creador. No dudo que fuera recibido por los brazos de su noble Beatriz, con la que en presencia de aquel que es sumo bien, abandonadas las miserias de la vida presente, ahora felizmente vive en ella, cuya felicidad no tiene fin jamás.

El magnánimo caballero hizo adornar el cuerpo muerto de Dante con ornamentos poéticos sobre un lecho fúnebre, y lo hizo llevar sobre los hombros de sus más solemnes ciudadanos, hasta la casa de los frailes menores en Ravenna, con todo el honor que estimaba digno de tal cuerpo, y lo siguió hasta allí con llanto público y en una sepultura de piedra, en la que aún yace, lo mandó poner. Y de regreso a la casa en la que había vivido Dante, según la costumbre de Ravenna, él mismo para consolar a sus amigos, que habían quedado sumidos en una amarga vida, hizo un adornado y largo discurso y dejó

dispuesto, si el estado y la duración de su vida lo permitían, que lo honraría con tan egregia sepultura que, si acaso por sus méritos no quedara memoria a los que vendrán, la sepultura lo haría.

Este loable voto en breve espacio de tiempo fue manifiesto a muchos, los cuales en Romaña eran en aquel tiempo muy solemnes en poesía, por lo que todos por mostrar su capacidad, o por rendir testimonio de la benevolencia que tenían al poeta fallecido, o por captar la gracia y el amor del señor de Ravenna, por complacerlo en sus deseos, todos hacían versos, que eran colocados como epitafios en la sepultura. Aseguraban a la posteridad quién yacía allí dentro, y los enviaban al magnífico señor. No mucho tiempo después, por gran pecado de la Fortuna, le fue arrebatado el estado y murió en Boloña, por lo que la factura del sepulcro y la colocación de los versos quedó sin hacer. Poco tiempo después me enseñaron a mí tales versos, y, viendo que no había sido posible su colocación, por lo que he dicho antes, pensando en las presentes cosas que yo escribía, aunque no estén en la sepultura corporal, pero sí, como si hubiera sido posible, conservadores perpetuos de su memoria, pensé que no era inconveniente añadirlos a estas cosas mías. Pero, aunque muchos de los versos que se habían escrito (que fueron muchos) nunca se esculpirían, pensé que uno de ellos sí merecía ser copiado, por lo que, examinados todos por mí, estimé que, por arte y por entendimiento, los más dignos eran catorce que escribió Giovanni del Virgilio de Boloña, entonces un gran poeta muy famoso, y un amigo muy singular de Dante, que transcribo a continuación:

Theologus Dante, nullius dogmatis expers,
 quod foveat claro phylosophya sinu:
 gloria musarum, vulgo gratissimus auctor,
 hic iacet, et fama pulsat utrumque polum:
 qui loca defunctis gladiis regnumque gemellis
 distribuit, laycis rhetoricisque modis.
 Pascua Pyeriis demum resonabat avenis;
 Amtopos heu letum livida rupit opus.

Huic ingrata tulit tristem Florentia fructum,
 exilium, vati patria cruda suo.
 Quem pia Guidonis gremio Ravenna Novelli
 gaudet honorati continuisse ducis,
 mille trecentenis ter septem Numinis annis,
 ad sua septembris ydibus astra redit.

¡Oh patria ingrata!, ¿Qué demencia, qué descuido te poseyó cuándo, con una crueldad inusitada, empujaste a la fuga a tu más amado ciudadano, a tu benefactor más generoso, al único poeta, y seguiste persistiendo después en tu actitud? Si la excusa fuera que fuiste mal aconsejada por la furia común de aquellos días, ¿por qué, arrepentida de lo que hiciste, no lo revocaste? ¡Venga! No lamentes que hablemos un rato, que hijo tuyo soy, y lo que mi justa indignación me lleva a decirte tomarás como venido de quien desea que te enmiendes y no para que seas castigada. Partió él, gloria de tantos títulos y tales, ¿por qué has querido tú expulsar a uno, tan digno de ser exaltado, que no tienen las ciudades vecinas, ni siquiera a nadie que se le parezca? Dime, ¿de qué victorias, de qué triunfos, de qué excelencias y de qué ciudadanos valientes puedes presumir? Tus riquezas, inseguras y cambiantes; tus bellezas, frágiles y caducas; tus delicadezas, vituperables y femeninas, te han hecho famosa en el juicio falso de los pueblos, que mira más a la apariencia que a la existencia.

¿Te enorgullecerás de tus mercaderes y de tus muchos artistas, de los que tienes en abundancia? Neciamente actuarás: El primero es, por actuar siempre con avaricia, un oficio servil; el arte, que hace tiempo era un oficio noble por sus muchos ingenios, al cambiarlo en una segunda naturaleza, está corrompido hoy en día por la misma avaricia, y no tiene ningún valor. ¿Te enorgullecerás de la vileza y de la ignorancia de quienes, por la nostalgia de sus muchos antepasados, quieren obtener el principado de la nobleza en la ciudad, actuando siempre con traiciones, robos y con falsedades? Vanagloria será la tuya y de aquellos cuyas sentencias se burlan de fundamento obligado y de la firmeza estable.

¡Ay, madre mísera, abre los ojos y mira con remordimiento lo que has hecho; y avergüénzate por lo menos, siendo como eres sabia, por haber tomado una falsa elección en tus errores! Si no podías tener por ti misma un alto consejo, ¿por qué no imitaste las actuaciones de otras ciudades, famosas por sus loables obras?

Atenas, que fue uno de los ojos de Grecia, cuando entonces era la monarquía del mundo, espléndida por igual en ciencia, en elocuencia y en la milicia; Argos, cuya pompa aún se ve por los títulos de sus reyes; Esmirna, reverenda entre nosotros por su pastor Nicolás; Pilos, famosísima por el viejo Néstor; Quimi, Quios y Colofón, ciudades muy espléndidas en el pasado todas ellas, aunque muy gloriosas, no se avergonzaron ni dudaron por tener una agria discusión sobre el origen del poeta Homero, pues cada una afirmaba ser su lugar de nacimiento; y tan ardientemente defendió cada una la cuestión, que aún pervive, y no es seguro saber de dónde era porque igualmente, una y otra ciudad, aún se gloria de que sea su ciudadano. Y Mantua, vecina nuestra, ¿a causa de qué tiene tanta fama, si no es porque Virgilio era mantuano? Y cuyo nombre sigue teniéndose en tal reverencia, y es tan aceptado por todos, que su efigie se ve no solo en muchos lugares públicos sino también en los privados, mostrando con ello que, no obstante su padre fuera alfarero, él los ha ennoblecido a todos. Sulmona de Ovidio, Venosa de Horacio, Aquino de Juvenal, y muchas otras ciudades, que rinden honores a los suyos, y de su dignidad se preocupan. No habría sido una vergüenza seguir el ejemplo de ellas, las cuales es verosímil que tienen motivo para estar orgullosas y delicadas con ciudadanos como ellos. Ellas conocieron lo que tú pudiste y puedes conocer por ti misma, es decir que sus obras conservarían el nombre de sus ciudades eternamente, incluso después de la ruina, como ahora también son divulgadas por todo el mundo por aquellos que nunca las han visto.

Tú sola, no sé por qué sombra cegada, has querido seguir otro camino, y como te tenías por muy brillante no has tenido ningún cuidado de este esplendor: tú sola, como los Camilli, los Publicoli, los Torquati, los Fabrizii, los Catoni, los Fabii y los Scipioni con sus

magníficas obras te hicieran famosa y siguieran viviendo en ti, no solamente, que dejaste caer de las manos a tu ciudadano Claudiano, no has tenido cuidado del poeta presente, sino que lo expulsaste, lo perseguiste y lo habrías privado, si hubieras podido, de ser de Florencia. Yo no puedo evitar avergonzarme de lo que has hecho en tu favor. Pero mira, no la Fortuna, sino el curso de la naturaleza de las cosas ha sido favorable a tu deshonesto apetito en tanto en cuanto, lo que tú con mucho gusto, bestialmente ambiciosa, habrías hecho si hubiera estado en tus manos, es decir, matarlo, el curso de la naturaleza con su eterna ley lo ha hecho.

Murió tu Dante en el exilio que tú injustamente, envidiosa de su valor, le diste. ¡Oh pecado digno de ser olvidado, que la madre envidie las virtudes de uno de sus hijos! Ahora quedas libre de los celos, ahora ya puedes vivir segura en tus defectos porque ha muerto, y puedes poner fin a tus largas e injustas persecuciones. Él ya no puede hacerte, muerto, lo que nunca en vida te habría hecho; él yace bajo un cielo distinto del tuyo, y ya no debes esperar a que vuelva nunca, sino el día en el que podrás ver a todos tus ciudadanos y cuyas culpas serán examinadas y castigadas por un juez justo.

Luego si los odios, las iras y las enemistades cesan por la muerte de quien fallece, como se cree, empieza a volver en ti misma y en tu recto conocimiento; empieza a avergonzarte de haber actuado contra tu antigua humanidad, empieza a querer aparecer como madre y no como enemiga; concédele las debidas lágrimas a tu hijo; concédele la maternal piedad, y él, a quien tú rechazaste, es más expulsaste como sospechoso, desea al menos que vuelva muerto; devuélvele la ciudadanía, tu seno, tu gracia a su memoria. En verdad, por muy mala e ingrata que fueras, él siempre como hijo te guardó reverencia, y nunca quiso privarte del honor que por sus obras quería seguirte, como tú a él de su ciudadanía privaste. Siempre se llamó y quiso que lo llamaran florentino, por mucho que el exilio se prolongara, siempre te antepuso a cualquier otra ciudad, siempre te amó. ¿Qué harás, pues? ¿Continuarás aún con tu obstinada iniquidad? ¿Habrás en ti menos humanidad que en los bárbaros, de los que sabemos que no solamente

pedían los cuerpos de sus muertos, sino que por obtenerlos estaban dispuestos a morir virilmente? Tú quieres que el mundo crea que eres descendiente de la famosa Troya e hija de Roma; ciertamente, los hijos deben parecerse a los padres y a los abuelos. Príamo, en su miseria, no solamente pidió el cuerpo del muerto Héctor, sino que lo compró con oro. Los romanos, según dicen algunos, hicieron venir de Minturna los huesos del primer Escipión, prohibidos con razón a ellos por él a su muerte. Y como Héctor hiciera con su valor la defensa de los troyanos, y Escipión fue el liberador no solamente de Roma, sino de toda Italia (de cuyas ambas cosas nada puede decirse de Dante, ni siquiera una), no hay por qué posponerlo, nunca ocurrió que las armas no dejaran lugar a la ciencia.

Si tú, en un primer momento, donde habría sido más conveniente, no imitaste el ejemplo y las acciones de las ciudades sabias, enmienda el presente siguiéndolas. Ninguna de las siete mencionadas hubo que, verdad o no, no diera sepultura a Homero. ¿Y quién duda de que los mantuanos, que en Pietola honran aún su pequeña casa y los campos que fueron de Virgilio, no hubieran dado honorable sepultura y paz perpetua, si Octavio Augusto, que transportó sus huesos desde Bríndisi a Nápoles, no hubiera ordenado en qué lugar habían de ser depositados? Nada ha llorado más largamente Sermona que el hecho de que la isla de Ponto tenga en un lugar incierto a su Ovidio; y Parma se alegra de tener asimismo a Casio. Trata, tú, pues de ser guardiana de tu Dante: pídelo; muestra esta humanidad tuya, aunque no tengas ganas de que vuelva, quítate de encima con este fingimiento parte de la mala fama que en el pasado te has ganado; pídelo. Yo estoy seguro de que no te lo devolverán y, así, en un mismo momento te mostrarás piadosa y, disfrutarás, porque no te lo darán, con tu innata crueldad. Pero ¿por qué te conforto? Aunque no lo crea yo, si los cuerpos pueden sentir algo, que el de Dante pudiera dejar el lugar donde está para volver a Florencia, él yace en buena compañía, más loable de la que tú le podrías proporcionar. Yace en Ravenna, por edad mucho más venerable que tú, y aunque su vejez la deforme, fue en su juventud más floreciente de lo que eres tú.

Toda ella es casi un sepulcro colectivo de santísimos cuerpos, y ni una sola parte de ella se pisa donde no se camine sobre reverendísimas cenizas. ¿Quién, pues, desearía volver a ti para yacer entre las tuyas, que aún deben conservar la rabia y la iniquidad que tuvieron en vida, y mal avenidas aún se rehúyen, como hicieron las llamas de los dos tebanos? Y como Ravenna se baña desde antiguo con la sangre de los mártires, cuyas reliquias aún hoy conserva, e igualmente los cuerpos de muchos magníficos emperadores y de otros eminentes hombres, por edad y obras virtuosos, no poca es su alegría por haber sido elegida por Dios, además de por muchos otros dones, para ser guardiana perpetua de tal tesoro, el cuerpo de Dante, cuyas obras son admiradas por todo el mundo, y de quien tú no has sabido ser digna. Cierto es que no es tanta la alegría de tenerlo, como la envidia que te tiene porque tú puedes llamarte su ciudad de origen, casi desdeñando que allí donde ella es recordada por su último día, tú al mismo tiempo lo eres por el primero.

Así fue, como más arriba se ha mostrado, el final de la vida de Dante, llena de fatigas por los diversos estudios, y como me parece haber mostrado, como prometí, muy convenientemente, sus pasiones, la familiar y el celo público y el miserable exilio y su final, juzgo que ha llegado el momento de mostrar cómo era la estatura de su cuerpo, de su vestimenta, y en general de las costumbres que mantuvo en su vida; inmediatamente después hablaré de sus obras más dignas de ser conocidas, compuestas por él en el tiempo de su vida, infestada por tanta agitación, como se ha declarado más arriba.

Fue, pues, nuestro poeta de media estatura, y cuando llegó a la edad madura, caminaba un poco encorvado, y su caminar era grave y suave, vestido siempre con ropa muy honesta, propia y conveniente a su edad. Su rostro era alargado, y la nariz aquilina, y los ojos más grandes que pequeños, las mandíbulas grandes y su labio inferior era respecto al superior más prominente, el color era moreno, y los cabellos y la barba espesos, negros e hirsutos, y su expresión era siempre pensativa y melancólica. Sucedió un día en Verona, cuando ya era conocida en todas partes la fama de sus obras, y sobre todo la par-

te de la *Commedia*, titulada Infierno, y ya era conocido por muchos, hombres y mujeres, que un día que pasaba por delante de una puerta ante la que estaban sentadas muchas mujeres, una de ellas en voz baja, pero no tan baja que él y quien con él estaba no lo escucharan, dijo a las otras: -“Mujeres, ¿veis a ese que va al infierno y vuelve cuando quiere, y trae historias de los que están allí abajo? A lo que una de ellas respondió con sencillez: Verdad dices: ¿no ves cómo tiene la barba hirsuta y el color tiznado por el calor y el humo de allí abajo? Escuchó Dante tales palabras a sus espaldas, y como sabía que provenían de la ingenuidad de las mujeres, le gustaron, y contento de que tuvieran ellas esa opinión, con una gran sonrisa, pasó delante de ellas.

En sus hábitos domésticos y públicos fue admirablemente ordenado y resuelto, y en todos fue cortés y cívico más que nadie.

En el comer y en el beber fue siempre muy moderado, tanto en hacerlo a horas establecidas como en no excederse más de lo que le era necesario; no tuvo ninguna curiosidad en uno más que en otro, alababa los manjares delicados, pero la mayor parte del tiempo se alimentaba de los más sencillos, censurando a quienes se dedican con ahínco a tener las cosas más exclusivas y mostrar con la mayor diligencia; afirmaba que estos no comían para vivir, sino más bien vivían para comer.

No hubo nadie más atento que él a los estudios y a cualquier celo que lo empujara. En muchas ocasiones su mujer y su familia se quejaban, antes de comprender que no valía la pena, cuando se acostumbraron a su manera de ser.

Raras veces, si no era preguntado, hablaba, y en esas ocasiones lo hacía con gravedad y con una voz conveniente a la materia de que se trataba; pero cuando lo exigía el momento, fue muy elocuente y fecundo, y con óptima y dispuesta expresión.

En su juventud se deleitó mucho con las canciones y con la música, y fue amigo y frecuentó a los mejores cantantes o músicos; y muchas cosas compuso atraído por ese deleite, que luego eran acompañadas de música con gusto y magistral nota.

Cuán fervientemente se subordinaba al amor, muy claro lo he mostrado ya. Era creencia firme de todos que el amor había impulsado su

ingenio enormemente, imitando en primer lugar, usar la lengua vulgar en sus palabras; luego, por el gusto de querer mostrar con mayor solemnidad sus pasiones, y por la gloria, se ejercitó con mucho celo en ella, hasta el punto de que no solo superó a sus contemporáneos, sino que tanto la pulió y la hizo hermosa, que a muchos ahora y a los que vendrán hará desear ser expertos en ella.

Asimismo se deleitaba en estar solo y en apartarse de la gente, para que nada interrumpiera sus meditaciones; y si le venía alguna que le gustase mucho y, estando acompañado, le preguntaban cualquier cosa, no contestaba nunca a quien le preguntaba hasta haber concluido o detenido su imaginación. Le sucedió muchas veces que le preguntaran, estando sentado a la mesa o mientras caminaba en compañía.

Era muy constante en sus estudios, en cuanto al tiempo que a ellos dedicaba, y ningún acontecimiento que se escuchaba podía apartarlo de ellos. Y, según cuentan algunos dignos de confianza sobre cómo se entregaba a lo que le gustaba, él, en una de las ocasiones en que estaba en Siena y que, por circunstancias, se encontraba en la tienda de un boticario, le llegó allí un libro que le habían prometido, muy conocido entre hombres distinguidos, que él no había visto nunca, y comenzó a leer con verdadera pasión. Y como un poco antes en el mismo barrio, ante él, por alguna fiesta de Siena, los jóvenes habían empezado a hacer una demostración de armas, con grandísimo ruido de los que allí estaban (como suele suceder en tales casos, con instrumentos diversos y con gritos y aplausos), y otras muchas cosas que atraían a la gente a verlas, como bailes de deliciosas mujeres y muchos juegos de jóvenes, nunca nada lo llevó ni siquiera un momento a levantar la vista del libro: al contrario, llegó la hora nona, transcurrida la tarde, y al final, antes de apartarse del libro, lo había visto por completo y casi lo había comprendido del todo; a algunos que le preguntaron cómo había podido ignorar la bella fiesta que ante él se había hecho, les contestó que él no había oído nada; lo que añadió a la primera sorpresa, una segunda maravilla a quienes le habían preguntado.

Este poeta tenía también una maravillosa capacidad de memoria muy firme y de un intelecto perspicaz. Mientras estaba en París, en un debate de *quodlibet* que se hacía en las escuelas de teología, recitó catorce cuestiones de diferentes hombres sobre diferentes materias, con los argumentos pro y contra que les hacían los oponentes, sin ningún fallo reunidas, de manera ordenada como habían sido planteadas. Esas mismas cuestiones, siguiendo el mismo orden, resolvió con sutileza y respondió a los argumentos contrarios. Tal cosa fue considerada por todos como algo milagroso.

Fue igualmente de muy alto ingenio y de invención muy sutil, como los que entienden ven claramente, algo que no sucede con mis palabras.

Deseó más el honor y la pompa de lo que pide una ínclita virtud como la suya. Pero ¿qué? ¿Qué vida es tan humilde que no guste ser tocada por la dulzura de la gloria? Y por este deseo creo que amó la poesía más que cualquier otro estudio, al ver la excelencia suya de poder comunicarse a unos pocos, aunque la filosofía la supere en nobleza, y ser muy famosos en el mundo: la poesía puede ser aparente y agradable a todos, y los poetas son muy escasos. Y por eso, esperando que podría llegar a merecer por medio de ella el inusitado y pomposo honor de ser coronado de laurel, a ella se entregó por completo, estudiando y componiendo. Y ciertamente su deseo se habría cumplido por entero si la Fortuna le hubiera sido tan graciosa como para que él hubiera podido regresar a Florencia, donde en la fuente de San Giovanni habría sido coronado; en el mismo lugar donde por el bautismo tomó el primer nombre, allí mismo por su coronación habría tomado el segundo. Pero las cosas sucedieron de manera que, aunque era mucha su suficiencia, y por eso en cualquier lugar donde él hubiese querido habría podido tener el honor de ser laureado (lo cual no aumenta la ciencia, pero es un testimonio seguro y un ornamento de la adquirida); sin embargo, ese regreso, que no llegó a suceder nunca, mientras esperaba, no quiso que se la concedieran en ningún otro lugar; y de esta manera, sin haber obtenido nunca el tan deseado honor, murió. Pero, como la gente

se pregunta muy a menudo qué es la poesía y qué es un poeta, y de dónde procede este nombre y por qué los poetas son coronados de laurel, y parece que son pocos los que lo han explicado, deseo hacer aquí una digresión, para hablar un poco sobre ello, volviendo lo antes posible a mi propósito.

La primera gente de los primeros siglos, que era muy basta e inculta, tenía un deseo muy ardiente de conocer la verdad con el estudio, como aún vemos que todos desean hoy naturalmente. Viendo que el cielo se movía continuamente con una ley ordenada, y que las cosas terrenas seguían un orden y diferentes operaciones en tiempos distintos, pensaron que necesariamente tenía que haber alguna cosa de la que procedían todas las demás, y que ordenaba todas las demás, como una potencia superior no potenciada por ninguna otra. Y llevada a cabo esta investigación por ellos de manera diligente, imaginaron una cosa, que llamaron “divinidad” o “deidad” que debía ser venerada con todo cuidado, honor y con un servicio sobrehumano. Y por eso construyeron, a reverencia del nombre de esta suprema potencia, amplísimas y egregias casas, a las que consideraron que debían dar un nombre distinto, porque la forma de ellas era también diferente a la de aquellas en que por lo general vivían los hombres, y las llamaron “templos”. Y de la misma manera pensaron que debían tener ministros que fueran sagrados y alejados de intereses mundanos, que se entregaran solamente a los servicios divinos, por madurez, edad y vestir reverendos, más que los demás hombres, los cuales fueron llamados sacerdotes. Y además de esto, en representación de la imaginada esencia divina, construyeron estatuas en varias formas, y dispusieron para su servicio vajillas de oro, mesas de mármol y vestimentas purpúreas y otros aparatos muy pertinentes para los sacrificios que instauraron. Y, con el fin de que a esta potencia no se le hiciera un honor tácito o casi mudo, les pareció que tenían que usar palabras de alto sonido que pudiera a sus necesidades hacerla propicia o digna de ser reverenciada. Y como pensaban que excedía a cualquier otra cosa en nobleza, quisieron que, lejos de un estilo plebeyo o público, se encontraran palabras dignas para hablar ante la divinidad, con

las cuales ofrecer sagradas alabanzas. Y además de esto, con el fin de que pareciera que estas palabras tenían mayor eficacia, quisieron que estuvieran sometidas bajo ley a una composición basada en determinados números, que permitiera sentir la dulzura, y alejara el lamento y el tedio. Y ciertamente, no en una forma vulgar o acostumbrada, sino con arte y de manera exquisita y nueva se hizo. Tal forma fue llamada por los griegos *poetes*; allí nació, y lo que bajo esa forma se hizo recibió el nombre de *poesis*, y los que eso hacían o usaban tal manera de hablar, se llamaron “poetas”.

Este fue pues el origen primero de la poesía y, en consecuencia, de los poetas, y aunque otros den otras razones, quizás buenas, esta es la que a mí me gusta más.

Esta buena y loable intención de la edad bárbara empujó a muchos a distintas invenciones en el mundo que multiplicaban la apariencia; allí donde los primeros honraban a una sola deidad los siguientes mostraron que había otras muchas, y de aquella derivaron otras que le disputaron el principado. Muchas querían que fueran el sol, la luna, Saturno, Júpiter y cualquiera de los siete planetas, por los efectos daban razones a su divinidad; y por estos llegaron a enseñar que lo que era útil a los hombres, aunque fuera terrenal, era una deidad, como el fuego, el agua, la tierra y otros semejantes. A ellas se dirigieron todos los versos, los honores y los sacrificios. Y a continuación en lugares diferentes personas diversas, unos con un ingenio, otros con otro, empezaron a adquirir importancia sobre la multitud indocta en sus ámbitos territoriales; definían las cuestiones más burdas, no según la ley escrita, que aún no tenían, sino según una natural equidad que unos poseían en grado superior a otros, ordenando la vida y las costumbres, iluminados por la misma naturaleza, resistiendo con las fuerzas corporales ante las adversidades que podían acontecer, y a llamarse “reyes” y a mostrarse a la plebe con siervos y ornamentos no vistos hasta entonces por los hombres; a mandar y a ser obedecidos, y, finalmente, a ser adorados. Lo cual acontecía sin demasiada dificultad con que uno lo presumiese, porque a los pueblos bárbaros les parecían, bajo esta mirada, no hombres sino dioses.

Estos mismos, como no se fiaban de sus propias fuerzas, empezaron a aumentar las religiones y, con la fe que en ellas tenían, a atemorizar a las personas y a someter con los sacramentos a su obediencia a quienes no podían obligar a la fuerza. Y además de esto se pusieron a divinizar a sus padres, a sus abuelos y a sus antepasados para que el vulgo los temiera y tuviera en reverencia. Tales cosas no se pudieron hacer fácilmente sin el oficio de los poetas, los cuales, ya sea por ampliar su fama, por complacer a los príncipes, deleitar a los súbditos o bien para persuadir a obrar virtuosamente a todos –lo que hablando abiertamente sería contrario a sus intenciones– con ficciones varias y magistrales, males de los poderosos de estos y de aquellos tiempos, hacían creer lo que los príncipes querían que se creyese; conservando en los nuevos dioses y en los hombres, que se fingían descendientes de los dioses, el mismo estilo que solo en el dios verdadero y en su alabanza los primeros hombres habían tenido. De esta situación se pasó a adaptar las gestas de los hombres poderosos a las de los dioses; de aquí nace el cantar con versos excelsos las batallas y los demás hechos notables de los hombres mezclados con los de los dioses; tal fue y es hoy, junto a las otras cosas que he dicho, el oficio y el ejercicio de todo poeta. Y como muchos que no saben creen que la poesía no es más que un hablar por fábula, además de lo prometido, tengo el gusto de demostrar que la poesía es teología, antes de pasar a hablar de por qué se corona de laurel a los poetas.

Si dejamos las pasiones a un lado y volvemos a considerarlo con la razón, creo que podremos ver con facilidad que los poetas antiguos imitaban, en la medida en que le es posible al ingenio humano, las huellas del Espíritu Santo; el cual, como vemos en la divina Escritura, valiéndose de la boca de muchos, reveló sus altísimos secretos a los seres futuros, haciéndoles hablar de forma velada lo que a su debido tiempo por obra, sin velo alguno, quería demostrar. Porque ellos, si observamos bien sus obras, con el fin de que el imitador no parezca distinto del imitado, bajo la apariencia de algunas ficciones, describían lo que había sido, o lo que ocurría en el presente, o lo que deseaban o presumían que tenía que acontecer en el futuro; porque como una

y otra escritura no tenían que ver con el mismo fin, al que más mira en el momento presente el ánimo mío, a ambas se podría dar una misma alabanza, usando las palabras de Gregorio. El cual dice de la sagrada Escritura lo que todavía puede decirse de la poética, es decir, que ella en un mismo discurso, al narrar, abre el texto y el misterio que subyace en él; y así con uno ejercita a los sabios y, con el otro, reconforta a los más simples, y en público alimenta a los pequeños y en lo más profundo conserva aquello que tiene en suspenso con admiración a las mentes de los más sublimes entendedores. Es como si fuera un río, por decirlo yo de alguna manera, plano y profundo, en el que el pequeño cordero camina por su pie y el gran elefante puede nadar ampliamente. Pero hay que seguir en la verificación de las cosas que he propuesto.

Busca la divina Escritura, a la que nosotros llamamos “teología”, con la figura de alguna historia, o con el significado de alguna visión, o con la comprensión de algún lamento, o en otras muchas maneras, mostrarnos el alto misterio de la encarnación del Verbo divino, su vida, lo que ocurrió a su muerte, la resurrección victoriosa, la admirable ascensión, y todos los actos suyos, para que con lo que nos enseña podamos alcanzar la gloria, que Él con su muerte y su resurrección nos abrió, largo tiempo cerrada para nosotros por la culpa del primer hombre. De la misma manera los poetas en sus obras, que nosotros llamamos “poesía” a veces con ficciones de los distintos dioses, o con metamorfosis de hombres en formas distintas, o con amables persuasiones, nos muestran las causas de las cosas, los efectos de las virtudes y de los vicios, lo que debemos evitar o seguir, para que podamos alcanzar, obrando virtuosamente, el fin que ellos, que no conocían debidamente a Dios, creían que era la suma salvación. Quiso el Espíritu Santo demostrar con la zarza verde, en la que Moisés vio, como una llama ardiente, a Dios, la virginidad de Aquella que era más pura que cualquier otra criatura, y que sería la casa y el receptáculo del Señor de la naturaleza, no debía contaminarse en la concepción y en el parto del Verbo del Padre. Quiso por la visión de Nabucodonosor, en la estatua de varios metales, abatida

por una piedra, que se convirtió en monte, mostrar cómo se sumergían todas las edades pretéritas desde la doctrina de Cristo, el cual fue y es piedra viva; y que la religión cristiana, nacida de esta piedra, se convertía en algo inmóvil y perpetuo, como vemos que sucede con los montes. Quiso en las lamentaciones de Jeremías declarar el exterminio futuro de Jerusalén.

Igualmente nuestros poetas crearon la ficción de que Saturno tenía muchos hijos que, a excepción de cuatro, fueron todos devorados por él, no buscando con ello nada más que hacernos sentir, a través de Saturno, el tiempo, que todo lo produce, y una vez producidas las cosas, las corrompe todas y las reduce a la nada. Los cuatro hijos que no devoró eran, Júpiter, es decir, el elemento del fuego; el segundo es Juno, esposa y hermana de Júpiter, es decir, el aire, mediante el cual el fuego aquí abajo obra sus efectos; el tercero es Neptuno, dios del mar, es decir el elemento del agua, y el cuarto, y último, es Plutón, dios del infierno, es decir, la tierra, la más baja de todos los elementos. Asimismo fingen nuestros poetas que Hércules fue transformado de hombre en dios, y Licaón en lobo, queriendo mostrarnos moralmente que, cuando se obra virtuosamente, como hizo Hércules, el hombre se convierte en dios por participación en el cielo; y que, cuando se es vicioso, como hizo Licaón, aunque tenga la apariencia de hombre, en verdad se puede decir que es una bestia, la cual es reconocida por todos por el efecto más parecido a su defecto: así Licaón, por su rapacidad y por su avaricia, tiene las características de un lobo, se finge que en lobo fue convertido.

Igualmente fingen nuestros poetas la belleza de los campos elíseos, por la que entiendo la dulzura del paraíso; y la oscuridad de Dite por la que entiendo la amargura del infierno, para que nosotros, atraídos por el placer de uno y, atemorizados por el tedio del segundo, sigamos las virtudes que nos conducirán al Elíseo, y que huyamos de los vicios que nos harían caer en Dite. Omito dar más detalles pormenorizados de estas exposiciones particulares, porque, si quisiera esclarecerlas como se podría y sería conveniente hacer, aunque harían más agradable y fuerte mi argumentación, no estoy seguro de que

no me apartaran más de lo debido de lo que la materia principal requiere y yo no lo quiero hacer. Y seguro de que, si no se dijera más de lo que he dicho, bastaría para comprender que la poesía y la teología coinciden en la manera de operar, pero, en cuanto al tema, digo que no solamente son muy diferentes, sino contrarias en alguna parte, porque el tema de la sagrada teología es la divina verdad, y el de la poesía antigua son los dioses de los gentiles y los hombres.

Contrarias son en cuanto que la teología no presupone ninguna cosa que no sea verdad; la poesía supone algunas verdaderas, las cuales son muy falsas, erróneas y contrarias a la religión cristiana. Pero como algunos insensatos se alzan contra los poetas, diciendo que componen fábulas feas y alejadas de toda verdad, y que deberían mostrar su capacidad en cosas que no fueran fábulas y ofrecer su doctrina a la gente, quiero seguir adelante con el razonamiento presente.

Que miren estos las visiones de Daniel, las de Isaías, las de Ezequiel y de los otros del Viejo Testamento, con pluma divina descritas, y mostradas por Aquel, que no tiene principio ni fin. Mírense también en el Nuevo testamento las visiones del evangelista, llenas de admirables verdades para los entendedores; y si no se halla ninguna fábula poética tan lejos de la verdad y de lo verosímil, como en su superficie parecen tener estas en muchas partes, concédase que solamente los poetas tienen dichas fábulas sin poder dar deleite ni fruto. Podría pasar sin decir nada sobre la reprensión que hacen de los poetas, en cuanto que han mostrado su doctrina en fábula o bien bajo forma de la fábula; sabiendo que mientras ellos locamente reprenden a los poetas por esto, caen incautamente en blasfemar del Espíritu, que no es más que vía, vida y verdad; sin embargo, trato de satisfacerlos un poco.

Es sabido que todo lo que se consigue con esfuerzo es más dulce que lo que obtenemos sin él. La llana verdad, al ser comprendida con pocas fuerzas, deleita y se olvida en la memoria. Luego, para que conquistada con esfuerzo fuera más grata, y por eso se guardara mejor, los poetas la han escondido bajo muchas cosas y, aparentemente, contrarias; por eso hicieron fábulas, en lugar de otras tapaderas, para

que la belleza de estas atrajera a aquellos que no podrían acercarse ni con demostraciones filosóficas ni con la persuasión. ¿Qué diremos, pues, de los poetas? ¿Consideraremos que son hombres insensatos, como los actuales que disienten, que hablan y no saben lo que dicen? Ciertamente, no; al contrario tuvieron en sus obras un sentimiento muy profundo, tanto en lo más escondido del fruto, y como excelentes y dotados de una adornada elocuencia en la corteza, así como aparentes en la fronda.

Afirmo que puede decirse que la teología y la poesía son casi una misma cosa, pues tienen el mismo sujeto; es más, afirmo que la teología no es más que la poesía de Dios. ¿Qué es sino ficción poética que Cristo diga algunas veces en la Escritura que era un león, un cordero o un gusano, y otras veces que era un dragón o una piedra, y otras muchas cosas que sería muy largo de contar? ¿No sueñan las palabras del Salvador en el Evangelio, sino como un discurso sin sentido? A esta manera de hablar, nosotros acostumbramos a llamar “alegoría”. Luego vemos que no solamente la poesía es teología, sino también que la teología es poesía. Y ciertamente, si mis palabras merecen poco crédito en algo tan grande, no me sorprenderá; pero créase en Aristóteles, dignísimo testimonio en todo, que afirma que él considera que los poetas fueron los primeros teólogos. Baste con esto para esta parte; y volvamos a demostrar por qué solamente los poetas tienen, junto a los científicos, el honor de que se les conceda la corona de laurel.

Entre las demás naciones, que son muchas sobre la superficie de la tierra, se cree que los griegos fueron los primeros que conocieron la filosofía y sus secretos, de cuyos tesoros ellos entresacaron la doctrina militar, la vida política y otras muchas cosas, lo que los hizo famosos y respetados más que cualquier otra nación. Pero entre otras, procedentes de su tesoro, está la santísima sentencia de Solón, que abrió el principio de esta pequeña obra y con el fin de que su república, más floreciente que ninguna otra, caminase erguida y se mantuviera sobre sus dos pies, hicieron órdenes y las observaron magníficamente con penas para los malvados y premios para los valientes. Entre los

premios que establecieron para los que obraran bien, el principal era este: coronar ante todos, con el consentimiento público, con hojas de laurel a los poetas en mérito a sus trabajos, y a los emperadores que hubieran acrecentado con victorias la república; juzgando que la misma gloria merece quien aumenta con su virtud las cosas humanas, y las conserva, que aquel que trata las cosas divinas. Y aunque los griegos fueron los inventores de este honor, pasó luego a los latinos, cuando igualmente la gloria y las armas dieron lugar al nombre romano en todo el mundo; y aún hoy se mantiene, al menos en las coronaciones de los poetas, aunque suceda muy raras veces. Pero por qué en tales coronaciones se usa el laurel más que otra planta no os disgustará conocer.

Hay quien cree que Febo, que amó a Dafne y fue convertida en laurel, fue el primer autor y factor de los poetas y asimismo triunfador, y que atraído por el amor hacia aquellas ramas de laurel, coronó con ellas sus cítaras y sus triunfos. Su ejemplo fue imitado por los hombres, y en consecuencia esa fue la causa de que tal coronación, que Febo hizo por vez primera, se siga usando hasta hoy con los poetas y los emperadores. No me disgusta esa opinión y no niego que haya sido así, pero sin embargo yo me inclino por otra, que es esta. Quienes han investigado la virtud de las plantas, es decir, su naturaleza opinan que el laurel tiene, entre otras propiedades suyas, tres que son muy alabadas y muy notables. La primera es que nunca pierde su verdor ni las hojas, como estamos acostumbrados a ver; la segunda es que este árbol nunca ha sido fulminado por un rayo, lo cual nunca hemos leído que pasara con otro; la tercera, que es muy oloroso, como podemos sentir. Los antiguos inventores de este honor estimaron que estas tres propiedades eran muy convenientes a las obras virtuosas de los poetas y de los emperadores victoriosos. En primer lugar dicen que el verdor de estas ramas demuestra que la fama de sus obras, es decir, de las de quienes eran coronados o que lo serían en el futuro, vivirá siempre. Luego consideraron que las obras de estos poetas tenían tal poder, que ni el fuego de la envidia, ni el fulgor de la duración del tiempo, que acaba consumiéndolo todo, podría nun-

ca fulminarlas, como el fulgor celeste no puede fulminar el árbol del laurel. Y además de esto decían que las obras de estos poetas, a pesar del paso del tiempo, nunca dejarían de gustar a quien las leyese no las escuchasen, sino que siempre serían aceptadas por su buen olor. Por lo que mercedamente la corona de tales hojas se adaptaba tan bien, más que cualquier otra, a tales hombres, cuyos efectos, como podemos ver, eran conformes a ella. Por lo cual, no sin razón, nuestro Dante deseaba ardientemente tener tal honor, o el testimonio de tanta virtud, como es para ellos, que son dignos de adornar sus sienas. Pero es tiempo de que volvamos al punto que abandonamos para entrar en este.

Nuestro poeta, además de las cosas antedichas, era de ánimo alto y muy desdeñoso; tanto que, cuando buscó a un amigo suyo, el único que podía hablar con quienes tenían en sus manos el gobierno de la república, a instancia de cuyos ruegos actuaba, para poder volver a Florencia, que era lo que más que cualquier otra cosa deseaba, y este le dijo que durante un tiempo estaría en la cárcel y más tarde en alguna solemnidad pública se ofreciera con misericordia en la Iglesia principal de la ciudad, lo cual lo dejaría libre y sin condena por los hechos cometidos con anterioridad; como Dante consideró que esas eran las medidas que se usaban con hombres cualesquiera, delincuentes e infames, y no con los demás, decidió permanecer en el exilio antes que volver por este medio a su casa, que era su mayor deseo.

¡Oh desdén de hombre magnánimo, con qué coraje viril obraste, reprimiendo el ardiente deseo de volver a casa por un camino indigno para quien se ha alimentado en el regazo de la filosofía!

Igualmente presumía de sí mismo, y nunca se tuvo por menos de lo que valía, según cuentan sus contemporáneos; esto, entre otras veces, se manifestó notablemente, cuando él y su partido estaban en la cima del gobierno de la república. Ante la llamada al hermano del entonces Felipe rey de Francia, mediante Bonifacio VIII, de quienes habían perdido, se reunieron Dante y todos los principales de su partido en un consejo para proveer ante este hecho qué embajada se debía enviar al papa, que estaba en Roma, para que se le indujera a detener la llegada de Carlo, o que él, con el acuerdo del partido en el

gobierno, se desplazara. Y cuando se llegó a deliberar quién tenía que ser el legado, todos eligieron a Dante. Ante esa solicitud, Dante dijo: “Si voy yo, ¿quién se queda? Y si me quedo yo, ¿quién va?” Como si solo fuera él el más válido entre todos, y por quien todos los demás valieran. Estas palabras fueron escuchadas y recogidas, lo que siguió no tiene interés ahora, y por eso lo dejamos estar y continuamos.

Además de estas cosas, este hombre valiente fue muy fuerte ante todas las adversidades: solo en una cosa a mi parecer fue impaciente: en lo que a su partido se refiere, cuando estaba en el exilio, porque no pertenecía más que a su suficiencia, y no quería que lo representara nadie. Y para que se vea en qué partido pertinaz y animoso estaba, creo que hay que alargarse un poco más escribiendo.

Creo que la justa ira de Dios permitió, desde mucho tiempo atrás, que casi toda la Toscana y la Lombardía se dividiera en dos partes, de las que desconozco por qué tenían esos nombres; pero una se llamó y se llama “parte güelfa”, y la otra era llamada “parte gibelina”. Y tanta eficacia y reverencia tenían estos nombres en los ánimos estúpidos de muchos que, para defender lo que uno elegía como propio en contra de su oponente, no le disgustaba perder sus bienes e incluso la vida, si era necesario.

Y bajo esta identidad muchas veces las ciudades italianas sufrieron graves presiones y cambios; y entre ellas nuestra ciudad tenía al frente un partido u otro, según los cambios de los ciudadanos; los antepasados de Dante, güelfos, fueron expulsados por los gibelinos en dos ocasiones, y él mismo, que era güelfo, llevó las riendas de la república en Florencia.

Expulsado de ella, como hemos mostrado, viendo que no podía volver, cambió el ánimo y de güelfo pasó a gibelino, hasta el punto de que no hubo más fiero gibelino adversario de los güelfos que él, y de lo que más me avergüenzo en servicio de su memoria es que era sabido por todos que, estando en Romaña, si escuchaba una conversación en boca de una muchacha o un chaval contra la parte gibelina, se sentía empujado a arrojarles piedras, movido por tanta insania. Y con esa animosidad vivió hasta su muerte.

Ciertamente me avergüenza tener que manchar con algún defecto la fama de un hombre como él, pero el orden de las cosas que he iniciado en alguna parte lo exige, porque, aunque en las cosas más deplorables callaré, restaría también mucho crédito a las más elogiables que he mostrado. Me excuso con él, que a lo mejor mira desde la parte más alta del cielo con mirada desdeñosa cómo escribo.

Entre tanta virtud, entre tanta ciencia como he mostrado que tenía este admirable poeta, la lujuria encontró un amplísimo espacio, y no solamente en sus años más jóvenes sino también en los maduros. Tal vicio, aunque natural, común y necesario, no solo que no se puede aprobar, sino ni siquiera excusar dignamente. Pero ¿Quién, entre los mortales, será el justo juez que lo condene? No seré yo. ¡Oh poca firmeza, oh apetito bestial de los hombres. ¿Qué no pueden las mujeres en nosotros, si quieren ellas, que, aun no queriendo, pueden cosas tan grandes? Tienen la delicia, la belleza y el apetito natural y muchas más cosas que continuamente consiguen en los corazones de los hombres; y, en muestra de que es verdad, veamos lo que hicieron Júpiter por Europa, Hércules por Iole, Paris por Elena que, aunque son cosas poéticas, muchos insensibles las considerarían fábulas, pero muéstrese a alguien que las rechace por inconvenientes. ¿Había en el mundo más de una mujer cuando nuestro primer padre, dejado de lado el mandamiento que de su propia boca le había hecho Dios, se acercó a sus seducciones? Ciertamente no. Y David, aunque tenía muchas mujeres, apenas vio a Bersabé, se olvidó de Dios, de su reino, de sí mismo y de su honestidad, y se convirtió primero en adúltero y luego en homicida ¿qué se cree que hubiera hecho él si ella se lo hubiera pedido? Y Salomón, a quien nadie superó en sentido común, del hijo de Dios hacia abajo, no abandonó él a quien lo había hecho sabio, y por placer se arrodilló ante una mujer y adoró a Baalim? ¿Qué hizo Herodes? ¿Qué han hecho otros muchos, atraídos por su propio placer? Luego entre tantos, sin excusa, pero con la cabeza menos inclinada que otros, puede pasar nuestro poeta.

Este glorioso poeta compuso en su vida muchas obras, que creo que es conveniente recordar de manera ordenada, para que nadie se

atribuya las suyas, ni le atribuyan a él las de otros. En primer lugar él, mientras duraban las lágrimas de la muerte de su Beatriz, cerca de los veintiséis años, reunió en un volumen, que él tituló *Vita Nuova*, algunas obritas, como sonetos y canciones, escritos en verso con anterioridad, maravillosamente hermosos; cada composición era precedida de forma ordenada por las causas que lo habían impulsado a escribirlas y después de los versos seguía el comentario de las partes. Y como él se avergonzaba mucho en su madurez de haber hecho este libro, no obstante, si tenemos en cuenta la edad que tenía, es muy bonito y agradable, sobre todo entre los escritos en lengua vulgar.

Muchos años después de esta composición, en la cima del gobierno de la república, y viendo en su gran parte, como se ve en esos lugares, cómo era la vida de los hombres, y cuáles eran los errores del vulgo, y que eran pocos los que se desviaban de él, por lo que eran muy dignos de honor, y la confusión que tenían los que al honor se acercaban, perjudicaban los estudios de aquellos y mucho más los propios, tuvo un alto pensamiento, y se propuso en una obra mortificar con graves penas a los hombres viciosos, y honrar con altísimos premios a los virtuosos, y procurarse a sí mismo una gloria perpetua. Y como ya se ha mostrado que él tenía la poesía en un lugar preeminente, decidió componer una obra poética.

Meditó mucho antes lo que tenía que hacer y en su trigésimo quinto cumpleaños empezó a llevar a cabo lo que antes había meditado, es decir, a atacar y a premiar según los méritos, atendiendo a su diversidad, la vida de los hombres. Esta es de tres maneras, es decir, viciosa, que se aleja de los vicios y se dirige a la virtud, o virtuosa; esa vida dividió en tres libros, empezando por el castigo de la viciosa y acabando con los premios a la vida virtuosa, admirablemente diferenció en un volumen, que se tituló *Comedia*. Esos tres libros fueron diferenciados en cantos y los cantos en ritmos, como se puede ver claramente; y lo compuso en lengua vulgar con tanto arte, con un orden tan admirable y tan hermoso, que nadie hubo que con justicia pudiera reprochar nada en ningún punto. Aquellos que posean el ingenio para entender podrán ver con qué sutileza lo escribió. Pero,

como vemos que las grandes cosas no se pueden comprender en poco tiempo, y por eso tenemos que conocer tan alta, grande y determinada empresa como los actos de los hombres y sus méritos, quiso en versos vulgares y en rima reunir poéticamente algo que no era posible hacer en poco tiempo, y sobre todo por un hombre (como es el caso de Dante, como hemos visto anteriormente), agitado por muchos y distintos infortunios, todos ellos llenos de angustia y de amargura. Y desde entonces, como antes hemos dicho, se entregó a un trabajo tan elevado hasta el fin de sus días, aunque otras obras, como veremos, compuso mientras duró, que era un afán continuo. No será superficial tocar algunos incidentes que ocurrieron al principio y al final de la obra.

Digo que, mientras él atendía al glorioso trabajo, ya en su primera parte titulada Infierno, y tenía escritos siete cantos, en una ficción no gentil sino propia de un cristiano, cosa que hasta entonces nunca nadie había hecho, ocurrió el grave accidente de su expulsión o fuga, como se quiera llamar, por lo que él abandonó todo, inseguro de sí mismo, y muchos años con diferentes amigos y señores anduvo vagando. Pero, como nosotros debemos creer con certeza que Dios no dispone nada contrario a lo que Fortuna puede obrar, por la que, aunque la puede retrasar, pero no apartar de su fin, sucedió que uno, pensando que le podía ser oportuno algún escrito de Dante, buscando entre las cosas de Dante, que habían protegido en algunos lugares santos, en el tiempo en que tumultuosamente la ingrata y revuelta plebe había ido corriendo a su casa, más deseosa de botín que de justa venganza, encontró los primeros siete cantos que Dante había compuesto, los cuales con admiración, sin saber lo que eran, leyó y, como le gustaron mucho, los cogió del lugar donde estaban, y los entregó a un ciudadano nuestro, cuyo nombre era Dino de maese Lambertuccio, famoso recitador de versos en aquel tiempo en Florencia, y se los enseñó.

Al verlos Dino, hombre de alto intelecto, no inferior al de quien se los había llevado, se sorprendió tanto por el hermoso, pulido y adornado estilo de su expresión como por la profundidad del sentido,

que estaba escondido bajo la hermosa corteza de las palabras, por lo que junto al portador de los versos, y también por el lugar de donde los había sacado, estimaron que debían ser, como en efecto eran, obra de Dante. Y, lamentándose porque habían quedado imperfectos, como ellos no podían presumir qué fin podían tener, deliberaron entre ellos averiguar dónde estaba Dante y enviarle lo que habían encontrado, para que, si era posible, diera fin a lo que tan buen principio prometía. Y como supieran, tras alguna investigación, que él estaba con el marqués Morruello, escribieron su deseo no a él, sino al marqués, y le mandaron los siete cantos, los cuales, después de que el marqués, hombre buen entendedor, los hubo visto y alabado mucho, se los enseñó a Dante, preguntándole si sabía a qué obra pertenecían; Dante los reconoció inmediatamente, y respondió que eran suyos. Entonces el marqués le rogó que no dejara sin fin tan alto principio. “Ciertamente –dijo Dante – pensaba que había perdido en la ruina de mis cosas, estos y otros muchos libros míos, y por eso, tanto por ese convencimiento como por los otros muchos trabajos que conlleva el exilio, había abandonado la alta fantasía de esta obra; pero, como la Fortuna increíblemente me los ha traído hasta aquí, y a vos gustan, trataré de hacer memoria sobre mi primer propósito, y lo seguiré según me conceda mi gracia” – Y reasumida la fantasía, no sin trabajo, después de tanto tiempo abandonada, continuó: *Io dico, seguitando, che assai prima* etc. donde, quien se fije bien, podrá conocer la continuación de la obra interrumpida.

Retomada pues la magnífica obra, no quizás como muchos habrían querido, Dante sin interrupción la condujo hasta el final. Es más, muchas veces, según la gravedad que requería lo que le sucedía, a veces durante meses y otras veces durante años la dejaba; y no pudo correr más, temía que le llegara la muerte antes de poderla publicar. Era costumbre suya, cuando tenía seis u ocho cantos, más o menos, mandárselos al señor Cane della Scala donde estuviera, antes de que nadie más los pudiera ver, porque Dante lo reverenciaba más que a nadie; cuando él ya los había visto, hacía una copia para quien los quisiera. Y de esta manera, cuando los hubo mandado todos, a

excepción de los últimos trece cantos, que tenía acabados pero no los había enviado aún, sucedió que, sin dejar dicho dónde estaban, murió. Y los descendientes, hijos y discípulos, buscaron durante meses, con insistencia, entre sus escritos si había puesto algún final a su obra, pero, no hallando de ninguna manera los cantos que faltaban, y atormentado su amigo de que Dios no le hubiera prestado un poco más de tiempo para que pusiera fin a lo poco que quedaba de su obra para acabarla, perdieron la esperanza de encontrarlos, a pesar de lo mucho que los habían buscado.

Algunos amigos de Jacopo y Piero, hijos de Dante, ambos poetas, los animaban a completar, si era posible, la obra del padre para que no quedase imperfecta, cuando a Jacopo, que creía en ello mucho más que su hermano, se le apareció una admirable visión, que no solo lo apartó de la tonta presunción, sino que le mostró dónde estaban los trece cantos que faltaban a la *Divina Commedia*, que ellos no habían sabido encontrar.

Un hombre de Ravenna, cuyo nombre era Piero Giardino, que había sido durante mucho tiempo discípulo de Dante contó que, ocho meses después de la muerte de su maestro Dante, una noche, en un momento cercano a la hora que nosotros llamamos matutina, fue a su casa Jacopo, y le dijo que esa noche, un poco antes de esa hora, había visto en sueños a Dante, su padre, que iba hacia él, vestido con ropa muy cándida y con una luz que resplandecía en su rostro, como no había visto antes. Le parecía recordar que le preguntaba si vivía, y escuchó que le respondía que sí, pero en la verdadera vida, no en la nuestra; y que también le preguntaba si había acabado su obra antes de pasar a la verdadera vida, y si la había acabado, dónde estaba lo que faltaba, que ellos nunca habían podido encontrar. A esto le respondía: “Sí, yo la acabé” y que luego lo tomaba de la mano y lo conducía a la habitación donde él dormía cuando vivía en esta vida, y al tocar una pared, decía: “Aquí está lo que tanto habéis buscado”. Y cuando hubo dicho esta palabra, en ese mismo momento le pareció que Dante y el sueño se fueron”. Por eso, decía, él había ido a contarle lo que había visto para que fueran juntos a buscar en el

lugar que le había mostrado, del que se acordaba perfectamente en su memoria, para ver si era un espíritu verdadero o una falsa ilusión. Por tal razón, aunque quedaba una buena parte de noche, se fueron juntos y llegaron al lugar señalado, y allí encontraron un estuche metido en el muro que, apartado ligeramente, permitió ver una pequeña ventana, que nunca habían visto ni sabían que estaba allí, y en ella encontraron algunos escritos, todos mohosos por la humedad y a punto de estropearse, de haber permanecido allí más tiempo; después limpiaron el moho y, al leerlos, vieron que contenía los trece cantos que ellos tanto habían buscado. Muy felices por ese motivo, según la costumbre del autor, enviaron los escritos al señor Cane y luego los unieron a la obra incompleta como convenía. De esta manera la obra, compuesta a lo largo de muchos años, pudo verse acabada.

Muchos, y entre ellos algunos hombres muy sabios, plantean la cuestión de por qué Dante, que era un hombre muy respetado en la ciencia, compuso una obra como la *Comedia* tan grande, de materia tan alta y tan notable libro, en la lengua florentina y por qué no lo hizo en latín, como habían hecho los poetas anteriores. A esta pregunta daré dos respuestas, entre otras muchas, por varias razones. La primera de ellas es para que fuera más útil a sus conciudadanos y a los demás italianos, pues es conocido que si la hubiera escrito en metro latino, como los poetas del pasado, solo habría sido provechosa para los literatos. Al escribir en lengua vulgar hizo una obra que nunca hasta entonces había hecho nadie, y no privó a los literatos de entenderla, mostrando la belleza de nuestra lengua y su excelente arte en ella, y dio a los idiotas el deleite y el entendimiento, que siempre habían sido abandonados por todos. La segunda razón que lo movió a esto fue esta: Viendo él que los estudios liberales eran del todo abandonados, y sobre todo por los príncipes y por los grandes hombres, a los que se solían dedicar los trabajos de la poesía, y que por eso las obras divinas de Virgilio y de los otros solemnes poetas, eran no solo poco apreciadas, sino que casi habían caído en el desprecio de la mayoría de la gente, él que había empezado, como requería la altura de la materia, de esta manera:

Ultima regna canam, fluvido contermina mundo,
spiritibus quae lata patent, quae premia solvunt
pro meritis cuicumque suis, etc.

lo dejó estar; e imaginando que se llevan a la boca en vano las rebanadas de pan aquellos que aún succionan la leche, en un estilo adecuado a los gustos modernos volvió e empezar su obra y a continuarla en lengua vulgar.

Dedicó este libro de la *Comedia* a tres solemnes hombres italianos, siguiendo la triple división, una para cada uno, de esta manera: La primera parte, es decir el Infierno la dedicó a Uguccione della Faggiuola, que era entonces señor de Pisa en la Toscana, admirablemente glorioso; la segunda parte, es decir, el Purgatorio, lo dedicó al marqués Morruello Malespina; la tercera parte, es decir, el Paraíso, a Federigo III rey de Sicilia. Algunos dicen que la dedicó por entero al señor Cane della Scala, pero sea cual sea la verdad, no tenemos nada más que el voluntario razonar de otra gente; y no es tan gran hecho que requiera solemnes investigaciones.

Igualmente este egregio autor escribió un libro en prosa latina por la venida del emperador Arrigo VII, cuyo título es *Monarquía*, el cual determina tres cuestiones, divididas en tres libros. En el primero, disputando lógicamente, demuestra que el imperio es de necesidad lo mejor para el mundo. En el segundo, con argumentos historiográficos, muestra que Roma merece obtener el título del imperio, que es la segunda cuestión. En el tercero, por medio de razonamientos de teología, demuestra que la autoridad del imperio procede directamente de Dios, y no mediante su vicario, como parece que quieren los clérigos, que es la tercera cuestión.

Algunos años después de la muerte de su autor, el libro fue condenado por maese Beltrando, cardenal del Poggetto y legado del papa en Lombardía, bajo el papado de Juan XXII. Y la causa fue que Ludovico, duque de Baviera, elegido rey de Romanos por los electores de Alemania, vino a Roma para ser coronado, y contra la aprobación de dicho papa Juan, que estaba en Roma, hizo papa a un fraile

llamado Pietro della Corvara, y muchos cardenales y obispos, contra las ordenaciones eclesiásticas, y se hizo coronar por este papa. Cuestionada la autoridad en muchos casos, él y sus seguidores encontraron el libro que defendía la autoridad y comenzaron a usar muchos de los argumentos de este libro, por lo que el libro, que hasta entonces apenas era conocido, se hizo muy famoso. Luego, de regreso Ludovico a Alemania, y sus seguidores, sobre todo los clérigos, caídos en desgracia y dispersos, el mencionado cardenal, sin nadie que se le opusiera, obtuvo el libro y, considerando que era de contenido herético, lo arrojó al fuego en público. Y lo mismo quería hacer con los huesos del autor para eterna infamia y confusión de su memoria, si a ello no se hubiera opuesto un valiente y noble caballero florentino, cuyo nombre era Pino della Tosa, que estaba entonces en Bolonia, donde el asunto se trataba, y con él estaba maese Ostagio da Polenta, con poder cada uno de ellos respecto al cardenal antes mencionado.

Además de estas obras, Dante compuso dos églogas muy hermosas, que dedicó y envió, en respuesta a unos versos que había recibido de parte del maestro Giovanni del Virgilio, que hemos mencionado más arriba.

Compuso también un comentario en prosa en lengua florentina sobre tres de sus canciones, y parece que tenía la intención, cuando empezó, de comentarlas todas, aunque luego, o porque cambió de propósito o por falta de tiempo, no se encuentra que comentara más; y este libro se tituló *Convivio*, una obrita muy bella y digna de alabanza.

Próximo a su muerte compuso un libro en prosa latina, que tituló *De vulgari eloquentia*, donde quería ofrecer la doctrina, a quien quisiera aprenderla, sobre cómo escribir en verso; por lo que dice en el libro parece que tenía intención de querer componer cuatro libros, y no los acabó porque fue sorprendido por la muerte, o porque se han perdido, de modo que solamente hay dos.

Este poeta hizo muchas epístolas en prosa en latín, de las que aún aparecen bastantes. Compuso muchas canciones, sonetos y muchas baladas de amor y morales, además de las que aparecen en su *Vita nova*, de las que no haré una mención especial ahora.

En tales cosas, como hemos dicho, este eminentísimo hombre utilizó una parte de su tiempo, que sustrajo a los vaivenes de la inicua Fortuna para dedicarla a los suspiros de amor, a las lágrimas piadosas y las tareas privadas y públicas: obras más gratas a Dios y a los hombres que los engaños, los fraudes, las mentiras, los robos y las traiciones, que ocupan a la mayor parte de los hombres hoy en día, tratando por diversas vías un mismo fin, es decir, hacerse ricos, como si en ellas residiera el bien, el honor y la felicidad. ¡Oh mentes imbéciles, una breve parte de una hora separará el espíritu del cuerpo mortal, y anulará todas estas vituperables fatigas, y el tiempo, que suele consumir todas las cosas, o bien anulará inmediatamente la memoria del hombre que fue rico, o la conservará con gran vergüenza durante algún tiempo! Lo que no sucederá con nuestro gran poeta con toda seguridad; al contrario, como vemos que sucede con las armas blancas, que cada vez son más brillantes por su uso frecuente, lo mismo sucederá con su nombre: él, a pesar del desgaste del tiempo, cada vez brillará más. Por eso que cada uno se trabaje su vanidad y que se contente con que le dejen hacer, sin reprenderse duramente a sí mismo ni desear malograr el trabajo virtuoso de los demás.

He mostrado sumariamente cuáles fueron el origen, los estudios, la vida y las costumbres y qué obras escribió el espléndido hombre Dante Alighieri, poeta clarísimo, y algunas digresiones, que Aquel que otorga toda gracia me ha concedido. Sé muy bien que otros muchos lo habrían mostrado mucho mejor y de forma más discreta, pero a quien hace lo que sabe hacer, más no se le puede pedir. Lo que yo he escrito, como he sabido, no impide lo que otro pueda decir, si cree que escribirá mejor que yo; es más, quizás si yo en alguna parte me he equivocado, daré motivos a otro para escribir, para que se sepa la verdad, de nuestro Dante, algo que hasta el presente nadie ha hecho. Solo una mínima parte de la promesa que hice en esta pequeña obra me queda por declarar, que es el sueño que tuvo la madre de nuestro poeta, cuando estaba encinta de él, con cuyo relato, lo más brevemente que sabré y podré, quedaré tranquilo y pondré fin a mi narración.

Durante su embarazo esta mujer gentil se vio a sí misma cómo alumbraba al pie de un laurel altísimo, al lado de una fuente de agua clara, un hijo, como ya conté anteriormente, que en poco tiempo, alimentándose de los frutos del laurel y del agua de la fuente, se convirtió en un gran pastor, que se deleitaba mucho con las ramas de aquel laurel, a cuyo pie estaba, y mientras se esforzaba en coger las ramas, le parecía que caía; e inmediatamente le parecía ver no a él, sino un bellissimo pavo real. La gentil mujer, conmovida, ante tal maravilla, rompió el dulce sueño, y ya no lo vio más.

La divina bondad, que prevé las cosas futuras, *ab eterno* y en el presente, movida por la propia bondad, como la naturaleza, su ministra general, suele producir algún efecto inusitado entre los mortales, para que seamos conscientes, con alguna demostración, por una señal, en sueños o de alguna otra manera, y que podamos de esta demostración adquirir el conocimiento que consiste en que el Señor es causa de todo en la naturaleza; tal demostración, si se considera bien, la hizo mandando a este mundo al poeta, del cual tanto hemos hablado más arriba. Y ¿a qué persona podía mostrar la señal, que con tanto afecto la viera y la conservara, sino a aquella que de lo que vio había de ser la madre, es más ya lo era? Ciertamente a nadie. Se lo mostró a ella, y lo que le mostró lo conocemos por lo que he escrito antes; pero hay que considerar con mirada más aguda lo que quería mostrarnos. A aquella mujer le pareció que paría un hijo, y así ocurrió al poco tiempo de tener el sueño. Pero tenemos que ver qué significado tiene que alumbrara el hijo a los pies de un alto laurel.

Muchos astrólogos y filósofos naturales opinan que hay que guiarse por la virtud y la influencia de los cuerpos superiores que producen y alimentan a los cuerpos inferiores, si la poderosa razón no resiste por la gracia divina iluminada. Por ello, el cuerpo superior más poderoso en el grado que en ese momento del nacimiento se eleva en el horizonte, según el cuerpo más poderoso, es más, según sus cualidades, se dice que el recién nacido dispondrá de todo ello. Creo entender que el laurel, a cuyos pies la mujer traía al mundo a nuestro Dante, viene a manifestar la disposición del cielo el día de su naci-

miento, que mostraba que él tenía la misma magnanimidad y elocuencia poética; ambas cosas significa el laurel, el árbol de Febo, con cuya fronda es habitual que se coronen los poetas, como suficientemente he demostrado más arriba.

Entiendo que los frutos que cogía el niño nacido para alimentarse, son los efectos de esa disposición del cielo, como he mostrado; son los libros de poesía y sus enseñanzas, con los que se alimentó, con los que aprendió nuestro Dante.

Juzgo que la fuente de agua clarísima, de la que a ella le parecía que bebía, no puede ser otra cosa más que la fertilidad de la filosofía doctrina moral y natural; la cual de la misma manera que procede de la fertilidad escondida en el vientre de la tierra, así estas doctrinas, que pueden llamarse fertilidad de la tierra, toman esencia y causa de las muchas razones demostrativas, sin las que, de la misma manera que la comida no puede disponerse bien sin la bebida en los estómagos de quien come, ninguna ciencia puede adaptarse bien en los intelectos de nadie si no está bien ordenada y dispuesta por los razonamientos de los filósofos. Por lo que podemos decir que él con las claras ondas, es decir con la filosofía, acogía en su estómago, es decir en el intelecto, los frutos con que se alimentaba, es decir, la poesía, que con la mayor dedicación y celo, como ya se ha dicho, estudiaba.

Que se convirtiera inmediatamente en pastor muestra la excelencia de su ingenio, por lo inmediato; fue tanto su ingenio y de tal naturaleza que, en poco tiempo, comprendió mediante el estudio lo que necesitaba para ser pastor, es decir capaz de dar de comer a los otros ingenios que lo necesitaban. Y todos comprendemos con facilidad que hay dos tipos de pastores: los pastores corporales y los espirituales. Los pastores corporales son de dos maneras; la primera es la de todos aquellos que vulgarmente son llamados “pastores”, es decir, los guardianes de las ovejas o de los bueyes o de cualquier otro animal; la segunda manera es la de los padres de familia, que con su dedicación dan de comer, vigilan y gobiernan los rebaños de los hijos y sirvientes, y de otros que de ellos dependen. Los pastores espirituales igualmente pueden llamarse de dos maneras, de los que una

es la de aquellos que pastorean las almas de los que viven la palabra de Dios: y estos son los preladados, los predicadores y los sacerdotes, a cuya custodia están las almas lábiles de todo aquel que demora bajo el gobierno encomendado a cada uno; la otra es la de aquellos que provistos de óptima doctrina, porque han leído lo que han escrito otros en el pasado, o que escriben lo que ellos quieren en el presente, porque no ha sido bien explicado o se ha omitido, dan forma a las almas y a los intelectos de quienes los escuchan o leen, los cuales suelen ser llamados doctores, en la facultad que sea. De esta última clase de pastores nuestro poeta súbitamente, es decir en poco tiempo, se convirtió. Y demuestra que es verdad, sin contar las otras obras que escribió, su *Comedia*, la cual con la dulzura y la belleza del texto paze no solamente a los hombres, sino también a los jóvenes y a las mujeres; y con admirable suavidad recrea y paze los solemnes intelectos con los sentidos profundísimos que esconde, ya que mucho tiempo los tiene suspendidos.

Nada muestra más el ardiente deseo que tuvo en tener, como he dicho antes, la corona de laurel que el esfuerzo que hizo para poseer la fronda de laurel, con cuyo fruto se alimentó. No se desea para nada más la corona de laurel que para dar testimonio de su fruto. Dice que vio caer las ramas cuando más ardientemente las deseaba; la caída no es más que la postración que tenemos cuando no nos levantamos, es decir, cuando morimos; su muerte aconteció, si recordamos bien lo que antes se ha dicho, cuando más deseaba ser laureado.

A continuación dice que se convirtió de pastor en pavo real; en esa mutación podemos comprender bastante bien su futuro, que como en el resto de sus obras, vive plenamente en su *Comedia*, la cual, a mi parecer, se adecua muy bien al pavo real, si tenemos en cuenta las propiedades de la una y del otro. El pavo real, entre otras propiedades, por lo que vemos, tiene cuatro muy notables. La primera es que tiene una pluma angelical, y en ella tiene cien ojos; la segunda es que tiene sucios los pies y un caminar silencioso; la tercera es que tiene una voz horrible de escuchar; la cuarta y última es que su carne es olorosa e incorruptible. La *Comedia* de nuestro poeta tiene

plenamente estas cuatro cosas; pero como no podemos seguir el orden, como mejor venga las iré adaptando, y empezaré por la última.

Afirmo que el sentido de nuestra *Comedia* es parecido a la carne del pavo real, porque, sea moral o de teología la parte del libro que consideres, te gusta, es una verdad simple e inmutable, que no solo no se puede corromper, sino que cuanto más se busca, mayor aroma de su incorruptible suavidad ofrece a los que concierne. Y podría poner muchos ejemplos fácilmente, si la materia lo permitiera; por ello, sin ofrecer ninguno, dejo que los busquen aquellos que la conocen.

Dije que angelical pluma cubría esta carne; y digo “angelical”, no porque yo sepa si así son o no las tienen los ángeles, sino que, conjeturando a la manera de los mortales, habiendo oído que los ángeles vuelan, supongo que ellos tienen alas; y, como entre nuestros pájaros, ninguna es más hermosa ni más peregrina como la del pavo real, imagino que así las deben tener ellos; y por eso no es que aquellas vengan de estas, sino estas de aquellas las denomino, porque más noble pájaro es un ángel que un pavo real. Por las plumas, con las que este cuerpo se cubre, entiendo la belleza de la historia peregrina, que suena en la superficie de la letra de la *Comedia*: como la bajada al infierno y la contemplación del lugar y las condiciones de sus habitantes; la ascensión de la montaña del purgatorio, el haber escuchado las lágrimas y los lamentos de quienes esperan ser santos; y la subida al paraíso y la inefable visión de la gloria de los beatos: una historia tan bella y tan peregrina, que nadie nunca escuchó y mucho menos pensó, dividida en cien cantos, como algunos dicen que el pavo real tiene cien ojos. Los cantos así dispuestos distinguen las variaciones oportunas del tratado, como los ojos distinguen los colores y la diversidad de las cosas tratadas. Luego bien dicho está que la carne de nuestro pavo real está recubierta de pluma angelical. en su cola.

Tiene como el pavo real los pies sucios y el caminar silencioso: tales cosas se adecuan muy bien a la *Comedia* de nuestro autor, porque como anteriormente los pies sostienen todo el cuerpo, así a primera vista parece que sobre el modo de hablar reposa toda obra escrita; y hablar en lengua vulgar, en la que y sobre la que toda articulación

de la *Comedia* se sostiene, si lo comparamos con el magistral y alto estilo literario que suelen usar los otros poetas, el hablar de la *Comedia* es basto, más adecuado a los ingenios de hoy que el más hermoso de los demás. El andar reposado significa la humildad del estilo, necesario para las comedias, como saben todos los que conocen lo que quiere decir “comedia”.

Por último digo que la voz del pavo real es horrible; aunque aparentemente la suavidad de las palabras de nuestro poeta es muy grande, quien se fije bien descubrirá que esta voz no tiene fallo alguno, y que se adecua muy bien. ¿Quién grita de forma más horrible que él cuando con una invención acerba señala los pecados de muchos vivos, y castiga los de los seres del pasado? ¿Qué voz es más horrenda que la de quien castiga a quien está dispuesto a pecar? Ciertamente ninguna. Él en un mismo momento asusta con sus demostraciones a los buenos y entristece a los malvados; por eso cuando la voz se emplea en esto puede decirse que es muy horrible. Por eso y por las demás cosas que hemos hablado antes, parece que quien en vida fue pastor se convirtió después de su muerte en pavo real, y podemos creer que por una divina inspiración fue mostrado a su madre en un sueño.

Reconozco que he hecho la exposición del sueño de la madre de nuestro poeta de manera muy superficial, por muchas causas. En primer lugar, porque no tenía lo mínimo que para ello se requiere; luego, porque de tenerla, la intención principal no lo soportaba; por último aunque hubiera tenido la suficiencia y la materia lo hubiese requerido, hice bien en hacer y no decir más de lo que he dicho, para dejar a quien sea más suficiente que yo y más agradable algo que decir. Por eso lo que he dicho es suficiente para mí, y lo que falta quede en manos del cielo de quien venga después.

Mi pequeña barca ha llegado al puerto hacia el que dirigió la proa cuando partió de la costa opuesta; y como el piélagos ha sido pequeño, y aunque el mar que ella ha surcado ha sido poco profundo y tranquilo, no obstante quiero agradecer a Aquel que ha prestado el viento a sus velas que yo no haya encontrado obstáculos. A Él con la mayor humildad, devoción y afecto posibles, no con las mayores que

serían las más convenientes, sino con las que tengo, doy las gracias, bendiciendo eternamente su nombre y su valor.

DE ORIGINE, VITA, STUDIIS ET MORIBUS
CLARISSIMI VIRI DANTIS ALIGERII
FLORENTINI, POETE ILLUSTRIS,
ET DE OPERIBUS COMPOSITIS
AB EODEM, EXPLICIT

DE FORMA ET SITU DUORUM ELEMENTORUM AQVE VIDELICET ET TERRE

UNIVERSIS ET SINGULIS PRAESENTES LITTERAS INSPECTURIS, DANTES Alagherii de Florentia, inter vere phylosophantes minimus, in Eo salutem qui est principium veritatis et lumen.

I

Manifestum sit omnibus vobis quod, existente me Mantuae, quaestio quaedam exorta est, quae dilatrata multotiens ad apparentiam magis quam ad veritatem, indeterminata restabat. Unde cum in amore veritatis e pueritia mea continue sim nutritus, non sustinui quaestionem praefatam linquere indiscussam; sed placuit de ipsa verum ostendere, nec non argumenta facta contra dissolvere, tum veritatis amore, tum etiam odio falsitatis. Et ne livor multorum qui, absentibus viris invidiosis, mendatia confingere¹ solent, post tergum bene dicta transmu-

¹ La *lectio* de los dos testimonios es *confugere*, pero ha sido enmendado por *confingere*, por error de imprenta.

tent, placuit insuper in hac cedula meis digitis exarata quod determinatum fuit a me relinquere, et formam totius disputationis calamo designare (f.3v, lin.20, f.4r, lin.1).

II

Quaestio igitur fuit de situ et figura, sive forma duorum elementorum, aquae videlicet et terrae; et voco hic “formam” illam quam Philosophus ponit in quarta specie qualitatis in *Praedicamentis*. Et restricta fuit quaestio ad hoc, tanquam ad principium investigandae veritatis, ut quaereretur utrum aqua in sphaera sua, hoc est in sua naturali circumferentia, in aliqua parte esset altior terra quae emergit ab aquis et quam communiter quartam habitabilem appellamus. Et arguebatur quod sic multis rationibus, quarum quibusdam omisis propter earum levitatem, quinque retinui quae aliquam efficaciam habere videbantur (f.4r, lin.1-10).

III

Prima fuit talis: Duarum circumferentiarum inaequaliter a se distantium impossibile est idem esse centrum: circumferentia aquae et circumferentia terrae inaequaliter distant; ergo etc. Deinde procedebatur: Cum centrum terrae sit centrum universi, ut ab omnibus confirmatur; et omne quod habet positionem in mundo aliam ab eo, sit altius; quod circumferentia aquae sit altior circumferentia terrae concludebatur, cum circumferentia sequatur undique ipsum centrum. Maior principalis sillogismi videbatur patere per ea, quae demonstrata sunt in geometria; minor per sensum, eo quod videmus in aliqua parte terrae circumferentiam includi a circumferentia aquae, in aliqua vero excludi (f.4r, lin.10-21).

IV

Secunda ratio: Nobiliori corpori debetur nobilior locus; aqua est nobilius corpus quam terra; ergo aquae debetur nobilior locus. Et cum locus tanto sit nobilior quanto superior propter magis propinquare nobilissimo continenti, quod est coelum primum, relinquo quod locus aquae sit altior loco terrae et per consequens quod aqua sit altior terra, cum situs loci et locati non differat. Maior et minor principalis sillogismi huius rationis quasi manifeste dimittebantur (f.4r, lin. 21-28).

V

Tertia ratio erat: Omnis opinio quae contradicit sensui est mala opinio: opinari aquam non esse altiore[m] terra est contradicere sensui; ergo est mala opinio. Prima dicebatur patere per Commentatorem² super tertio *De Anima*; secunda sive minor per experientiam nautarum, qui vident, in mari existentes, montes sub se, et probant dicendo quod ascendendo malum vident eos, in navi vero non vident; quod videtur accidere propter hoc, quod terra valde inferior sit et depressa a dorso maris (f.4v, lin. 28-36).

VI

Quarto arguebatur sic: Si terra non esset inferior ipsa aqua, terra esset totaliter sine aquis, saltem in parte detecta, de qua (f.4v) quaeritur: et sic nec essent fontes neque flumina neque lacus; cuius oppositum videmus: quare oppositum eius ex quo sequebatur est verum, scilicet quod aqua sit altior terra. Consequentia probabatur per hoc quod aqua naturaliter fertur deorsum; et cum mare sit principium

² El Comentador a que se refiere Dante es Averroes: "che'l gran commento feo" (*Inf.*, IV, 144).

omnium aquarum ut patet per Phylosophum in *Metauris* suis, si mare non esset altius quam terra, non moveretur aqua ad ipsam terram, cum in omni motu naturali aquae principium oporteat esse altius (f.4r, lin.36; f.4v, lin.8).

VII

Item arguebatur quinto: Aqua videtur maxime sequi motum lunae, ut patet in accessu et recessu maris³; cum igitur orbis lunae sit eccentrica, rationabile videtur quod aqua in sua sphaera eccentricitatem imitetur orbis lunae, et per consequens sit eccentrica; et cum hoc esse non possit nisi sit altior terra, ut in prima ratione ostensum est, sequitur idem quod prius (f.4v, lin. 8-14).

VIII

Hiis igitur rationibus, et aliis non curandis, conantur ostendere suam opinionem esse veram qui tenent aquam esse altiozem terra ista detecta sive habitabili, licet in contrarium est sensus et ratio. Ad sensum enim videmus per totam terram flumina descendere ad mare, tam meridionale quam septentrionale, tam orientale quam occidentale; quod non esset, si principia fluminum et tractus alveorum non essent altiora ipsa superficie maris. Ad rationem vero patebit inferius, et hoc multis rationibus demonstrabitur. In ostendendo, sive determinando de situ et forma duorum elementorum, ut superius tangebatur (f.4v, lin. 14-24).

³ ... il volger della Luna/ copre e ricopre i liti senza posa (*Paradiso*, XVI, vv.82-83)

IX

Hic erit ordo. Primo demonstrabitur impossibile aquam in aliqua parte suae circumferentiae altiore esse hac terra emergente sive detecta. Secundo demonstrabitur terram hanc emergentem esse ubique altiore totali superficie maris. Tertio instabitur contra demonstrata et solvetur instantia. Quarto ostendetur causa finalis et efficiens huius elevationis sive emergentiae terrae. Quinto solvetur ad argumenta superius praenotata (f.4v, lin.24-31).

X

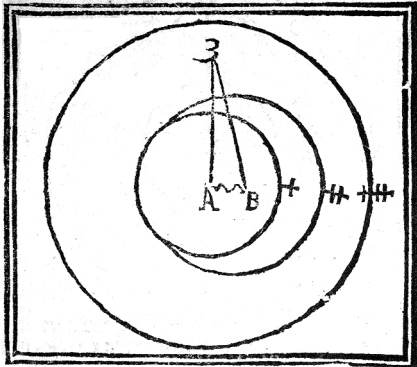
Dico ergo propter primum quod si aqua, in sua circumferentia considerata, esset in aliqua parte altior quam terra, hoc esset de necessitate altero istorum duorum modorum: vel quod aqua esset eccentrica, sicut prima et quinta ratio procedebat; vel quod, concentrica existens, esset gibbosa in aliqua parte, secundum quam terrae superemineret; aliter esse non posset, ut subtiliter inspicienti satis manifestum est. Sed neutrum istorum est possibile; ergo nec illud ex quo// (f.5r) alterum vel alterum sequebatur. Consequentia, ut dicitur, est manifesta per locum a sufficienti divisione causae; impossibilitas consequentis per ea quae ostendetur apparebit (f.4v, lin.31, f.5r, lin. 3).

XI

Ad evidentiam igitur dicendorum, duo supponenda sunt: primum est quod aqua naturaliter movetur deorsum; secundum est quod aqua est labile corpus naturaliter, et non terminabile termino proprio. Et si quis haec duo principia vel alterum ipsorum negaret, ad ipsum non esset determinatio, cum contra negantem principia alicuius scientiae non sit disputandum in illa scientia, ut patet ex primo *Physicorum*.

Sunt enim haec principia inventa sensu et inductione, quorum est talia invenire, ut patet ex primo *Ad Nicomacum* (f.5r, lin. 3-12).

XII

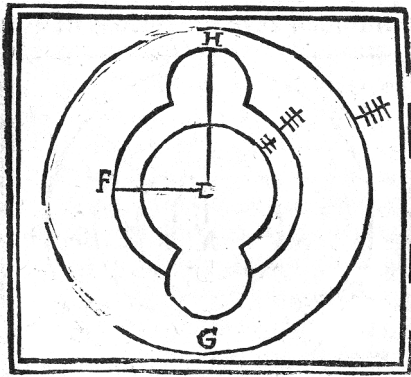


Ad destructionem igitur primi membri consequentis, dico quod aquam esse eccentricam est impossibile, quod sic demonstro: Si aqua esset eccentrica, tria impossibilia sequerentur; quorum primum est quod aqua esset naturaliter mobilis sursum et deorsum; secundum est quod aqua non moveretur deorsum per eandem lineam cum terra;

tercium est quod gravitas aequivoce predicaretur de ipsis, quae omnia non tantum falsa sed impossibilia esse videntur. Consequentia declaratur sic: Sit coelum circumferentia in qua tres cruces, aqua in qua duae, terra in qua una; et sit centrum coeli et terre punctus in quo A, centrum vero aquae eccentricae punctus in quo B, ut patet in figura signata. Dico ergo quod, si aqua erit in A et habeat transitum, quod naturaliter movebitur ad B, cum omne grave moveatur ad centrum propriae circumferentiae naturaliter; et cum moveri ab A ad B sit moveri sursum, cum A sit simpliciter deorsum ad omnia, aqua movebitur naturaliter sursum; quod erat primum impossibile, quod sequi dicebatur. Praeterea sit gleba terrae in Z, et ibidem sit quantitas aquae, et absit omne prohibens: cum igitur, ut dictum est, omne grave moveatur ad centrum // (f.5v) propriae circumferentiae, terra movebitur per lineam rectam ad A, et aqua per lineam rectam ad B; sed hoc oportebit esse per lineas diversas, ut patet in figura signata; quod non solum est impossibile, sed rideret Aristotiles si audiret. Et hoc erat secundum quod declarari debebatur. Tertium vero declaro sic: Grave et leve sunt passiones corporum simplicium, quae moven-

tur motu recto; et levia moventur sursum, gravia vero deorsum. Hoc enim intendo per grave et leve, quod sit mobile; sicut vult Philosophus in *De coelo et mundo*. Si igitur aqua moveretur ad B, terra vero ad A, cum ambo sint corpora gravia, movebuntur ad diversa deorsum; quorum una ratio esse non potest, cum unum sit deorsum simpliciter, aliud vero secundum quid. Et cum diversitas in ratione finium arguat diversitatem in hiis quae sunt propter illa, manifestum est quod diversa ratio fluitatis erit in aqua et in terra; et cum diversitas rationis cum identitate nominis aequivocationem faciat, ut patet per Philosophum in *Antepaedicamentis*, sequetur⁴ quod gravitas equivoce praedicetur de aqua et terra; quod erat tertium consequentiae membrum declarandum. Sic igitur patet per veram demonstrationem de genere illarum quae demonstrant⁵ non esse hoc, quod aqua non est eccentrica; quod erat primum consequentis principalis consequentiae, quod destrui debebatur.

XIII



Ad destructionem secundi membri consequentis principalis consequentiae, dico quod aquam esse gibbosa est etiam impossibile, quod sic demonstro. Sit coelum in quo quatuor aqua in quo tres, terra in quo duae; et centrum terre et aque concentricae et coeli sit D.; et praesciatur hoc quod aqua non potest esse concentrica terrae, nisi

terra sit in aliqua parte gibbosa supra centram circumferentiam, ut patet instructis in mathematicis, scilicet in aliqua parte emergit a

⁴ Aceptamos la *lectio* de Michele Rinaldi. *Cfr.* bibliografia.

⁵ Según la *lectio* de Padoan. *Cfr.* bibliografia.

circumferentia aquae. Et ideo gibbus aquae sit in quo H, gibbus // (f.6r) vero terrae in quo G; deinde protrahatur linea una a D ad H, et una alia a D ad F. Manifestum est quod linea quae est a D ad H est longior quam quae est a D ad F, et per hoc summitas eius est altior summitate alterius. Et cum utraque contingat in summitate sua superfitem aquae, neque transcendat, patet quod aqua gibbi erit sursum per respectum ad superfitem ubi est F. Cum igitur non sit ibi prohibens, si vera sunt quae prius supposita erant, aqua gibbi dilabatur donec coaequetur ad D cum circumferentia centrali sive regulari; et sic impossibile erit permanere gibbum vel esse; quod demonstrari debebat. Et praeter hanc potissimam demonstrationem potest etiam probabiliter ostendi quod aqua non habeat gibbum extra circumferentiam regularem; quia quod potest fieri per unum, melius est quod fiat per unum quam per plura: sed totum propositum⁶ potest fieri per solum gibbum terrae, ut infra patebit. Ergo non est gibbus in aqua; cum Deus et natura semper faciat et velit quod melius est, ut patet per Philosophum primo *De coelo et mundo*, et secundo *De generatione animalium*. Sic igitur patet de primo sufficienter, videlicet quod impossibile est aquam in aliqua parte suae circumferentiae esse altiorem, hoc est remotiorem ad centrum mundi, quam sit superficies huius terrae habitabilis; quod erat primum in ordine dicendorum (f.5v, lin. 25 f.6r, lin.23).

XIV

Si ergo impossibile est aquam esse <ec>centricam, ut per primam figuram demonstratum est, et esse cum aliquo gibbo, <ut> per secundam est demonstratum necesse est ipsam esse concentricam et coaequam, hoc est aequaliter in omni parte suae circumferentiae distante<m> a centro mundi, ut de se patet (f.6r, lin. 23–27).

⁶ Aceptamos la *lectio* de Padoan. *Cfr.* bibliografia.

XV

Nunc arguo sic: Quicquid supereminet alicui parti circumferentiae distantis aequaliter a centro, est remotius ab ipso centro quam aliqua pars ipsius circumferentiae: sed omnia littora, tam ipsius Amphitritis quam marium mediterraneorum, supereminet superfitei contingentis maris, ut patet ad oculum; ergo omnia littora sunt remotiora a centro mundi, cum centrum mundi sit centrum maris, ut visum est, et superfities littorales sint partes totalis superfitei maris. Et cum omne remotius a centro mundi sit altius, consequens est quod littora omnia sint supereminentia toto mari⁷; et si littora, multo magis aliae regiones terrae, cum littora sint inferiores //(f.6v) partes terrae; et id flumina ad illa descendencia manifestant. Maior vero huius demonstrationis demonstratur in theorematibus geometricis, et demonstratio est ostensiva, licet vim suam habeat, ut in hiis quae demonstratae sunt superius, per impossibile. Et sic patet de secundo. (f.6r, lin.27, f.6v, lin.5).

XVI

Sed contra ea, quae sunt determinata, sic arguitur: Gravissimum corpus aequaliter undique ac potissime petit centrum: terra est gravissimum corpus; ergo aequaliter undique ac potissime petit centrum. Et ex hac conclusione sequitur, ut declarabo, quod terra aequaliter in omni parte suae circumferentiae distet a centro, per hoc quod dicitur “aequaliter”; et quod sit substans omnibus corporibus, per hoc quod dicitur “potissime”; unde sequeretur, si qua esset concentrica, ut dicitur, quod terra undique esset circumfusa et latens, cuius contrarium videmus. Quod illa sequantur ex conclusione, sic declaro: Ponamus per contrarium sive oppositum consequentis illius quod est “in omni parte equaliter distare”, et dicamus quod non distet; et

⁷ *En el impreso: toti mari, que corregimos*

ponamus quod ex una parte superfities terrae distet per viginti stadia, ex alia per decem: et sic unum hemisphaerium eius erit maioris quantitatis quam alterum: nec refert utrum parum vel multum diversificentur in distantia, dummodo diversificentur. Cum ergo maioris quantitatis terrae sit maior virtus ponderis, hemisphaerium maius per virtutem sui ponderis praevalentem impellet hemisphaerium minus, donec adaequetur quantitas utriusque, per cuius adaequationem adaequetur pondus; et sic undique redibit ad distantiam quindecim stadiorum sicut et videmus in appensione ac adaequatione ponderum in bilancibus. Per quod patet, quod impossibile est, terram aequaliter centrum petentem diversimode sive inaequaliter in sua circumferentia distare ab eo. Ergo necessarium est oppositum huius⁸ inaequaliter distare, quod est aequaliter distare cum distet; et sic declarata est consequentia, quantum ex parte eius quod est. Quod etiam sequatur ipsam substare omnibus corporibus, quod sequi etiam ex conclusione dicebatur, sic declaro: Potissima virtus potissime attingit finem, nam per hoc potissima est, quod citissime ac facillime finem consequi potest. Potissima virtus gravitatis est in corpore potissime petente centrum, quod quidem est terra⁹; ergo ipsa potissime attingit finem gravitatis, qui est centrum mundi; ergo substatit omnibus // (f.7v) corporibus, si potissime petit centrum; quod erat secundo declarandum. Sic igitur apparet esse impossibile quod aqua sit concentrica terrae; quod est contra determinata (f.6v, lin. 5; f.7r, lin.3).

XVII

Sed ista ratio non videtur demonstrare, quia propositio maior principalis syllogismi¹⁰ non videtur habere necessitatem. Dicebatur enim gravissimum corpus aequaliter undique ac potissime petit centrum; quod

⁸ Aceptamos la *lectio* de Mazzoni. *Cfr.* bibliografía.

⁹ ... Tu passasti il punto, / al quale si traggon d'ogni parte i pesi (*Inferno* XXXIV, vv. 111-112).

¹⁰ Según la propuesta de Pistelli. *Cfr.* bibliografía.

non videtur esse necessarium, quia, licet terra sit gravissimum corpus comparatum ad alia corpora, comparatum tamen in se, secundum¹¹ suas partes, potest esse gravissimum et non gravissimum, quia potest esse gravior terra ex una parte quam ex altera. Nam cum adaequatio corporis gravis non fiat per quantitatem, in quantum quantitas, sed per pondus, poterit ibi esse adaequatio ponderis, quod non sit ibi adaequatio quantitatis, et sic illa demonstratio est apparens et non existens (f.7r, lin. 3-14).

XVIII

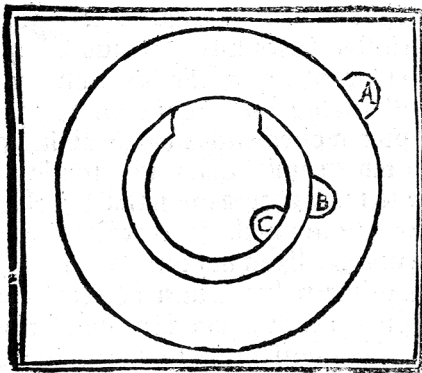
Sed talis instantia nulla est; procedit enim ex ignorantia naturae homogeneorum et simplicium. Corpora enim homogenea et simplicia sunt homogenea ut aurum depuratum, et corpora simplicia ut ignis et terra, regulariter in suis partibus qualificantur omni naturali passione. Unde, cum terra sit corpus simplex, regulariter in suis partibus qualificatur naturaliter et per se loquendo; quare cum gravitas insit naturaliter terrae, et terra sit corpus simplex, necesse est ipsam in omnibus partibus suis regularem habere gravitatem, secundum¹² proportionem quantitatis; et sic cedit adhuc ratio instantiae principalis. Unde respondendum est quod ratio instantiae sophistica est, quia fallit secundum quid et simpliciter. Propter quod sciendum est quod Natura universali<s>¹³ non frustratur suo fine; unde, licet natura particularis aliquando propter inobedientiam materiae ab intento fine frustretur, Natura tamen universalis nullo modo potest a sua intentione deficere, cum Naturae universalis aequaliter actus et potentia rerum, quae possunt esse et non esse, subiaceat. Sed intentio Naturae universalis est ut omnes formae, quae sunt in potentia materiae primae reducantur in actum, et secundum rationem spetiei sint in actu, ut materia prima secundum suam totalitatem sit sub omni forma materiali, licet secundum partem sit sub omni privatione op-

¹¹ Según la corrección de Pistelli. *Cfr.* bibliografía.

¹² Según Pistelli. *Cfr.* bibliografía.

¹³ Según Pistelli. *Cfr.* bibliografía.

posita, praeter unam. Nam cum omnes formae, quae sunt in potentia materiae, idealiter sint in actu in motore coeli, ut dicit Comentator in *De sub* (f.7v) *stantia orbis*, si omnes istae formae non essent semper in actu, motor coeli deficeret ab integritate diffusionis suae bonitatis, quod non est dicendum. Et cum omnes formae materiales generabilium et corruptibilium, praeter formas elementorum, requirant materiam et subiectum mixtum et complexionatum, ad quod tamquam ad finem ordinata sunt elementa in quantum elementa, et mixtio esse non possit ubi miscibilia simul esse possunt, ut de se patet; necesse est esse partem in universo ubi omnia miscibilia, scilicet elementa, convenire possint; haec autem esse non posset, nisi terra in aliqua parte emergeretur, ut patet intuitu. Unde cum intentioni Naturae universalis omnis natura obediat, necesse fuit etiam <praeter> simplicem naturam terrae, quae est esse deorsum, inesse aliam naturam per quam obediret intentioni universalis Naturae; ut scilicet pateretur elevari in parte a virtute coeli, tanquam obediens a praecipiente, sicut videmus de concupiscibili et irascibili in homine; quae licet secundum proprium impetum ferantur secundum sensitivam affectionem, secundum tamen quod rationi obedibiles sunt, quandoque a proprio impetu retrahuntur, ut patet ex primo *Ethicorum* (f.7r, lin.14; f.7.v, lin.20)



XIX

Et ideo licet terra, secundum simplicem eius naturam, aequaliter petat centrum, ut in ratione instantiae dicebatur, secundum tamen naturam quandam patitur elevari in parte, Naturae universali obediens, ut mixtio sit possibilis. Et secundum hec salvatur concentricitas terrae et aquae et nihil sequitur impossibile apud recte philosophantes, ut patet in ista figura, ut

sit coelum circulus in quo A, aqua circulus in quo B, terra circulus in quo C. Nec refert, quantum ad propositum utrum aqua parum vel multum a terra distare videatur. Et sciendum quod ista est vera, quia est qualis est forma et situs duorum elementorum; aliae duae superiores falsae et positae sunt, non quia // (f.8r) sic sit, sed ut sentiat disens, ut ille dicit in primo *Priorum*. Et quod terra emergat per gibbum et non per centralem circumferentiam, indubitabiliter patet, considerata figura terrae emergentis. Nam figura terrae emergentis est figura semilunii, qualis nullo modo esse posset si emergeret¹⁴ secundum circumferentiam regularem sive centralem. Nam, ut demonstratum est in *Theorematis Mathematicis*, necesse est circumferentiam regularem sphaerae a superficie plana sive sphaerica, qualem oportet esse superficiem aquae emergere semper cum horizonte circulari. Et quod terra emergens habeat figuram qualis est semilunii patet et per naturales de ipsa tractantes, et per astrologos climata describentes, et per cosmographos regiones terrae omnes plagas ponentes. Nam, ut comuniter ab omnibus habetur, haec habitabilis extenditur per lineam longitudinis a Gadibus, quae supra terminos occidentales ab Hercule <positos> ponitur, usque ad ostia fluminis Ganges, ut scribit Orosius. Quae quidem longitudo tanta est, ut occidente sole in equinoctiali existente, illis qui sunt in altero terminorum, oritur illis qui sunt in altero, sicut per eclipsim lunae compertum est ab astrologis. Igitur oportet terminos praedictae longitudinis distare per clxxx gradus, quae est dimidia distantia totius circumferentiae. Per lineam vero latitudinis, ut communiter habemus ab eisdem, extenditur ab illis quorum cenith est circulus aequinoctialis usque ad illos, quorum cenith est circulus descriptus a polo zodiaci circa polum mundi, qui quidem distat a polo mundi circiter xxiii gradus; et sic extensio latitudinis est quasi lxxvii graduum et non ultra, ut patet intuiti. Et sic patet quod terram emergentem oportet habere figuram semilunii vel quasi, quia illa figura resultat ex tanta latitudine et longitudine, ut patet. Si vero haberet horizontem circularem, haberet figuram circularem cum con-

¹⁴ *En el impreso: emergeretur, que corregimos por emergeret.*

vexo; et sic longitudo et latitudo non differrent in distantia terminorum, sicut manifestum esse potest etiam mulieribus. Et sic patet de tertio proposito in ordine dicendorum (f.7 ν , lin.20; f.8 r , lin. 34).

XX

Restat nunc videre de causa finali et effitiente huius elevationis terrae, quae demonstrata est sufficienter; et hic est ordo artificialis, nam quaestio “an est” debet praecedere quaestionem “propter quid est”. Et de causa finali sufficiant quae dicta sunt in praemediata distinctione. Propter causam vero effitientem investigandam // (f.8 ν), praenotandum est quod tractatus praesens <non> est extra materiam naturalem, quia inter ens mobile, scilicet aquam et terram, quae sunt corpora naturalia; et propter hec quaerenda est certitudo secundum materiam naturalem, quae est hic materia subiecta; nam circa unum quodque genus in tantum certitudo quaerenda est, in quantum natura rei recipit, ut patet ex primo *Ethicorum*. Cum igitur innata sit nobis via investigandae veritatis circa naturalia ex notioribus nobis, naturae vero minus notis, incertiora naturae et notiora, ut patet ex primo *Phisicorum*, et notiores sint nobis in talibus effectus quam causae, – quia per inde ducimur¹⁵ in cognitionem causarum, ut patet, quia eclipsis solis duxit in cognitionem interpositionis lunae, unde propter admirari coepere phylosophari–, viam inquisitionis in naturalibus oportet esse ab effectibus ad causas. Quae quidem via, licet habeat certitudinem sufficientem, non tamen habet tantam, quantam habet via inquisitionis in mathematicis, quae est a causis, sive a superioribus, ad effectus, sive ad inferiora; et ideo quaerenda est illa certitudo quae sic demonstrando haberi potest¹⁶. Dico igitur quod causa huius elevationis efficiens non potest esse terra ipsa; quia cum elevari

¹⁵ Según la solución de Michelle Rinaldi.

¹⁶ Di questa istanzia può deliberarti/ esperienza, se giammai la provi/ ch esser suol fonte ai rivi di nostre arti (*Paradiso* II vv. 94–96) Di bella verità mi avea scoperto,/ provando e riprovando, il dolce aspetto (*Paradiso* III, vv. 2–3)

sit quoddam ferri sursum, et ferri sursum sit contra naturam terrae, et nihil per se, loquendo, possit esse causa eius quod est contra suam naturam; relinquatur quod terra huius elevationis efficiens causa esse non possit. Et similiter etiam neque aqua esse potest; quia cum aqua sit corpus homogeneum, in qualibet sui parte, per se loquendo, uniformiter oportet esse virtuatam; et sic non esset ratio quia magis elevasset hic quam alibi.

Haec eadem ratio removet ab hac causalitate aerem et ignem; et cum non restat ulterius nisi coelum, reducendus est hic effectus in ipsum, tamquam in causam propriam. Sed cum sint plures coeli, adhuc restat inquirere in quod, tanquam in propriam causam, habeat reduci. Non in coelum lunae, quia cum organum suae virtutis sive influentiae sit ipsa luna, et ipsa tantum declinet per zodiacum ab aequinoctiali versus polum antarcticum quantum versus arcticum, ita elevasset ultra aequinoctialem sicut citra quod non est factum. Nec valet dicere quod illa declinatio non potuit esse propter magis appropinquare terrae per eccentricitatem; quia si haec virtus elevandi fuisset (f.9r) in luna, cum agentia propinquiora virtuosius operentur, magis elevasset ibi quam hic (f.8r, lin. 34; f.9r, lin. 2).

XXI

Haec eadem ratio removet ab huiusmodi causalitate omnes orbis planetarum. Et cum primum mobile, scilicet sphaera nona, sit uniforme per totum et per consequens uniformiter per totum virtuatam, non est ratio quia magis ab ista parte quam ab alia elevasset. Cum igitur non sint plura corpora mobilia, praeter coelum stellatum, quod est octava sphaera, necesse est hunc effectum non ipsum reduci. Ad cuius evidentiam sciendum quod licet coelum stellatum habeat unitatem in substantia, habet tamen multipliciter in virtute; propter quod oportuit habere diversitatem illam in partibus quam videmus, ut per organa diversa virtutes diversas influeret; et qui haec non advertit, extra limitem philosophiae se esse cognoscat. Videmus in eo

differentiam in magnitudine stellarum et in luce, in figuris et imaginibus constellationum, quae quidem differentiae frustra esse non possunt, ut manifestissimum esse debet omnibus in philosophia nutritis. Unde alia est virtus huius stellae et illius et alia huius constellationis et illius et alia virtus stellarum quae sunt citra aequinoctialem, et alia earum quae sunt ultra. Unde cum vultus inferiores sint similes vultibus superioribus ut Ptolomaeus dicit, consequens est quod, cum iste effectus non possit reduci nisi in coelum stellatum, ut visum est, quod similitudo virtualis agentis consistat in illa regione coeli quae operit hanc terram detectam. Et cum ista terra detecta extendatur a linea aequinoctiali usque ad lineam quam describit polus zodiaci circa polum mundi, ut superius dictum est, manifestum est quod virtus elevans est illis stellis quae sunt in regione coeli istis duobus circulis contenta, sive elevet per modum attractionis, ut magnes attrahit ferrum, sive per modum pulsionis, generando vapores pellentes, ut in particularibus montuositatibus. Sed nunc quaeritur: Cum illa regio coeli circulariter feratur, quare illa elevatio non fuit circularis? Et respondeo quod ideo non fuit circularis, quia materia non sufficiebat ad tantam elevationem. Sed tunc arguetur magis, et quaeretur: Quare potius elevatio hemispherialis fuit ab ista parte quam ab alia?¹⁷ Et ad hoc est dicendum, sicut dicit Philosophus in secundo *De coelo*, cum quaerit quare coelum movetur ab oriente in occidentem // (f.9v) et non est converso. Ibi enim dicit quod consimiles quaestiones vel a multa stultitia vel a multa presumptione procedunt, propterea quod sunt supra intellectum nostrum. Ei ideo dicendum ad hanc questionem, quod ille dispensator Deus gloriosus, qui dispensavit de situ populorum, de situ centri mundi, de distantia ultimae circumferentiae universi a centro eius, et de aliis consimilibus. Haec fecit tamquam melius, sicut et illa. Unde cum dixit: “Congregentur aquae in locum

¹⁷ Da questa parte cadde giù dal Cielo
 E la terra, che pria di qua si sporse,
 per paura di lui fe' del mar velo,
 e venne all'emisferio nostro... (*Inferno*, XXXIV, vv. 120-124)

unum, et appareat arida”, simul et virtuatum est coelum ad agendum, et terra potentiata ad patiendum (f.9r, lin. 2, f.9v. lin.10).

XXII

Desinant ergo, desinant homines quaerere quae supra eos sunt, et quaerant usque quo possunt, ut trahant se ad immortalia et divina pro posse, ac maiora se relinquunt! Audiant amicum Iob dicentem: “Nunquid vestigia Dei comprehendes, et Omnipotentem usque ad perfectionem reperies?”. Audiant Psalmistam dicentem: “Mirabilis facta est scientia tua ex me: confortata est, et non potero ad eam”. Audiant Ysaïam dicentem: “Quam distant coeli a terra, tantum distant viae meae a viis vestris”. Loquebatur equidem in persona Dei ad hominem. Audiant vocem Apostoli ad Romanos: “O altitudo divitiarum scientiae et sapientiae Dei, quam incomprehensibilia iudicia eius et investigabiles viae eius!”. Et denique audiant propriam Creatoris vocem dicentis: “Quo ego vado, vos non potestis venire”. Et haec sufficiant ad inquisitione intentae veritatis (f.9v, lin.10-23).

XXIII

Hiis visis, facile est solvere ad argumenta quae superius contra fiebant; quod quidem quinto proponebatur fatiendum. Cum igitur dicebatur: “Duarum circumferentiarum inaequaliter a se distantium impossibile est idem esse centrum”; dico quod verum est, si circumferentiae sunt regulares sine gibbo vel gibbis; et cum dicitur in minori quod circumferentia aquae et circumferentia terrae sunt, huiusmodi dico quod non est verum, nisi per gibbum qui est in terra; et ideo ratio non procedit. Ad secundum, cum dicebatur: “Nobiliori corpori debetur nobilior locus”, dico quod verum est secundum propriam naturam, et concedo minorem; sed cum concluditur quod ideo aqua debet esse in altiori loco, dico quod verum est secundum propriam

naturam utriusque corporis, sed per supereminentem causam, ut superius dictum est, accidit in hac parte terram esse superiorem; et sic ratio defitiebatur in prima propositione. Ad tertium, cum dicitur // (f.10r) : “Omnis oppinio quae contradicit sensui est mala oppinio”, dico quod ista ratio procedit ex falsa imaginatione. Imaginantur enim nautae quod ideo non videant terram in pelago existentes de navi, quia mare sit altius quam ipsa terra; sed hoc non est; immo esset contrarium, magis enim viderent. Sed est hoc, quia frangitur radius rectus rei visibilis inter rem et oculum a convexo aquae; nam cum aquam formam rotundam habere oporteat ubique circa centrum, necesse est in aliqua distantia ipsam efficere obstantiam alicuius convexi. Ad quartum, cum arguebatur: “Si terra non esset inferior” etc., dico quod illa ratio fundatur in falso, et ideo nihil est. Credunt enim vulgares et physicorum documentorum ignari quod aqua ascendat ad cacumina montium et etiam ad locum fontium in forma aquae; sed istud est valde puerile, nam aquae generantur ibi, ut per Philosophum patet in *Methauris* suis, ascendente materia in forma vaporis. Ad quintum, cum dicitur quod aqua est corpus imitabile orbis lunae, et per hoc concluditur quod debeat esse excentrica, cum orbis lunae sit excentricus, dico quod ista ratio non habet necessitatem; quia licet unum adimitetur aliud in uno, non propter hoc est necesse quod imitetur in omnibus. Videmus ignem imitari circulationem coeli, et tamen non imitatur ipsum in non moveri recte, nec in non habere contrarium suae qualitati; et ideo ratio non procedit. Et sic ad argumenta.

Sic igitur determinatur determinatio et tractatus de forma et situ duorum elementorum, ut superius propositum fuit. // (f.9v, lin. 23; f.10r, lin.25).

XXIV

Determinata est haec philosophia dominante invicto domino, domino Cane Grandi de Scala pro Imperio sacrosancto Romano, per me Dantem Alagherium, phylosophorum minimum, in inclita urbe

Verona, in sacello Helenae gloriosae, coram universo clero Veronensi, praeter quosdam qui nimia caritate ardentis aliorum rogamina non admittunt, et per humilitatis virtutem Spiritus Sancti pauperes, ne aliorum excellentiam probare videantur, sermonibus eorum interesse refugiunt. Et hoc factum est in anno a nativitate Domini nostri Iesu Christi millesimo trecentesimo vigesimo, in die solis, quem praefatus noster Salvator per gloriosam suam nativitatem ac per admirabilem suam resurrectionem nobis innuit venerandum; qui quidem dies fuit septimus a Ianuariis Idibus, et decimus tertius ante Kalendas Februarias (f.10r, lin.25-38).

DE ORIGINE, VITA, STUDIIS ET MORIBUS VIRI
CLARISSIMI DANTUS ALIGERII FLORENTINI,
POETE ILLUSTRIS, ET DE OPERIBUS
COMPOSITIS AB EODEM, INCIPIT FELICITER.

SOLONE, IL CUI PETTO UNO UMANO TEMPIO DI DIVINA SAPIENTIA FU reputato, e le cui sacratissime leggi sono ancora alli presenti uomini chiara testimonianza della antica giustizia, era, secondo che dicono alcuni, spesse volte usato di dire ogni republica, sì come noi, andare e stare sopra due piedi; de' quali, con matura gravità, affermava essere il destro il non lasciare alcuno difecto commesso impunito, e il sinistro ogni ben facto remunerare; aggiugnendo che, qualunque delle due cose già dette per vitio o per negligetia si sottraeva, o meno che bene si servava, senza niuno dubbio quella republica, che 'l faceva convenire andare sciancata: et se per sciagura si peccasse in amendue, quasi certissimo avea, quella non potere stare in alcun modo.

Mossi adunque più così egregii come antichi popoli da questa laudevole sententia e apertissimamente vera, alcuna volta di deità, altra di marmorea statua, et sovente di celebre sepultura, et tal fiata di triumphale arco, et quando di laurea corona secondo i meriti precedenti honoravano i valorosi: le pene, per opposto, a' colpevoli date non curo di raccontare. Per li quali honori e purgationi la assiria, la macedonia, la greca et ultimamente la romana republica aumentate, con l'opere le fini della terra, e con la famatoccharon le stelle.

Le vestigie de' quali in così alti exempli, non solamente da' successori presenti, et maximamente da' miei Fiorentini, sono male seguite, ma intanto s'è disviato da esse, che ogni premio di virtù possiede l'ambitione; perché, sicome et io et ciascuno altro che a 'cciò con occhio ragionevole vuole guardare, non senza grandissima afflictione d'animo, possiamo vedere li malvagi e perversi uomini a' luoghi excelsi e a' sommi officii e guiderdoni elevare, et li buoni scacciare, deprimere e abbassare. Alle quali cose qual fine serbi il giudizio di Dio, coloro il veggiano che il timone ghovernano di questa nave: percioché noi, più bassa turba, siamo trasportati dal fiotto della fortuna, ma non della colpa partecipi. Et come che con infiniti ingrattitudini et dissolute perdonanze apparenti si potessero le predette cose verificare, per meno scoprire li nostri difetti e per pervenire al mio principale intento, una sola mi fia assai avere (né questa fia poco o picciola), ricordando l'esilio del chiarissimo uomo Dante Alighieri. Il quale, antico cittadino né d'oscuri parenti nato, quanto per virtù e per scienza e per buone operazioni meritasse, assai il mostrano e mostreranno le cose che da lui fatte appaiono: le quali, se in una repubblica giusta fossero state operate, niuno dubbio ci è che esse non gli avessero altissimi meriti apparecchiati.

Oh scellerato pensiero, oh disonesta opera, oh miserabile esempio e di futura ruina manifesto argomento! In luogo di quegli, ingiusta e furiosa dannazione, perpetuo sbandimento, alienazione de' beni paterni, e, se fare si fosse potuto, maculazione della gloriosissima fama, con false colpe gli fur donate. Delle quali cose le recenti orme della sua fuga, e l'ossa nelle altrui terre sepulte e la sparta prole per l'altrui case, alquante ancora ne fanno chiare. Se a tutte l'altre iniquità fiorentine fosse possibile il nascondersi agli occhi di Dio, che veggono tutto, non dovrebbe questa una bastare a provocare sopra sé la sua ira? Certo sì. Chi in contrario sia esaltato, giudico che sia onesto il tacere. Sì che, bene ragguardando, non solamente è il presente mondo del sentiero uscito del primo, del quale di sopra toccai, ma ha del tutto nel contrario vòlto i piedi. Perché assai manifesto appare che, se noi e gli altri che in simile modo vivono, contro la sopra toccata sentenza

di Solone, senza cadere stiamo in piede, niuna altra cosa essere di ciò cagione, se non che o per lunga usanza la natura delle cose è mutata, come sovente veggiamo avvenire, o è speciale miracolo, nel quale, per li meriti d'alcuno nostro passato, Dio, contra ogni umano avvedimento ne sostiene, o è la sua pazienza, la quale forse il nostro riconoscimento attende; il quale se a lungo andare non seguirà, niuno dubiti che la sua ira, la quale con lento passo procede alla vendetta, non ci serbi tanto più grave tormento, che appieno supplisca la sua tardità.

Ma, perciò che, come che per impunire ci paiono le mal fatte cose, quelle non solamente dobbiamo fuggire, ma ancora, bene operando, d'ammendarle ignegnarci; conoscendo io me essere di quella medesima città, avvegna che picciola parte, della quale, considerati li meriti, la nobiltà e la virtù, Dante Alighieri fu grandissima, e per questo, sì come ciascuno altro cittadino, a' suoi onori sia in solido obbligato come che io a tanta cosa non sia sufficiente, nondimeno secundo la mia picciola facultà, quello che essa dovea verso lui magnificamente fare, non avendolo fatto, m'ingenerò di far io; non con istatua o con egregia sepultura, delle quali è oggi appo noi spenta l'usanza, né basterebbono a ciò le mie forze, ma con lettere povere a tanta impresa. Di queste ho, e di queste darò, acciò che igualmente, e in tutto e in parte, non si possa dire, fra le nazioni strane, verso cotanto poeta la sua patria essere stata ingrata. E scriverò in istilo assai umile e leggiere, però che più alto non mi presta lo 'ngegno, e nel nostro fiorentino idioma, acciò che da quello, che egli usò nella maggior parte delle sue opere, non discordi, quelle cose le quali esso di sé onestamente tacette: cioè la nobiltà della sua origine, la vita, gli studii, i costumi; raccogliendo appresso in uno l'opere da lui fatte, nelle quali esso sé sì chiaro ha renduto a' futuri, che forse non meno tenebre che splendore gli daranno le lettere mie, come che ciò non sia di mio intendimento né di volere; contento sempre, e in questo e in ciascuna altra cosa, da ciascuno più savio, là dove io difettuosamente parlassi, essere corretto. Il che acciò che non avvenga, umilmente priego Colui che lui trasse per sì alta scala, a vedersi, come sappiamo, che al presente aiuti e guidi lo 'ngegno mio e la debole mano.

Fiorenza, intra l'altre città italiane più nobile, secundo che l'antiche istorie e la comune oppinione de' presenti pare che vogliano, ebbe inizio da' Romani; la quale in processo di tempo aumentata, e di popolo e di chiari uomini piena, non solamente città, ma potente cominciò a ciascun circunstante ad apparere. Ma qual si fosse, o contraria fortuna o avverso cielo o li loro meriti, agli alti inizi di mutamento cagione, ci è incerto; ma certissimo abbiamo, essa non dopo molti secoli da Attila, crudelissimo re de' Vandali e generale guastatore quasi di tutta Italia uccisi prima e dispersi o tutti o la maggior parte di queglii cittadini, che [in] quella erano o per nobiltà di sangue o per qualunque altro stato di fama, in cenere la ridusse e in ruine: e in cotale maniera oltre al trecentesimo anno si crede che dimorasse. Dopo il quale termine, essendo non senza cagione di Grecia il romano imperatore in Gallia traslatato, e alla imperiale altezza elevato Carlo Magno, allora clementissimo re de' Franceschi, più fatiche passate, credo da divino spirito mosso, alla reedificazione della desolata città lo 'mperiale animo dirizzò; da queglii medesimi che prima conditori n'erano stati, come che in picciol cerchio di mura la riducesse, in quanto poté, simile a Roma la fé reedificare e abitare; raccogliendovi nondimeno dentro quelle poche reliquie che si trovarono, de' discendenti degli antichi scacciati.

Ma intra gli altri novelli abitatori, forse ordinatore della reedificazione, partitore delle abitazioni e delle strade, e datore al nuovo popolo delle leggi opportune, secundo che testimonia la fama, vi venne da Roma uno nobilissimo giovane per ischiatta de' Frangiapani, e nominato da tutti Eliseo; il quale per avventura, poi ch'ebbe la principale cosa, per la quale venuto v'era, fornida, o dall'amore della città nuovamente da lui ordinata, o dal piacere del sito, al quale forse vide nel futuro dovere essere il cielo favorevole, o da altra cagione che si fosse, tratto in quella divenne perpetuo cittadino, e dietro a sé di figliuoli e di discendenti lasciò non picciola né poco laudevole schiatta: li quali, l'antico soprano de' lor maggiori abbandonato, per soprano presero il nome di colui che quivi loro aveva dato cominciamento, e tutti insieme si chiamar gli Elisei. De' qua-

li di tempo in tempo, e in altro discendendo, tra gli altri nacque e visse uno cavaliere per arme e per senno ragguardevole e valoroso, il cui nome fu Cacciaguida; al quale nella sua giovinezza fu data da' suoi maggior per isposa una donzella nata dagli Aldighieri di Ferrara, così per bellezza e per costumi, come per nobiltà di sangue pregiata, con la quale più anni visse, e di lei generò più figliuoli. E come che gli altri nominati si fossero, in uno, sì come le donne sogliono essere vaghe di fare, le piacque di rinovare il nome de' suoi passati, e nominollo Aldighieri; come che il vocabolo poi, per sottrazione di questa lettera "d" corrotto, rimanesse Alighieri. Il valore di costui fu cagione, a quegli che discessero di lui, di lasciare il titolo degli Elisei e di cognominarsi degli Alighieri; il che ancora dura infino a questo giorno. Del quale, come che alquanti figliuoli e nepote e de' nepoti figliuoli discendessero, regnante Federico secundo imperatore, uno ne nacque, il cui nome fu Alighieri, il quale più per la futura prole, che per sé, doveva essere chiaro; la cui donna gravida, non guari lontana al tempo del partorire, per sogno vide quale doveva essere il frutto del ventre suo; come che ciò non fosse allora da lei conosciuto né da altrui, e oggi, per lo effetto seguito, sia manifestissimo a tutti.

Pareva alla gentile donna nel suo sonno essere sotto uno altissimo alloro, sopra uno verde prato, allato ad una chiarissima fonte, e quivi si sentia partorire uno figliuolo, il quale in brevissimo tempo, nutricandosi solo delle orbache, le quali dello alloro cadevano, e delle onde della chiara fonte, le pareva che divenisse un pastore, e s'ignegnasse a suo potere d'aver delle fronde dell'albero, il cui frutto l'avea nudrito; e, a ciò sforzandosi, le pareva vederlo cadere, e nel rilevarsi non uomo più, ma uno paone il vedea divenuto. Della qual cosa tanta ammirazione le giunse, che ruppe il sonno; né guari di tempo passò che il termine debito al suo parto venne, e partorì uno figliuolo, il quale di comune consentimento col padre di lui per nome chiamaron Dante: e meritamente, perciò che ottimamente, sì come si vedrà procedendo, seguì al nome l'effetto.

Questi fu quel Dante, del quale è il presente sermone; questi fu quel Dante che a' nostri secoli fu conceduto di speciale grazia da

Dio; questi fu quel Dante, il qual primo doveva al ritorno delle muse, sbandite d'Italia, aprir la via. Per costui la chiarezza del fiorentino idioma è dimostrata; per costui ogni bellezza di volgar parlare sotto debiti numeri è regolata; per costui la morta poesì meritamente si può dir suscitata: le quali cose, debitamente guardate, lui niuno altro nome che Dante potere degnamente avere avuto dimostreranno.

Nacque questo singulare italico nella nostra città, vacante il romano imperio per la morte di Federigo già detto, negli anni della salutífera incarnazione del Re dell'universo MCCLXV, sedente Urbano papa IV nella cattedra di san Piero, ricevuto nella paterna casa da assai lieta fortuna: lieta, dico, secundo la qualità del mondo che allora correa. Ma, quale che ella fosse, lasciando stare il ragionare della sua infanzia, nella quale assai segni apparirono della futura gloria del suo ingegno, dico che dal principio della sua puerizia, avendo già li primi elementi delle lettere impresi, non secundo il costume de' nobili odierni si diede alle fanciullesche lascivie e agli ozii, nel grembo della madre impigrendo, ma nella propria patria tutta la sua puerizia con istudio continuo diede alle liberali arti, e in quelle mirabilmente divenne esperto. E crescendo insieme con gli anni l'animo e lo 'ngegno, non a' lucrativi studii, allí quali generalment oggi corre ciascuno, si dispose, ma da una laudevole vaghezza di perpetua fama [tratto], sprezzando le transitorie ricchezze, liberamente si diede a volere avere piena notizia delle fisioni poetiche e dello artificioso dimostramento di quelle. Nel quale essercizio familiarissimo divenne di Virgilio, d'Orazio, di Stazio e di ciascuno altro poeta famoso; non solamente avendo caro il conoscergli, ma ancora, altamente cantando, s'ingegnò d'imitarli, come le sue opere mostrano, delle quali appresso a suo tempo favelleremo.

E, avvedendosi le poetiche opere non essere vane o semplici favolí o meraviglie, come molti stolti estimano, ma sotto sé dolcissimi frutti di verità istoriografiche o filosofiche avere nascosti; per la quale cosa pienamente, senza le istorie e la morale e naturale filosofia, le poetiche intenzioni avere non si potevano intere; partendo i tempi debitamente, le istorie da sé, e la filosofia sotto diversi dottori

s'argomentò, non senza lungo studio e affanno, d'intendere. E, preso dalla dolcezza del conoscere il vero delle cose racchiuse dal cielo, niuna altra più cara che questa trovandone in questa vita, lasciando del tutto ogni altra temporale sollecitudine, tutto a questa sola si diede. E, acciò che niuna parte di filosofia non veduta da lui rimanesse, nelle profondità altissime della teologia con acuto ingegno si mise. Né fu dalla intenzione l'effetto lontano, perciò che, non curando né caldi ne freddi, [né] vigilie né digiuni, né alcuno altro corporale disagio, con assiduo studio pervenne a conoscere della divina essenza e dell'altre separate intelligenzie quello che per umano ingegno qui se ne può comprendere. E così come in varie etadi varie scienze furono da lui conosciute studiando, così in varii studi sotto varii dottori le comprese.

Egli li primi inizi, sì come di sopra è dichiarato, prese nella propria patria, e di quella, sì come a luogo più fertile di tal cibo, n'andò a Bologna; e già vicino allà sua vecchiezza n'andò a Parigi, dove, con tanta gloria di sé, disputando, più volte mostro l'altezza del suo ingegno, che ancora, narrandosi, se ne maravigliano gli auditori. E di tanti e di sì fatti studii non ingiustamente meritò altissimi titoli: perciò che alcuni il chiamarono sempre "poeta", altri "filosofo", e molti "teologo", mentre visse. Ma, perciò che tanto è la vittoria più gloriosa al vincitore, quanto le forze del vinto sono state maggiori, giudico essere convenevole dimostrare, di come fluttuoso e tempestoso mare costui, gittato ora in qua ora in là, vincendo l'onde parimente e' venti contrarii, pervenisse al salutevole porto de' chiarissimi titoli già narrati.

Gli studii generalmente sogliono solitudine e rimozione di sollecitudine e tranquillità d'animo desiderare, e massimamente gli speculativi, a' quali il nostro Dante, sì come mostrato è, si diede tutto. In luogo della quale rimozione e quiete, quasi dallo inizio della sua vita infino all'ultimo della morte, Dante ebbe fierissima e importabile passione d'amore, moglie, cura familiare e pubblica, esilio e povertà; l'altre lasciando più particolari [noie], le quali di necessità queste si traggono dietro: le quali, acciò che più appaia della loro gravezza, partitamente convenevole giudico di spiegarle.

Nel tempo nel quale la dolcezza del cielo riveste de' suoi ornamenti la terra, e tutta per la varietà de' fiori mescolati fra le verdi frondi la fa ridente, era usanza della nostra città, e degli uomini e delle donne, nelle loro contrade ciascuno in distinte compagnie festeggiare; per la qual cosa infra gli altri, per avventura, Folco Portinari, uomo assai orrevole in que' tempi tra' cittadini, il primo dì di maggio aveva i circostanti vicini raccolti nella propria casa a festeggiare, infra li quali era il già nominato Alighieri. Al quale, sì come i fanciulli piccoli, e specialmente a' luoghi festevoli, sogliono li padri seguire, Dante, il cui nono anno non era ancora finito, seguito avea; e quivi mescolato tra gli altri della sua età, de' quali così maschi come femine erano molti nella casa del festeggiante, servite le prime mense, di ciò che la sua picciola età poteva operare, puerilmente si diede con gli altri a trastullare.

Era intra la turba de' giovinetti una figliuola del sopradetto Folco, il cui nome era Bice, come che egli sempre dal suo primitivo, cioè Beatrice, la nominasse, la cui età era forse d'otto anni, leggiadretta assai secondo la sua fanciullezza, e ne' suoi atti gentilezza e piacevole molto, con costumi e con parole assai più gravi e modeste che il suo picciolo tempo non richiedea; e, oltre a questo, aveva le fattezze del viso delicate molto e ottimamente disposte, e piene, oltre allà bellezza, di tanta onesta vaghezza, che quasi una angioletta era reputata da molti. Costei adunque, tale quale io la disegno, o forse assai più bella, apparve in questa festa, non credo primamente, ma prima possente ad innamorare, agli occhi del nostro Dante: il quale, ancora che fanciulla fosse, con tanta affezione la bella imagine di lei ricevette nel cuore, che da quel giorno innanzi, mai, mentre visse, non se ne dipartì. Quale, ora, questa si fosse, niuno il sa; ma, o conformità di complessioni o di costumi o speciale influenza del cielo che in ciò operasse, o, sì come poi per esperienza veggiamo nelle feste, per la dolcezza de' suoni, per la generale allegrezza, per la delicatezza de' cibi e de' vini, gli animi eziandio degli uomini maturi, non che de' giovinetti, ampliarsi e divenire atti a potere essere leggermente presi da qualunque cosa che piace; è certo questo esserne divenuto, cioè

Dante nella sua pargoletta età fatto d'amore ferventissimo servidore. Ma, lasciando stare il ragionare de' puerili accidenti, dico che con l'età moltiplicarono l'amorose fiamme, intanto che niuna altra cosa gli era piacere o riposo o conforto, se non il veder costei. Per la qual cosa, ogni altro affare lasciandone, sollecitissimo andava là dovunque credeva potere vederla, quasi del viso o degli occhi di lei dovesse attignere ogni suo bene e intera consolazione.

Oh insensato giudizio degli amanti! Chi altri che essi estimerebbe per aggiugnimento di stipa fare le fiamme minori? Quanti e quali fossero li pensieri, li sospiri, le lagrime e l'altre passioni gravissime poi in più proveta età da lui sostenute per questo amore, egli medesimo in parte li dimostra nella sua *Vita nuova*, e però più distesamente non curo di raccontarle. Tanto non solamente non voglio che non detto trapassi, cioè che, secondo che egli scrive e che per altrui, a cui fu noto il suo disio, si ragiona, onestissimo fu questo amore, né mai apparve, o per isguardo o per parola o per cenno, alcuno libidinoso appetito né nello amante né nella cosa amata: non picciola meraviglia al mondo presente, del quale sì è fuggito ogni onesto piacere, e abituatosi l'aver prima la cosa che piace conformata allà sua lascivia che diliberato d'amarla, che in miracolo è divenuto, sì come cosa rarissima, chi amasse altramente. Se tanto amore e sì lungo poté il cibo, i sonni e ciascuna altra quiete impedire, quanto si dee potere estimare lui essere stato avversario agli sacri studii e allo 'ngegno? Certo, non poco; come che molti vogliano lui essere stato incitatore di quello, argomento a ciò prendendo dalle cose leggiadramente nel fiorentino idioma e in rima, in laude della donna amata, e acciò che li suoi ardori e amorosi concetti esprimesse, già fatte da lui; ma certo io nol consento, se io non volessi già affermare l'ornato parlare essere sommissima parte d'ogni scienza; che non è vero.

Come ciascuno puote evidentemente conoscere, niuna cosa è stabile in questo mondo; e, se niuna leggermente ha mutamento, la nostra vita è quella. Un poco di soperchio freddo o di caldo che noi abbiamo, lasciando stare gli altri infiniti accidenti e possibili, da essere a non essere senza difficoltà ci conduce; né da questo gentilezza,

ricchezza, giovanezza, né altra mondana dignità è privilegiata; della quale comune legge la gravità convenne a Dante prima per l'altrui morte provare che per la sua. Era quasi nel fine del suo vigesimo-quarto anno la bellissima Beatrice, quando, sì come piacque a Colui che tutto puote, essa, lasciando di questo mondo l'angosce, n'andò a quella gloria che li suoi meriti l'avevano apparecchiata. Della quale partenza Dante in tanto dolore, in tanta afflizione, in tante lagrime rimase, che molti de' suoi più congiunti e parenti e amici niuna fine a quelle credettero altra che solamente la morte; e questa estimarono dovere essere in brieve, vedendo lui a niuno conforto, a niuna consolazione pòrtagli dare orecchie. Gli giorni erano alle notte iguali e agli giorni le notti; delle quali niuna ora si trapassava senza guai, senza sospiri e senza copiosa quantità di lagrime; e parevano li suoi occhi due abbondantissime fontane d'acqua surgente, intanto che più si maravigliarono donde tanto umore egli avesse che al suo pianto bastasse.

Ma, sì come noi veggiamo, per lunga usanza le passioni divenire agevoli a comportare, e similmente nel tempo ogni cosa diminuire e perire; avvenne che Dante infra alquanti mesi apparò a ricordarsi, senza lagrime, Beatrice esser morta, e con più dritto giudizio, dando alquanto il dolore luogo alla ragione, a conoscere li pianti e li sospiri non potergli, né ancora alcuna altra cosa, rendere la perduta donna. Per la qual cosa con più pazienza s'acconciò a sostenere l'aver perduto la sua presenza; né guarì di spazio passò che, dopo le lasciate lagrime, li sospiri, li quali già erano alla loro fine vicini, cominciarono in gran parte a partirsi senza tornare.

Egli era, sì per lo lagrimare, sì per l'afflizione che il cuore sentiva dentro, e sì per lo non avere di sé alcuna cura, di fuori divenuto quasi una cosa salvatica a riguardare: magro, barbuto e quasi tutto trasformato da quello che avanti esser solea; intanto che 'l suo aspetto, non che negli amici, ma eziandio in ciascun altro che il vedea, a forza di sé metteva compassione; come che egli poco, mentre questa vita così lagrimosa durò, altrui che ad amici veder si lasciasse.

Questa compassione e dubitanza di peggio facevano li suoi parenti stare attenti a' suoi conforti; li quali, come alquanto videro le

lagrime cessate e conobbero li cocenti sospiri alquanto dare sosta al faticato petto, con le consolazioni lungamente perdute rincominciarono a sollecitare lo sconsolato; il quale, come che infino a quella ora avesse a tutte ostinatamente tenute le orecchie chiuse, alquanto le cominciò non solamente ad aprire, ma ad ascoltare volentieri ciò che intorno al suo conforto gli fosse detto. La qual cosa veggendo i suoi parenti, acciò che del tutto non solamente de' dolori il traessero, ma il recassero in allegrezza, ragionarono insieme di volergli dar moglie; acciò che, come la perduta donna gli era stata di tristizia cagione, così di letizia gli fosse la nuovamente acquistata. E, trovata una giovane, quale alla sua condizione era debole, con quelle ragioni che più loro parvero induttive, la loro intenzione gli scoprirono. E, acciò che io particolarmente non tocchi ciascuna cosa, dopo lunga tencione, senza mettere guari di tempo in mezzo, al ragionamento seguì l'effetto: e fu sposato.

Oh menti cieche, oh tenebrosi intelletti, oh argomenti vani di molti mortali, quanto sono le riuscite in assai cose contrarie a' vostri avvisi, e non senza ragion le più volte! Chi sarebbe colui che del dolce aere d'Italia, per soperchio caldo, menasse alcuno ne le cocenti arene di Libia a rinfrescarsi, o dell'isola di Cipri, per riscaldarsi, nelle etterne ombre de' monti Rodopei? qual medico s'ingegnerà di cacciare l'aguta febre col fuoco, o il freddo delle medolla dell'ossa col ghiaccio o con la neve? Certo, niuno altro, se non colui che con nuova moglie crederà l'amorose tribulazion mitigare. Non conosco quegli, che ciò credono fare, la natura d'amore, né quanto ogni altra passione aggiunga alla sua. Invano si porgono aiuti o consigli alle sue forze, se egli ha ferma radice presa nel cuore di colui che ha lungamente amato. Così come ne' principii ogni picciola resistenza è giovevole, così nel processo le grandi sogliono essere spesse volte dannose. Ma da ritornare è al proposito, e da concedere al presente che cose sieno, le quali per sé possano l'amorose fatiche fare obliare.

Che avrà fatto però chi, per trarmi d'uno pensiero noioso, mi metterà in mille molto maggiori e di più noia? Certo niuna altra cosa, se non che per giunta del male che m'avrà fatto, mi farà desiderare

di tornare in quello, onde m'ha tratto; il che assai spesso veggiamo addivenire a' più, li quali o per uscire o per essere tratti d'alcune fatiche, ciecamente o s'ammogliano o sono da altrui ammogliati; né prima s'avveggiono, d'uno viluppo usciti, essere intrati in mille, che la pruova, senza potere, pentendosi, indietro tornare, n'ha data esperienza. Dierono gli parenti e gli amici moglie a Dante, perché le lagrime cessassero di Beatrice. Non so se per questo, come che le lagrime passassero, anzi forse eran passate, sì passò l'amorosa fiamma; ché nol credo; ma, concesso che si spegnesse, nuove cose e assai poterono più faticose sopravvenire. Egli, usato di vegghiare ne' santi studii, quante volte a grado gli era, con gl'imperadori, co' re e con qualunque altri altissimi precipi ragionava; disputava co' filosofi, e co' piacevolissimi poeti si diletta; e l'altrui angosce ascoltando, mitigava le sue. Ora, quanto alla nuova donna piace, e con costoro, e quel tempo, che ella vuole tolto da così celebre compagnia, gli conviene ascoltare i femminili ragionamenti, e quegli, se non vuol crescer la noia, contra il suo piacere non solamente acconsentir, ma lodare. Egli, costumato, quante volte la volgar turba gli rincreseva, di ritrarsi in alcuna solitaria parte e, quivi speculando, vedere quale spirito muove il cielo, onde venga la vita agli animali che sono in terra, quali sieno le cagioni delle cose, o premeditare alcune invenzioni peregrine o alcune cose comporre, le quali appo li futuri facessero lui morto viver per fama; ora non solamente dalle contemplazioni dolci è tolto quante volte voglia ne viene alla nuova donna, ma gli conviene essere accompagnato di compagnia male a così fatte cose disposta. Egli, usato liberamente di ridere, di piagnere, di cantare o di sospirare, secondo che le passioni dolci e amare il pungevano, ora o non osa, o gli conviene non che delle maggiori cose, ma d'ogni picciol sospiro rendere alla donna ragione, mostrando che 'l mosse, donde venne e dove andò; la letizia cagione dell'altrui amore, la tristizia esser del suo odio estimando.

Oh fatica inestimabile, avere con così sospettoso animale a vivere, a conversare, e ultimamente ad invecchiare o a morire! Io voglio lasciare stare la sollecitudine nuova e gravissima, la quale si convie-

ne avere a' non usati (e massimamente nella nostra città), cioè onde vengano i vestimenti, gli ornamenti e le camere piene di superflue dilicatezze, le quali le donne si fanno a credere essere al ben vivere opportune; onde vengano li servi, le serve, le nutrici, le cameriere; onde vengano i conviti, i doni, i presenti che fare si convengono a' parenti delle novelle spose, a quegli che vogliono che esse credano da loro essere amate; e appresso queste, altre cose assai prima non conosciute da' liberi uomini; e venire a cose che fuggir non si possono. Chi dubita che della sua donna, che ella sia bella o non bella, non caggia il giudizio nel vulgo? Se bella fia reputata, chi dubita che essa subitamente non abbia molti amadori, de' quali alcuno con la sua bellezza, altri con la sua nobiltà, e tale con maravigliose lusinghe, e chi con doni, e quale con piacevolezza infestissimamente combatterà il non stabile animo?

E quel, che molti desiderano, malagevolmente da alcuno si difende. E alla pudicizia delle donne non bisogna d'essere presa più che una volta, a fare sé infame e i mariti dolorosi in perpetuo. Se per isciagura di chi a casa la si mena, fia sozza, assai aperto veggiamo le bellissime spesse volte e tosto rincredere; che dunque dell'altre possiamo pensare, se non che, non che esse, ma ancora ogni luogo nel quale esse sieno credute trovare da coloro, a' quali sempre le conviene aver per loro, è avuto in odio? Onde le loro ire nascono, né alcuna fiera è più né tanto crudele quanto la femina adirata, né può viver sicuro di sé, chi sé commette ad alcuna, alla quale paia con ragione esser crucciata; che pare a tutte.

Che dirò de' loro costumi? Se io vorrò mostrare come e quanto essi sieno tutti contrarii alla pace e al riposo degli uomini, io tirerò in troppo lungo sermone il mio ragionare; e però uno solo, quasi a tutte generale, basti averne detto. Esse imaginano il bene operare ogni menomo servo ritener nella casa, e il contrario fargli cacciare; per che estimano, se ben fanno, non altra sorte esser la lor che d'un servo: per che allora par solamente loro esser donne, quando, male adoperando, non vengono al fine che' fanti fanno. Per che voglio io andare dimostrando particolarmente quello che gli più sanno? Io

giudico che sia meglio il tacersi che dispiacere, parlando, alle vaghe donne. Chi non sa che tutte l'altre cose si pruovano, prima che colui, di cui debbono essere, comperate, le prenda, se non la moglie, acciò che prima non dispiaccia che sia menata? A ciascuno che la prende, la conviene avere non tale quale egli la vorrebbe, ma quale la

Fortuna gliela concede. E se le cose che di sopra son dette son vere (che il sa chi provate l'ha), possiamo pensare quanti dolori nascondano le camere, li quali di fuori, da chi non ha occhi la cui perspicacità trapassi le mura, sono reputati dilette. Certo io non affermo queste cose a Dante essere avvenute, ché nol so; come che vero sia che, o simili cose a queste, o altre che ne fosser cagione, egli, una volta da lei partitosi, che per consolazione de' suoi affanni gli era stata data, mai né dove ella fosse volle venire, né sofferse che là dove egli fosse ella venisse giammai; con tutto che di più figliuoli egli insieme con lei fosse parente. Né creda alcuno che io per le su dette cose voglia conchiudere gli uomini non dover tórre moglie; anzi il lodo molto, ma non a ciascuno. Lascino i filosofanti lo sposarsi a' ricchi stolti, a' signori e a' lavoratori, e essi con la filosofia si diletino, molto migliore sposa che alcuna altra.

Natura generale è delle cose temporali, l'una l'altra tirarsi di dietro. La familiar cura trasse Dante alla publica, nella quale tanto l'avvilupparono li vani onori che alli publici ofici congiunti sono, che, senza guardare donde s'era partito e dove andava con abbandonate redine, quasi tutto al governo di quella si diede; e fugli tanto in ciò la Fortuna seconda, che niuna legazion s'ascoltava, a niuna si rispondea, niuna legge si fermava, niuna se ne abrogava, niuna pace si faceva, niuna guerra publica s'imprendeva, e brevemente niuna diliberazione, la quale alcuno pondo portasse, si pigliava, se egli in ciò non dicesse prima la sua sentenza. In lui tutta la publica fede, in lui ogni speranza, in lui sommariamente le divine cose e l'umane parevano esser fermate. Ma la Fortuna, volgitrice de' nostri consigli e inimica d'ogni umano stato, come che per alquanti anni nel colmo della sua rota gloriosamente reggendo il tenesse, assai diverso fine al principio recò a lui, in lei fidantesi di soperchio.

Era al tempo di costui la fiorentina cittadinanza in due parti perversissimamente divisa, e, con l'operazioni di sagacissimi e avveduti precipi di quelle, era ciascuna assai possente; intanto che alcuna volta l'una e alcuna l'altra reggeva oltre al piacere della sottoposta. A volere ridurre ad unità il partito corpo della sua repubblica, pose Dante ogni suo ingegno, ogni arte, ogni studio, mostrando a' cittadini più savi come le gran cose per la discordia in breve tempo tornano al niente, e le picciole per la concordia crescere in infinito. Ma, poi che vide essere vana la sua fatica, e conobbe gli animi degli uditori ostinati, credendolo giudizio di Dio, prima propose di lasciar del tutto ogni publico officio e vivere seco privatamente; poi dalla dolcezza della gloria tirato e dal vano favor popolesco e ancora dalle persuasioni de' maggiori, credendosi, oltre a questo, se tempo gli occorresse, molto più di bene potere operare per la sua città, se nelle cose publiche fosse grande, che a sé privato e da quelle del tutto rimosso (oh stolta vaghezza degli umani splendori, quanto sono le tue forze maggiori che creder non può chi provati non gli ha!), il maturo uomo e nel santo seno della filosofia allevato, nutricato e ammaestrato, al quale erano davanti dagli occhi i cadimenti de' re antichi e de' moderni, le desolazioni de' regni, delle province e delle città e li furiosi impeti della Fortuna, niuno altro cercanti che l'alte cose, non si seppe o non si poté dalla tua dolcezza guardare.

Fermossi adunque Dante a volere seguire gli onori caduci e la vana pompa dei publici ofici; e, veggendo che per se medesimo non potea una terza parte tenere, la quale, giustissima, la ingiustizia dell'altre due abbattesse, tornandole ad unità, con quella s'accostò, nella quale, secondo il suo giudizio, era più di ragione e di giustizia, operando continuamente ciò che salutevole alla sua patria e a' cittadini conoscea. Ma gli umani consigli le più delle volte rimangono vinti dalle forze del cielo. Gli odii e l'animosità prese, ancora che senza giusta cagione nati fossoro, di giorno in giorno divenivan maggiori, intanto che non senza grandissima confusione de' cittadini, più volte si venne all'arme con intendimento di por fine alla lor lite col fuoco e col ferro: sì accecati da l'ira, che non vedevano sé con

quella miseramente perire. Ma, poi che ciascuna delle parti ebbe più volte fatta pruova delle sue forze con vicendevoli danni dell'una e dell'altra; venuto il tempo che gli occulti consigli della minacciante Fortuna si doveano scoprire, la fama, parimente del vero e del falso rapportatrice, nunziando gli avversarii della parte presa da Dante, di maravigliosi e d'astuti consigli esser forte e di grandissima moltitudine d'armati, sì gli precinpi de' collegati di Dante spaventò, che ogni consiglio, ogni avvedimento e ogni argomento cacciò da loro, se non il cercare con fuga la loro salute; co' quali insieme Dante, in uno momento prostrato della sommità del reggimento della sua città, non solamente gittato in terra si vide, ma cacciato di quella. Dopo questa cacciata non molti dì, essendo già stato dal popolazzo corso alle case de' cacciati, e furiosamente votate e rubate, poi che i vittoriosi ebbero la città riformata secondo il loro giudicio, furono tutti i precinpi de' loro avversarii, e con loro, non come de' minori ma quasi principale, Dante, sì come capitali nemici della republica dannati a perpetuo esilio, e li loro stabili beni o in publico furon ridotti, o alienati a' vincitori.

Questo merito riportò Dante del tenero amore avuto alla sua patria! questo merito riportò Dante dell'affanno avuto in volere tôrre via le discordie cittadine! questo merito riportò Dante dell'aver con ogni sollecitudine cercato il bene, la pace e la tranquillità de' suoi cittadini! Per che assai manifestamente appare quanto sieno vòti di verità i favori de' popoli, e quanta fidanza si possa in essi avere. Colui, nel quale poco avanti pareva ogni publica speranza esser posta, ogni affezione cittadina, ogni rifugio popolare; subitamente, senza cagione legittima, senza offesa, senza peccato, da quel romore, il quale per addietro s'era molte volte udito le sue laude portare infino alle stelle, è furiosamente mandato in inrevocabile esilio. Questa fu la marmorea statua fattagli ad eterna memoria della sua virtù! con queste lettere fu il suo nome tra quegli de' padri della patria scritto in tavole d'oro! con così favorevole romore gli furono rendute grazie de' suoi benefici! Chi sarà dunque colui che, a queste cose guardando, dica la nostra republica da questo piè non andare sciancata?

Oh vana fidanza de' mortali, da quanti esempi altissimi se' tu continuamente ripresa, ammonita e gastigata! Deh! se Cammillo, Rutilio, Coriolano, e l'uno e l'altro Scipione, e gli altri antichi valenti uomini per la lunghezza del tempo interposto ti sono della memoria caduti, questo ricente caso ti faccia con più temperate redine correr ne' tuoi piaceri. Niuna cosa ci ha meno stabilità che la popolesca grazia; niuna più pazza speranza, niuno più folle consiglio che quello che a crederle conforta nessuno.

Levinsi adunque gli animi al cielo, nella cui perpetua legge, nell'i cui eterni splendori, nella cui vera bellezza si potrà senza alcuna oscurità conoscere la stabilità di Colui che lui e l'altre cose con ragione muove; acciò che, sì come in termine fisso, lasciando le transitorie cose, in lui si fermi ogni nostra speranza, se trovare non ci vogliamo ingannati.

Uscito adunque in cotale maniera Dante di quella città, della quale egli non solamente era cittadino, ma n'erano li suoi maggiori stati reedificatori, e lasciavi la sua donna, insieme con l'altra famiglia, male per picciola età alla fuga disposta, di lei sicuro, perciò che di consanguinità la sapeva ad alcuno de' precipi della parte avversa congiunta, di se medesimo or qua or là incerto, andava vagando per Toscana. Era alcuna particella delle sue possessioni dalla donna col titolo della sua dote dalla cittadina rabbia stata con fatica difesa, de' frutti della quale essa sé e i piccioli figliuoli di lui assai sottilmente reggeva; per la qual cosa povero, con industria disusata gli convenia il sostentamento di se medesimo procacciare. Oh quanti onesti sdegni gli convenne posporre, più duri a lui che morte a trapassare, promettendogli la speranza questi dovere esser brevi, e prossima la tornata! Egli, oltre al suo stimare, parecchi anni, tornato da Verona (dove nel primo fuggire a messere Alberto della Scala n'era ito, dal quale benignamente era stato ricevuto), quando col conte Salvatico in Casentino, quando col marchese Morruello Malespina in Lunigiana, quando con quegli della Faggiuola ne' monti vicini ad Orbino, assai convenevolmente, secondo il tempo e secondo la loro possibilità, onorato si stette. Quindi poi se ne andò a Bologna, dove poco stato

n'andò a Padova, e quindi da capo si ritornò a Verona. Ma poi che egli vide da ogni parte chiudersi la via alla tornata, e di di in di più divenire vana la sua speranza, non solamente Toscana, ma tutta Italia abbandonata, passati i monti che quella dividono dalla provincia di Gallia, come poté, se n'andò a Parigi; e quivi tutto si diede allo studio e della filosofia e della teologia, ritornando ancora in sé dell'altre scienze ciò che forse per gli altri impedimenti avuti se ne era partito. E in ciò il tempo studiosamente spendendo, avvenne che oltre al suo avviso, Arrigo, conte di Luzimburgo, con volontà e mandato di Clemente papa V, il quale allora sedea, fu eletto in re de' Romani, e appresso coronato imperadore. Il quale sentendo Dante della Magna partirsi per soggiogarsi Italia, alla sua maestà in parte rebelle, e già con potentissimo braccio tenere Brescia assediata, avvisando lui per molte ragioni dovere essere vincitore, prese speranza con la sua forza e dalla sua giustizia di potere in Fiorenza tornare, come che a lui la sentisse contraria.

Per che ripassate l'Alpi, con molti nemici di Fiorentini e di lor parte congiuntosi, e con ambascerie e con lettere s'ingegnarono di tirare lo 'mperadore da l'assedio di Brescia, acciò che a Fiorenza il ponesse, sì come a principale membro de' suoi nemici; mostrandogli che, superata quella, niuna fatica gli restava, o piccola, ad avere libera e espedita la possessione e il dominio di tutta Italia. E come che a lui e agli altri a ciò tenenti venisse fatto il trarloci, non ebbe perciò la sua venuta il fine da loro avvisato: le resistenze furono grandissime, e assai maggiori che da loro avvisate non erano; per che, senza avere niuna notevole cosa operata, lo 'mperadore, partitosi quasi disperato, verso Roma drizzò il suo cammino.

E come che in una parte e in altra più cose facesse, assai ne ordinasse e molte di farne proponesse, ogni cosa ruppe la troppo avacciata morte di lui: per la qual morte generalmente ciascuno che a lui attendea disperatosi, e massimamente Dante, senza andare di suo ritorno più avanti cercando, passate l'alpi d'Appennino, se ne andò in Romagna, là dove l'ultimo suo dì, e che alle sue fatiche doveva por fine, l'aspettava.

Era in que' tempi signore di Ravenna, famosa e antica città di Romagna, uno nobile cavaliere, il cui nome era Guido Novel da Polenta; il quale, ne' liberali studii ammaestrato, sommamente i valorosi uomini onorava, e massimamente quegli che per iscienza gli altri avanzavano. Alle cui orecchie venuto Dante fuori d'ogni speranza essere in Romagna, avendo egli lungo tempo avanti per fama conosciuto il suo valore, in tanta disperazione, si dispose di riceverlo e d'onorarlo. Né aspettò di ciò da lui essere richiesto, ma con liberale animo, considerata qual sia a' valorosi la vergogna del domandare, e con proferte, gli si fece davanti, richiedendo di spezial grazia a Dante quello che egli sapeva che Dante a lui dovea dimandare: cioè che seco li piacesse di dovere essere. Concorrendo adunque i due voleri ad uno medesimo fine, e del domandato e del domandatore, e piacendo sommamente a Dante la liberalità del nobile cavaliere, e d'altra parte il bisogno strignendolo, senza aspettare più inviti che 'l primo, se n'andò a Ravenna, dove onorevolmente dal signore di quella ricevuto, e con piacevoli conforti risuscitata la caduta speranza, copiosamente le cose opportune donandogli, in quella seco per più anni il tenne, anzi infino a l'ultimo della vita di lui.

Non poterono gli amorosi disiri, né le dolenti lagrime, né la sollecitudine casalinga, né la lusinghevole gloria de' pubblici ofici, né il miserabile esilio, né la intollerabile povertà giammai con le lor forze rimuovere il nostro Dante dal principale intento, cioè da' sacri studii; per ciò che, sì come si vederà dove appresso partitamente dell'opere da lui fatte si farà menzione, egli, nel mezzo di qualunque fu più fiera delle passioni sopra dette, si troverà componendo essersi esercitato. E se, ostanti cotanti e così fatti avversarii, quanti e quali di sopra sono stati mostrati, egli per forza d'ingegno e di perseveranza riuscì chiaro qual noi veggiamo, che si può sperare che esso fosse divenuto, avendo avuti altrettanti aiutatori, o almeno niuno contrario, o pochissimi, come hanno molti? Certo, io non so; ma se licito fosse a dire, io direi che egli fosse in terra divenuto uno iddio.

Abitò adunque Dante in Ravenna, tolta via ogni speranza di ritornare mai in Firenze (come che tolto non fosse il disio), più anni

sotto la protezione del grazioso signore; e quivi con le sue dimostrazioni fece più scolari in poesia e massimamente nella volgare; la quale, secondo il mio giudizio, egli primo non altramenti fra noi Italiani esaltò e recò in pregio, che la sua Omero tra' Greci o Virgilio tra' Latini. Davanti a costui, come che per poco spazio d'anni si creda che innanzi trovata fosse, niuno fu che ardire o sentimento avesse, dal numero delle sillabe e dalla consonanza delle parti estreme in fuori, di farla essere strumento d'alcuna artificiosa materia; anzi solamente in leggerissime cose d'amore con essa s'esercitavano. Costui mostrò con effetto con essa ogni alta materia potersi trattare, e glorioso sopra ogni altro fece il volgar nostro.

Ma, poi che la sua ora venne segnata a ciascheduno, essendo egli già nel mezzo o presso del cinquantesimo sesto suo anno infermato, e secondo la cristiana religione ogni ecclesiastico sacramento umilmente e con divozione ricevuto, e a Dio per contrizione d'ogni cosa commessa da lui contra al suo piacere, sì come da uomo, riconciliatosi; del mese di settembre negli anni di Cristo MCCCXXI, nel dì che la esaltazione della santa Croce si celebra dalla Chiesa, non senza grandissimo dolore del sopra detto Guido, e generalmente di tutti gli altri cittadini ravignani, al suo Creatore rendé il faticato spirito; il quale non dubito che ricevuto non fosse nelle braccia della sua nobilissima Beatrice, con la quale nel cospetto di Colui ch'è sommo bene, lasciate le miserie della presente vita, ora lietissimamente vive in quella, alla cui felicità fine giammai non s'aspetta.

Fece il magnanimo cavaliere il morto corpo di Dante d'ornamenti poetici sopra uno funebre letto adornare; e quello fatto portare sopra gli omeri de' suoi cittadini più solenni, infino al luogo de' frati minori in Ravenna, con quello onore che a sì fatto corpo degno estimava, infino quivi quasi con publico pianto seguitolo, in una arca lapidea, nella quale ancora giace, il fece porre. E, tornato alla casa nella quale Dante era prima abitato, secondo il ravignano costume, esso medesimo, sì a commendazione dell'alta scienza e della virtù del defunto, e sì a consolazione de' suoi amici, li quali egli avea in amarissima vita lasciati, fece uno ornato e lungo sermone; disposto, se

lo stato e la vita fossero durati, di sì egregia sepoltura onorarlo, che, se mai alcuno altro suo merito non l'avesse memorevole renduto a' futuri, quella l'avrebbe fatto.

Questo laudevole proponimento infra breve spazio di tempo fu manifesto ad alquanti, li quali in quel tempo erano in poesì solennissimi in Romagna; per che ciascuno sì per mostrare la sua sufficienza, sì per rendere testimonianza della portata benivolenza da loro al morto poeta, sì per cattare la grazia e l'amore del signore, il quale ciò sapevano disiderare, ciascuno per sé fece versi, li quali, posti per epitafo alla futura sepoltura, con debite lode facessero la posterità certa chi dentro da essa giacesse; e al magnifico signore gli mandarono. Il quale con gran peccato della Fortuna, non dopo molto tempo, toglì lo Stato, si morì a Bologna; per la qual cosa e il fare il sepolcro e il porvi li mandati versi si rimase. Li quali versi stati a me mostrati poi più tempo appresso, e veggendo loro [non] avere avuto luogo per lo caso già dimostrato, pensando le presenti cose per me scritte, come che sepoltura non sieno corporale, ma sieno, sì come quella sarebbe stata, perpetue conservatrici della colui memoria; imaginai non essere sconvenevole quegli aggiugnere a queste cose.

Ma, perciò che più che quegli che l'uno di coloro avesse fatti (che furo più) non si sarebbero ne' marmi intagliati, così solamente quegli d'uno qui estimai che fosser da scrivere; per che, tutti meco esaminatigli, per arte e per intendimento più degni estimai che fossero quattordici fattine da maestro Giovanni del Virgilio bolognese, allora famosissimo e gran poeta, e di Dante stato singularissimo amico; li quali sono questi appresso scritti:

Theologus Dante, nullius dogmatis expers,
 quod foveat claro phylosophya sinu:
 gloria musarum, vulgo gratissimus auctor,
 hic iacet, et fama pulsat utrumque polum:
 qui loca defunctis gladiis regnumque gemellis
 distribuit, laycis rhetoricisque modis.
 Pascua Pyeriis demum resonabat avenis;

Amtropos heu letum livida rupit opus.
 Huic ingrata tulit tristem Florentia fructum,
 exilium, vati patria cruda suo.
 Quem pia Guidonis gremio Ravenna Novelli
 gaudet honorati continuisse ducis,
 mille trecentenis ter septem Numinis annis,
 ad sua septembris ydibus astra redit.

Oh ingrata patria, quale demenza, quale trascutaggine ti teneva, quando tu il tuo carissimo cittadino, il tuo benefattore precipuo, il tuo unico poeta con crudeltà disusata mettesti in fuga, e poscia tenuta t'ha? Se forse per la comune furia di quel tempo mal consigliata ti scusi; ché, tornata, cessate l'ire, la tranquillità dell'animo, ripentùtati del fatto, nol rivotasti? Deh! non ti rincesca lo stare con meco, che tuo figliuol sono, alquanto a ragione, e quello che giusta indagine mi fa dire, come da uomo che ti rammendi disidera e non che tu sii punita, piglierai. Parti egli essere glorioso di tanti titoli e di tali, ché tu quello uno del quale non hai vicino città che di simile si possa esaltare, tu abbi voluto da te cacciare? Deh! dimmi: di qua' vittorie, di qua' triunfi, di quali eccellenzie, di quali valorosi cittadini se' tu splendente? Le tue ricchezze, cosa mobile e incerta; le tue bellezze, cosa fragile e caduca; le tue dilicatezze, cosa vituperevole e femminile, ti fanno nota nel falso giudizio de' popoli, il quale più ad apparenza che ad esistenza sempre riguarda. Deh! gloriera'ti tu de' tuoi mercatanti e de' molti artisti, donde tu se' piena? Scioccamente farai: l'uno fu, continuamente l'avarizia operandolo, mestiere servile; l'arte, la quale un tempo nobilitata fu dagl'ingegni, intanto che una seconda natura la fecero, dall'avarizia medesima è oggi corrotta, e niente vale. Gloriera'ti tu della viltà e ignavia di coloro li quali, perciò che di molti loro avoli si ricordano, vogliono dentro da te della nobiltà ottenere il principato, sempre con ruberie e con tradimenti e con falsità contra quella operanti? Vana gloria sarà la tua, e da coloro, le cui sentenzie hanno fondamento debito e stabile fermezza, schernita. Ahi! misera madre, apri gli occhi e guarda con alcuno rimordimen-

to quello che tu facesti; e vergógnati almeno, essendo reputata savia come tu se', d'averne avuta ne' falli tuoi falsa elezione! Deh! se tu da te non avevi tanto consiglio, perché non imitavi tu gli atti di quelle città, le quali ancora per le loro laudevole opere son famose? Atene, la quale fu l'uno degli occhi di Grecia, allora che in quella era la monarchia del mondo, per iscienza, per eloquenzia e per milizia splendida parimente; Argos, ancora pomposa per li titoli de' suoi re; Smirna, a noi reverenda in perpetuo per Niccolai suo pastore; Pilos, notissima per lo vecchio Nestore; Chimi, Chios e Colofon, città splendissime per addietro, tutte insieme, qualora più gloriose furono, non si vergognarono né dubitarono d'averne agra quistione della origine del divino poeta Omero, affermando ciascuna lui di sé averla tratta; e sì ciascuna fece con argomenti forte la sua intenzione, che ancora la quistion vive; né è certo donde si fosse, perché parimente di cotal cittadino così l'una come l'altra ancor si gloria. E Mantova, nostra vicina, di quale altra cosa l'è più alcuna fama rimasa, che l'essere stato Virgilio mantovano? il cui nome hanno ancora in tanta reverenzia, e sì è appo tutti accettevole, che non solamente ne' pubblici luoghi, ma ancora in molti privati si vede la sua imagine effigiata; mostrando in ciò che, non ostante che il padre di lui fosse lutifigolo, esso di tutti loro sia stato nobilitatore. Sulmona d'Ovidio, Venosa d'Orazio, Aquino di Giovenale, e altre molte, ciascuna si gloria del suo, e della loro sufficienzia fanno quistione. L'esempio di queste non t'era vergogna di seguitare; le quali non è verisimile senza cagione essere state e vaghe e tènere di cittadini così fatti. Esse conobbero quello che tu medesima potevi conoscere e puoi: cioè che le costoro perpetue operazioni sarebbero ancora dopo la loro ruina ritenitrici etterne del nome loro; così come al presente divulgate per tutto il mondo le fanno conoscere a coloro che non le vider giammai. Tu sola, non so da qual cechità adombrata, hai voluto tenere altro cammino, e, quasi molto da te lucente, di questo splendore non hai curato: tu sola, quasi i Camilli, i Publicoli, i Torquati, i Fabrizii, i Catoni, i Fabii e gli Scipioni con le loro magnifiche opere ti facessero famosa e in te fossero, non solamente, avendoti lasciato l'antico tuo cittadino Clau-

diano cadere de le mani, non hai avuto del presente poeta cura; ma l'hai da te cacciato, sbandito e privatolo, se tu avessi potuto, del tuo soprano. Io non posso fuggire di vergognarmene in tuo servizio.

Ma ecco: non la Fortuna, ma il corso della natura delle cose è stato al tuo disonesto appetito favorevole in tanto, in quanto quello che tu volentieri, bestialmente bramosa, avresti fatto se nelle mani ti fosse venuto, cioè uccisolo, egli con la sua eterna legge l'ha operato. Morto è il tuo Dante Alighieri in quello esilio che tu ingiustamente, del suo valore invidiosa, gli desti. Oh peccato da non ricordare, che la madre alle virtù d'alcuno suo figliuolo porti livore! Ora adunque se' di sollicitudine libera, ora per la morte di lui vivi ne' tuoi difetti sicura, e puoi alle tue lunghe e ingiuste persecuzioni porre fine. Egli non ti può far, morto, quello che mai, vivendo, non t'avria fatto; egli giace sotto altro cielo che sotto il tuo, né più dèi aspettare di vederlo giammai, se non quel dì, nel quale tutti li tuoi cittadini veder potrai, e le lor colpe da giusto giudice esaminate e punite.

Adunque se gli odii, l'ire e le inimicizie cessano per la morte di qualunque è che muoia, come si crede, comincia a tornare in te medesima e nel tuo diritto conoscimento; comincia a vergognarti d'aver fatto contra la tua antica umanità; comincia a volere apparire madre e non più inimica; concedi le debite lagrime al tuo figliuolo; concedigli la materna pietà; e colui, il quale tu rifiutasti, anzi cacciasti vivo sì come sospetto, desidera almeno di riaverlo morto; rendi la tua cittadinanza, il tuo seno, la tua grazia alla sua memoria. In verità, quantunque tu a lui ingrata e proterva fossi, egli sempre come figliuolo ebbe te in reverenza, né mai di quello onore che per le sue opere seguire ti dovea, volle privarti, come tu lui della tua cittadinanza privasti. Sempre fiorentino, quantunque l'esilio fosse lungo, si nominò e volle essere nominato, sempre ad ogni altra ti prepose, sempre t'amò. Che dunque farai? starai sempre nella tua iniquità ostinata? sarà in te meno d'umanità che ne' barbari, li quali troviamo non solamente avere li corpi delli loro morti raddomandati, ma per riavergli essersi virilmente disposti a morire? Tu vuoi che 'l mondo creda te essere nepote della famosa Troia e figliuola di Roma: certo, i figliuoli deono

essere a' padri e agli avoli simiglianti. Priamo nella sua miseria non solamente raddomandò il corpo del morto Ettore, ma quello con altrettanto oro ricomperò. Li Romani, secondo che alcuni pare che credano, feciono da Miturna venire l'ossa del primo Scipione, da lui a loro con ragione nella sua morte vietate. E come che Ettore fosse con la sua prodezza lunga difesa de'Troiani, e Scipione liberatore non solamente di Roma, ma di tutta Italia (delle quali due cose forse così propriamente niuna si può dire di Dante), egli non è perciò da posporre; niuna volta fu mai che l'armi non dessero luogo alla scienza. Se tu primieramente, e dove più si saria convenuto, l'esempio e l'opere delle savie città non imitasti, ammenda al presente, seguendole. Niuna delle sette predette fu che o vera o fittizia sepultura non facesse ad Omero. E chi dubita che i Mantovani, li quali ancora in Piettola onorano la povera casetta e i campi che fûr di Virgilio, non avessero a lui fatta onorevole sepultura, se Ottaviano Augusto, il quale da Brandizio a Napoli le sue ossa avea trasportate, non avesse comandato quello luogo dove poste l'avea, volere loro essere perpetua requie? Sermona niuna altra cosa pianse lungamente, se non che l'isola di Ponto tenga in incerto luogo il suo Ovidio; e così di Cassio Parma si rallegra tenendolo. Cerca tu adunque di volere essere del tuo Dante guardiana: raddomandolo; mostra questa umanità, presupposto che tu non abbi voglia di riaverlo; toglì a te medesima con questa fizione parte del biasimo per addietro acquistato: raddomandolo. Io son certo che egli non ti fia renduto; e ad una ora ti sarai mostrata pietosa, e goderai, non riavendolo, della tua innata crudeltà.

Ma a che ti conforto io? Appena che io creda, se i corpi morti possono alcuna cosa sentire, che quello di Dante si potesse partire di là dove è, per dovere a te tornare. Egli giace con compagnia troppo più laudevole che quella che tu gli potessi dare. Egli giace in Ravenna, molto più per età veneranda di te; e come che la sua vecchiezza alquanto la renda deforme, ella fu nella sua giovinezza troppo più florida che tu non se'. Ella è quasi uno generale sepolcro di santissimi corpi, né niuna parte in essa si calca, dove su per reverendissime ceneri non si vada. Chi dunque desidererebbe di tornare a te per do-

vere giacere fra le tue, le quali si può credere che ancora servino la rabbia e la iniquità nella vita avute, e male concorde insieme si fuggano l'una da l'altra, non altramenti che facessero le fiamme de' due Tebani? E come che Ravenna già quasi tutta del prezioso sangue di molti martiri si bagnasse, e oggi con reverenzia servi le loro reliquie, e similmente i corpi di molti magnifici imperadori e d'altri uomini chiarissimi e per antichi avoli e per opere virtuose, ella non si rallegra poco d'esserle stato da Dio, oltre a l'altre sue dote, conceduto d'essere perpetua guardiana di così fatto tesoro, come è il corpo di colui, le cui opere tengono in ammirazione tutto il mondo, e del quale tu non ti se' saputa far degna.

Ma certo egli non è tanta l'allegrezza d'averlo, quanta la invidia ch'ella ti porta che tu t'intitoli della sua origine, quasi sdegnando che dove ella sia per l'ultimo dì di lui ricordata, tu allato a lei sii nominata per lo primo. E perciò con la tua ingratitudine ti rimani, e Ravenna de' tuoi onori lieta si gloriï tra' futuri.

Cotale, quale di sopra è dimostrata, fu a Dante la fine della vita faticata da' varii studii; e, perciò che assai convenevolmente le sue fiamme, la familiare e la publica sollecitudine e il miserabile esilio e la fine di lui mi pare avere secondo la mia promessa mostrate, giudico sia da pervenire a mostrare della statura del corpo, dell'abito, e generalmente de' più notabili modi servati nella sua vita da lui; da quegli poi immediatamente vegnendo all'opere degne di nota, compilate da esso nel tempo suo, infestato da tanta turbine quanta di sopra brevemente è dichiarata.

Fu adunque questo nostro poeta di mediocre statura e, poi che alla matura età fu pervenuto, andò alquanto curvetto, e era il suo andare grave e mansueto, d'onestissimi panni sempre vestito in quello abito che era alla sua maturità convenevole. Il suo volto fu lungo, e il naso aquilino, e gli occhi anzi grossi che piccioli, le mascelle grandi, e dal labro di sotto era quel di sopra avanzato; e il colore era bruno, e i capelli e la barba spessi, neri e crespi, e sempre nella faccia malinconico e pensoso. Per la qual cosa avvenne un giorno in Verona, essendo già divulgata per tutto la fama delle sue opere, e massimamente

quella parte della sua Comedia, la quale egli intitola Inferno, e esso conosciuto da molti e uomini e donne, che, passando egli davanti ad una porta dove più donne sedevano, una di quelle pianamente, non però tanto che bene da lui e da chi con lui era non fosse udita, disse a l'altre: – Donne, vedete colui che va ne l'inferno e torna quando gli piace, e qua su reca novelle di coloro che là giù sono? – Alla quale una dell'altre rispose semplicemente: – In verità tu dèi dir vero: non vedi tu come egli ha la barba crespa e il color bruno per lo caldo e per lo fummo che è là giù? – Le quali parole udendo egli dir dietro a sé, e conoscendo che da pura credenza delle donne venivano, piacendogli, e quasi contento che esse in cotale opinione fossero, sorridendo alquanto, passò avanti.

Ne' costumi domestici e pubblici mirabilmente fu ordinato e composto, e in tutti più che alcuno altro cortese e civile.

Nel cibo e nel poto fu modestissimo, sì in prenderlo all'ore ordinate e sì in non trapassare il segno della necessità, quel prendendo; né alcuna curiosità ebbe mai più in uno che in uno altro: li dilicati lodava, e il più si pasceva di grossi, oltre modo biasimando coloro, li quali gran parte del loro studio pongono e in avere le cose elette e quelle fare con somma diligenza apparare; affermando questi cotali non mangiare per vivere, ma più tosto vivere per mangiare.

Niuno altro fu più vigilante di lui e negli studii e in qualunque altra sollecitudine il pugnesse; intanto che più volte e la donna e la sua famiglia se ne dolfono, prima che, a' suoi costumi adusate, ciò mettessero in non calere.

Rade volte, se non domandato, parlava, e quelle pesatamente e con voce conveniente alla materia di che diceva; non pertanto, là dove si richiedeva, eloquentissimo fu e facundo, e con ottima e pronta prolazione.

Sommamente si diletto in suoni e in canti nella sua giovinezza, e a ciascuno che a que' tempi era ottimo cantatore o sonatore fu amico e ebbe sua usanza; e assai cose, da questo diletto tirato compose, le quali di piacevole e maestrevole nota a questi cotali facea rivestire.

Quanto ferventemente esso fosse ad amor sottoposto, assai chiaro è già mostrato. Questo amore è ferma credenza di tutti che fosse

movitore del suo ingegno a dovere, prima imitando, divenire dicitore in volgare; poi, per vaghezza di più solennemente mostrare le sue passioni, e di gloria, sollecitamente esercitandosi in quella, non solamente passò ciascuno suo contemporaneo, ma intanto la dilucidò e fece bella, che molti allora e poi di dietro a sé n'ha fatti e farà vaghi d'essere esperti.

Dilettoffi similmente d'essere solitario e rimoto dalle genti, acciò che le sue contemplazioni non gli fossero interrotte; e se pure alcuna che molto piaciuta gli fosse ne gli veniva, essendo esso tra gente, quantunque d'alcuna cosa fosse stato addomandato, giammai infino a tanto che egli o fermata o dannata la sua imaginazione avesse, non avrebbe risposto al dimandante: il che molte volte, essendo egli alla mensa, e essendo in cammino con compagni, e in altre parti, domandato, gli avvenne.

Ne' suoi studii fu assiduissimo, quanto è quel tempo che ad essi si disponea, intanto che niuna novità che s'udisse, da quegli il poteva rimuovere. E, secondo che alcuni degni di fede raccontano di questo darsi tutto a cosa che gli piacesse, egli, essendo una volta tra l'altre in Siena, e avvenutosi per accidente alla stazzone d'uno speziale, e qui vi statogli recato uno libretto davanti promessogli, e tra' valenti uomini molto famoso, né da lui stato giammai veduto, non avendo per avventura spazio di portarlo in altra parte, sopra la panca che davanti allo speziale era, si pose col petto, e, messosi il libretto davanti, quello cupidissimamente cominciò a vedere. E come che poco appresso in quella contrada stessa, e dinanzi da lui, per alcuna general festa de' Sanesi s'incominciasse da gentili giovani e facesse una grande armeggiata, e con quella grandissimi romori da' circostanti (sì come in cotali casi con istrumenti varii e con voci applaudenti suol farsi), e altre cose assai v'avvenissero da dovere tirare altrui a vedersi, sì come balli di vaghe donne e giuochi molti di giovani; mai non fu alcuno che muovere quindi il vedesse, né alcuna volta levare gli occhi dal libro: anzi, postovisi quasi ad ora di nona, prima fu passato vespro, e tutto l'ebbe veduto e quasi sommariamente compreso, che egli da ciò si levasse; affermando poi ad alcuni, che il domandavano come

s'era potuto tenere di riguardare a così bella festa come davanti a lui s'era fatta, sé niente averne sentito; per che alla prima meraviglia non indebitamente la seconda s'aggiunse a' dimandanti. Fu ancora questo poeta di maravigliosa capacità e di memoria fermissima e di perspicace intelletto, intanto che, essendo egli a Parigi, e quivi sostenendo in una disputazione de quodlibet che nelle scuole della teologia si facea, quattordici quistioni da diversi valenti uomini e di diverse materie, con gli loro argomenti pro e contra fatti dagli opposenti, senza mettere in mezzo raccolse, e ordinatamente, come poste erano state, recitò; quelle poi, seguendo quello medesimo ordine, sottilmente solvendo e rispondendo agli argomenti contrarii. La qual cosa quasi miracolo da tutti i circostanti fu reputata.

D'altissimo ingegno e di sottile invenzione fu similmente, sì come le sue opere troppo più manifestano agl'intendenti che non potrebbero fare le mie lettere.

Vaghissimo fu e d'onore e di pompa per avventura più che alla sua inclita virtù non si sarebbe richesto. Ma che? qual vita è tanto umile, che dalla dolcezza della gloria non sia toccata? E per questa vaghezza credo che oltre ad ogni altro studio amasse la poesia, veggendo, come che la filosofia ogni altra trapassi di nobiltà, la eccellenza di quella con pochi potersi comunicare, e esserne per lo mondo molti famosi: e la poesia più essere apparente e dilettevole a ciascuno, e li poeti rarissimi. E perciò, sperando per la poesia allo inusitato e pomposo onore della coronazione dell'alloro poter pervenire, tutto a lei si diede e istudiando e componendo. E certo il suo desiderio veniva intero, se tanto gli fosse stata la Fortuna graziosa, che egli fosse giammai potuto tornare in Firenze, nella quale sola sopra le fonti di San Giovanni s'era disposto di coronare; acciò che quivi, dove per lo battesimo aveva preso il primo nome, quivi medesimo per la coronazione prendesse il secondo. Ma così andò che, quantunque la sua sufficienza fosse molta, e per quella in ogni parte, ove piaciuto gli fosse, avesse potuto l'onore della laurea pigliare (la quale non iscienza accresce, ma è della acquistata certissimo testimonio e ornamento); pur, quella tornata, che mai non doveva essere, aspettando, altrove

pigliar non la volle; e così, senza il molto desiderato onore avere, si morì. Ma, perciò che spessa quistione si fa tra le genti, e che cosa sia la poesì e che il poeta, e donde sia questo nome venuto e perché di lauro sieno coronati i poeti, e da pochi pare essere stato mostrato; mi piace qui di fare alcuna trasgressione, nella quale io questo alquanto dichiaro, tornando, come più tosto potrò, al proposito.

La prima gente ne' primi secoli, come che rozzissima e inculta fosse, ardentissima fu di conoscere il vero con istudio, sì come noi veggiamo ancora naturalmente desiderare a ciascuno. La quale veggendo il cielo muoversi con ordinata legge continuo, e le cose terrene avere certo ordine e diverse operazioni in diversi tempi, pensarono di necessità dovere essere alcuna cosa, dalla quale tutte queste cose procedessero, e che tutte l'altre ordinasse, sì come superiore potenza da niuna altra potenziata. E, questa investigazione seco diligentemente avuta, s'immaginarono quella, la quale «divinità» ovvero «deità» nominarono, con ogni coltivazione, con ogni onore e con più che umano servizio esser, da venerare. E perciò ordinarono, a reverenza del nome di questa suprema potenza, ampissime e egregie case, le quali ancora estimarono fossero da separare così di nome, come di forma separate erano, da quelle che generalmente per gli uomini s'abitavano; e nominaronole «templi». E similmente avvisarono doversi ministri, li quali fossero sacri e, da ogni altra mondana sollecitudine rimoti, solamente a' divini servizi vacassero, per maturità, per età e per abito, più che gli altri uomini, reverendi; gli quali appellarono «sacerdoti». E oltre a questo, in rappresentamento della imaginata essenza divina, fecero in varie forme magnifiche statue, e a' servizi di quella vasellamenti d'oro e mense marmoree e purpurei vestimenti e altri apparati assai pertinenti a' sacrificii per loro istabiliti. E, acciò che a questa cotale potenza tacito onore o quasi mutolo non si facesse, parve loro che con parole d'alto suono essa fosse da umiliare e alle loro necessità rendere propizia. E così come essi estimavano questa eccedere ciascuna altra cosa di nobiltà, così vollono che, di lunghi da ogni plebeio o pubblico stilo di parlare, si trovassero parole degne di ragionare dinanzi alla divinità, nelle quali le si porgessero sacrate lusinghe. E

oltre a questo, acciò che queste parole paressero avere più d'efficacia, vollero che fossero sotto legge di certi numeri composte, per li quali alcuna dolcezza si sentisse, e cacciassesi il rincrescimento e la noia. E certo, questo non in volgar forma o usitata, ma con artificiosa e esquisita e nuova convenne che si facesse. La quale forma li Greci appellano *poetes*; laonde nacque, che quello che in cotale forma fatto fosse s'appellasse *poesis*; e quegli, che ciò facessero o cotale modo di parlare usassono, si chiamassero «poeti».

Questa adunque fu la prima origine del nome della poesia, e per conseguente de' poeti, come che altri n'assegnino altre ragioni, forse buone: ma questa mi piace più.

Questa buona e laudevole intenzione della rozza età mosse molti a diverse invenzioni nel mondo moltiplicante per apparere; e dove i primi una sola deità onoravano, mostrarono i seguenti molte esserne, come che quella una dicessono oltre ad ogni altra ottenere il principato; le quali molte vollero che fossero il Sole, la Luna, Saturno, Giove e ciascuno degli altri de' sette pianeti, dagli loro effetti dando argomento alla loro deità; e da questi vennero a mostrare ogni cosa utile agli uomini, quantunque terrena fosse, deità essere, sì come il fuoco, l'acqua, la terra e simiglianti.

Alle quali tutte e versi e onori e sacrificii s'ordinarono. E poi susseguentemente cominciarono diversi in diversi luoghi, chi con uno ingegno, chi con un altro, a farsi sopra la moltitudine indotta della sua contrada maggiori; diffinendo le rozze quistioni, non secondo scritta legge, che non l'aveano ancora, ma secondo alcuna naturale equità della quale più uno che un altro era dotato; dando alla loro vita e alli loro costumi ordine, dalla natura medesima più illuminati; resistendo con le loro corporali forze alle cose avverse possibili ad avvenire; e a chiamarsi «re», e mostrarsi alla plebe e con servi e con ornamenti non usati infino a que' tempi dagli uomini; a farsi ubidire; e ultimamente a farsi adorare. Il che, solo che fosse chi 'l presumesse, senza troppa difficoltà avvenia; perciò che a' rozzi popoli parevano, così vedendogli, non uomini ma iddii.

Questi cotali, non fidandosi tanto delle lor forze, cominciarono ad aumentare le religioni, e con la fede di quelle ad impaurire i soggetti

e a strignere con sacramenti alla loro obediencia quegli li quali non vi si sarebbero potuti con forza costringere. E oltre a questo diedono opera a deificare li loro padri, li loro avoli e li loro maggiori, acciò che più fossero e temuti e avuti in reverenzia dal vulgo. Le quali cose non si poterono commodamente fare senza l'oficio de' poeti, li quali, sì per ampliare la loro fama, sì per compiacere a' precipi, sì per dilettere i sudditi, e sì per persuadere il virtuosamente operare a ciascuno – quello che con aperto parlare saria suto della loro intenzione contrario – con fizioni varie e maestrevoli, male da' grossi oggi non che a quel tempo intese, facevano credere quello che li precipi volevan che si credesse; servando negli nuovi iddii e negli uomini, gli quali degl'iddii nati fingevano, quello medesimo stile che nel vero Iddio solamente e nel suo lusingarlo avevan gli primi usato. Da questo si venne allo adeguare i fatti de' forti uomini a quegli degl'iddii; donde nacque il cantare con eccelso verso le battaglie e gli altri notabili fatti degli uomini mescolatamente con quegli degl'iddii; il quale e fu e è oggi, insieme con l'altre cose di sopra dette, ufficio ed esercizio di ciascuno poeta. E perciò che molti non intendenti credono la poesia niuna altra cosa essere che solamente un fabuloso parlare, oltre al promesso mi piace brevemente quella essere teologia dimostrare, prima ch'io vegna a dire perché di lauro si coronino i poeti.

Se noi vorremo por giù gli animi e con ragion riguardare, io mi credo che assai leggiermente potremo vedere gli antichi poeti avere imitate, tanto quanto a lo 'ngegno umano è possibile, le vestigie dello Spirito Santo; il quale, sì come noi nella divina Scrittura veggiamo, per la bocca di molti, i suoi altissimi secreti revelò a' futuri, facendo loro sotto velame parlare ciò che a debito tempo per opera, senza alcuno velo, intendeva di dimostrare. Imperciò che essi, se noi ragguarderemo ben le loro opere, acciò che lo imitatore non paresse diverso da lo imitato, sotto coperta d'alcune fizioni, quello che stato era, o che fosse al loro tempo presente, o che disideravano o che presummevano che nel futuro dovesse avvenire, discrissono; per che, come che ad uno fine l'una scrittura e l'altra non riguardasse, ma solo al modo del trattare, al che più guarda al presente l'animo mio, ad amendune

si potrebbe dare una medesima laude, usando di Gregorio le parole. Il quale della sacra Scrittura dice ciò che ancora della poetica dir si puote, cioè che essa in uno medesimo sermone, narrando, apre il testo e il misterio a quel sottoposto; e così ad un'ora con l'uno gli savi esercita e con l'altro gli semplici riconforta, e ha in publico donde li pargoletti nutrichi, e in occulto serva quello onde essa le menti de' sublimi intenditori con ammirazione tenga sospese. Perciò che pare essere un fiume, acciò che io così dica, piano e profondo, nel quale il piccioletto agnello con gli piè vada, e il grande elefante ampiissimamente nuoti. Ma da procedere è al verificare delle cose proposte.

Intende la divina Scrittura, la quale noi «teologia» appelliamo, quando con figura d'alcuna istoria, quando col senso d'alcuna visione, quando con lo 'ntendimento d'alcun lamento, e in altre maniere assai, mostrarci l'alto misterio della incarnazione del Verbo divino, la vita di quello, le cose occorse nella sua morte, e la resurrezione vittoriosa, e la mirabile ascensione, e ogni altro suo atto, per lo quale noi ammaestrati, possiamo a quella gloria pervenire, la quale Egli e morendo e resurgendo ci aperse, lungamente stata serrata a noi per la colpa del primiero uomo. Così li poeti nelle loro opere, le quali noi chiamiamo «poesia», quando con fizioni di varii iddii, quando con trasmutazioni d'uomini in varie forme, e quando con leggiadre persuasioni, ne mostrano le cagioni delle cose, gli effetti delle virtù e de' vizii, e che fuggire dobbiamo e che seguire, acciò che pervenire possiamo, virtuosamente operando, a quel fine, il quale essi, che il vero Iddio debitamente non conosceano somma salute credevano.

Volle lo Spirito Santo mostrare nel rubo verdissimo, nel quale Moisè vide, quasi come una fiamma ardente, Iddio, la verginità di Colei che più che altra creatura fu pura, e che dovea essere abitazione e ricetto del Signore della natura, non doversi, per la concezione né per lo parto del Verbo del Padre, contaminare. Volle per la visione veduta da Nabucodonosor, nella statua di più metalli abbattuta da una pietra convertita in monte, mostrare tutte le preterite età dalla dottrina di Cristo, il quale fu ed è viva pietra, dovere sommergersi; e la cristiana religione, nata di questa pietra, divenire una cosa immobile

e perpetua, sì come gli monti veggiamo. Volle nelle lamentazioni di Ieremia, l'eccidio futuro di Ierusalem dichiarare.

Similmente li nostri poeti, fingendo Saturno avere molti figliuoli, e quegli, fuori che quattro, divorar tutti, niuna altra cosa vollono per tale fizione farci sentire, se non per Saturno il tempo, nel quale ogni cosa si produce, e come ella in esso è prodotta, così è esso di tutte corrompitore, e tutte le riduce a niente. I quattro suoi figliuoli non divorati da lui, è l'uno Iove, cioè l'elemento del fuoco; il secondo è Iunone, sposa e sorella di Iove, cioè l'aere, mediante la quale il fuoco quaggiù opera li suoi effetti: il terzo è Nettunno, iddio del mare, cioè l'elemento dell'acqua; e il quarto e ultimo è Plutone, iddio del ninferno, cioè la terra, più bassa che alcuno altro elemento. Similmente fingono li nostri poeti Ercule d'uomo essere in dio trasformato, e Licaone in lupo: moralmente volendo mostrarci che, virtuosamente operando, come fece Ercule, l'uomo diventa iddio per partecipazione in cielo; e, viziosamente operando, come Licaone fece, quantunque egli paia uomo, nel vero si può dire quella bestia, la quale da ciascuno si conosce per effetto più simile al suo difetto: sì come Licaone per rapacità e per avarizia, le quali a lupo sono molto conformi, si finge in lupo esser mutato. Similmente fingono li nostri poeti la bellezza de' campi elisii, per la quale intendo la dolcezza del paradiso; e la oscurità di Dite, per la quale prendo l'amaritudine dello 'nferno; acciò che noi, tratti dal piacere dell'uno, e dalla noia de l'altro spaventati, seguitiamo le virtù che in Eliso ci meneranno, e i vizii fuggiamo che in Dite ci farieno trarupare. Io lascio il tritare con più particolari esposizioni queste cose, perciò che, se quanto si converrebbe e potrebbe le volessi chiarire, come che elle più piacevoli ne divenissero e più facessero forte il mio argomento, dubito non mi tirassero più oltre molto che la principale materia non richiede e che io non voglio andare. E certo, se più non se ne dicesse che quello ch'è detto, assai si dovrebbe comprendere la teologia e la poesia convenirsi quanto nella forma dell'operare, ma nel soggetto dico quelle non solamente molto essere diverse, ma ancora avverse in alcuna parte: perciò che il soggetto della sacra teologia è la divi-

na verità, quello della antica poesi sono gl'iddii de' Gentili e gli uomini. Avverse sono, in quanto la teologia niuna cosa presuppone se non vera; la poesia ne suppone alcune per vere, le quali sono falsissime e erronee e contra la cristiana religione. Ma, perciò che alcuni disensati si levano contra li poeti, dicendo loro sconce favole e male a niuna verità consonanti avere composte, e che in altra forma che con favole dovevano la loro sufficienza mostrare e a' mondani dare la loro dottrina; voglio ancora alquanto più oltre procedere col presente ragionamento.

Guardino adunque questi cotali le visioni di Daniello, quelle d'Isaia, quelle d'Ezechiel e degli altri del Vecchio Testamento con divina pena discritte, e da Colui mostrate al quale non fu principio né sarà fine. Guardinsi ancora nel Nuovo le visioni dello evangelista, piene agl'intendenti di mirabile verità: e, se niuna poetica favola si truova tanto di lungi dal vero o dal verisimile, quanto nella corteccia appaiono queste in molte parti, concedasi che solamente i poeti abbiano dette favole da non potere dare diletto né frutto. Senza dire alcuna cosa alla riprensione che fanno de' poeti, in quanto la loro dottrina in favole ovvero sotto favole hanno mostrata, mi potrei passare; conoscendo che, mentre che essi mattamente gli poeti riprendono di ciò, incautamente caggiono in biasimare quello Spirito, il quale nulla altra cosa è che via, vita e verità: ma pure alquanto intendo di sodisfargli.

Manifesta cosa è che ogni cosa, che con fatica s'acquista, avere alquanto più di dolcezza che quella che vien senza affanno. La verità piana, perciò ch'è tosto compresa con piccole forze, diletta e passa nella memoria. Adunque, acciò che con fatica acquistata fosse più grata, e perciò meglio si conservasse, li poeti sotto cose molto ad essa contrarie apparenti, la nascosero; e perciò favole fecero, più che altra coperta, perché la bellezza di quelle attraesse coloro, li quali né le dimostrazioni filosofiche, né le persuasioni avevano potuto a sé tirare. Che dunque direm de' poeti? terremo che essi sieno stati uomini insensati, come li presenti disensati, parlando e non sappiendo che, gli giudicano? Certo, no; anzi furono nelle loro operazioni di profundissimo sentimento, quanto è nel frutto nascoso, e d'eccellentissima e

d'ornata eloquenzia nelle cortecce e nelle frondi apparenti. Ma torniamo dove lasciammo.

Dico che la teologia e la poesia quasi una cosa si possono dire, dove uno medesimo sia il soggetto; anzi dico più: che la teologia niuna altra cosa è che una poesia di Dio. E che altra cosa è che poetica fizione nella Scrittura dire Cristo essere ora leone e ora agnello e ora vermine, e quando drago e quando pietra, e in altre maniere molte, le quali volere tutte raccontare sarebbe lunghissimo? che altro suonano le parole del Salvatore nello evangelio, se non uno sermone da' sensi alieno? Il quale parlare noi con più usato vocabolo chiamiamo «allegoria». Dunque bene appare, non solamente la poesi essere teologia, ma ancora la teologia essere poesia. E certo, se le mie parole meritano poca fede in sì gran cosa, io non me ne turberò; ma credasi ad Aristotile, degnissimo testimonio ad ogni gran cosa, il quale afferma sé avere trovato li poeti essere stati li primi teologizzanti. E questo basti quanto a questa parte; e torniamo a mostrare perché a' poeti solamente, tra gli scienziati, l'onore della corona dello alloro conceduto fosse.

Tra l'altre nazioni, le quali sopra il circuito della terra son molte, li Greci si crede che sieno quegli alli quali primieramente la filosofia sé e li suoi segreti aprisse; de' tesori della quale essi trassero la dottrina militare, la vita politica e altre care cose assai, per le quali essi oltre ad ogni altra nazione divennero famosi e reverendi. Ma intra l'altre, tratte del costei tesoro da loro, fu la santissima sentenza di Solone nel principio posta di questa operetta; e acciò che la loro republica, la quale più che altra allora fioriva, diritta e andasse e stesse sopra due piedi, e le pene a' nocenti e i meriti a' valorosi magnificamente ordinarono e osservarono. Ma intra gli altri meriti stabiliti da loro a chi bene adoperasse, fu questo il precipuo: di coronare in publico, e con publico consentimento, di frondi d'alloro li poeti dopo la vittoria delle loro fatiche, e gl'imperadori, li quali vittoriosamente avessero la republica aumentata; giudicando che igual gloria si convenisse a colui per la cui virtù le cose umane erano e servate e aumentate, che a colui da cui le divine eran trattate. E come che di questo onore li

Greci fossero inventori, esso poi trapassò a' Latini, quando la gloria e l'arme parimente di tutto il mondo diedero luogo al romano nome; e ancora, almeno nelle coronazioni de' poeti, come che rarissimamente avvenga, vi dura. Ma, perché a tale coronazione più il lauro che altra fronda eletto sia, non dovrà essere a veder rincreasevole.

Sono alcuni li quali credono, perciò che sanno Danne amata da Febo e in lauro convertita, essendo Febo e il primo auttore e fautore de' poeti stato e similmente triunfatore, per amore a quelle frondi portato, di quelle le sue cetere e i triunfi aver coronati; e quinci essere stato preso esemplo dagli uomini, e per conseguente essere quello, che da Febo fu prima fatto, cagione di tale coronazione e di tai frondi infino a questo giorno a' poeti e agl'imperadori. E certo tale oppinione non mi spiace, né nego così potere essere stato; ma tuttavia me muove altra ragione, la quale è questa.

Secondo che vogliono coloro, li quali le virtù delle piante ovvero la loro natura investigarono, il lauro tra l'altre più sue proprietà n'ha tre laudevole e notevoli molto: la prima si è, come noi veggiamo, che mai egli non perde né verdezza, né fronda; la seconda si è, che non si truova questo àlbore mai essere stato fulminato, il che di niuno altro leggiamo essere avvenuto; la terza, che egli è odorifero molto, sì come noi sentiamo: le quali tre proprietà estimarono gli antichi inventori di questo onore convenirsi con le virtuose opere de' poeti e de' vittoriosi imperadori. E primieramente la perpetua viridità di queste frondi dissono dimostrare la fama delle costoro opere, cioè di coloro che d'esse si coronavano o coronerebbono nel futuro, sempre dovere stare in vita. Appresso estimarono l'opere di questi cotali essere di tanta potenza, che né il fuoco della invidia, né la folgore della lunghezza del tempo, la quale ogni cosa consuma, dovesse mai queste potere fulminare, se non come quello albero fulminava la celeste folgore. E oltre a questo diceano queste opere de' già detti per lunghezza di tempo mai dovere divenire meno piacevoli e graziose a chi l'udisse o le leggesse, ma sempre dovere essere accettevoli e odorose. Laonde meritamente si confaceva la corona di cotai frondi, più ch'altra, a cotali uomini, gli cui effetti, in tanto quanto vedere possia-

mo, erano a lei conformi. Per che non senza cagione il nostro Dante era ardentissimo disideratore di tale onore ovvero di cotale testimonianza di tanta virtù, quale questa è a coloro, li quali degni si fanno di doversene ornare le tempie. Ma tempo è di tornare là onde, intrando in questo, ci dipartimmo.

Fu il nostro poeta, oltre alle cose predette, d'animo alto e disdegnoso molto; tanto che, cercandosi per alcuno suo amico, il quale ad istanzia de' suoi prieghi il faceva, che egli potesse ritornare in Fiorenza, il che egli oltre ad ogni altra cosa sommamente disiderava, né trovandosi a ciò alcuno modo con coloro li quali il governo della republica allora aveano nelle mani, se non uno, il quale era questo: che egli per certo spazio stesse in prigione, e dopo quello in alcuna solennità publica fosse misericordievolmente alla nostra principale ecclesia offerto, e per conseguente libero e fuori d'ogni condanna-gione per addietro fatta di lui; la qual cosa parendogli convenirsi e usarsi in qualunque e depressi e infami uomini, e non in altri: per che oltre al suo maggiore disiderio, preelesse di stare in esilio, anzi che per cotal via tornare in casa sua.

Oh isdegno laudevole di magnanimo, quanto virilmente operasti, reprimendo l'ardente disio del ritornare per via meno che degna ad uomo nel grembo della filosofia nutricato!

Molto simigliantemente presunse di sé, né gli parve meno valere, secondo che i suoi contemporanei rapportano, che ei valesse; la qual cosa, tra l'altre volte, apparve una notabilmente, mentre che egli era con la sua setta nel colmo del reggimento della republica. Che, con ciò fosse cosa che per coloro li quali erano depressi fosse chiamato, mediante Bonifazio papa VIII, a ridirizzare lo stato della nostra città, uno fratello ovvero congiunto di Filippo allora re di Francia, il cui nome fu Carlo; si ragunarono ad uno consiglio per provvedere a questo fatto tutti li precipi della setta, con la quale esso tenea; e quivi tra l'altre cose providero, che ambasceria si dovesse mandare al papa, il quale allora era a Roma, per la quale s'inducesse il detto papa a dovere ostare alla venuta del detto Carlo, ovvero lui, con concordia della setta, la quale reggeva, far venire. E venuto al diliberare chi do-

vesse essere precipe di cotale legazione, fu per tutti detto che Dante fosse desso. Alla quale richesta Dante, alquanto sopra sé stato, disse: – Se io vo, chi rimane? se io rimango, chi va? – quasi esso solo fosse colui che tra tutti valesse, e per cui tutti gli altri valessero. Questa parola fu intesa e raccolta, ma quello che di ciò seguisse non fa al presente proposito, e però, passando avanti, il lascio stare.

Oltre a queste cose, fu questo valente uomo in tutte le sue avversità fortissimo: solo in una cosa non so se io mi dica fu impaziente o animoso, cioè in opera pertinente a parte, poi che in esilio fu, troppo più che alla sua sufficienza non appartenea, e che egli non volea che di lui per altrui si credesse. E acciò che a qual parte fosse così animoso e pertinace appaia, mi pare sia da procedere alquanto più oltre scrivendo.

Io credo che giusta ira di Dio permettesse, già è gran tempo, quasi tutta Toscana e Lombardia in due parti dividersi: delle quali, onde cotali nomi s'avessero, non so; ma l'una si chiamò e chiama «parte guelfa», e l'altra fu «ghibellina» chiamata. E di tanta efficacia e reverenzia furono negli stolti animi di molti questi due nomi, che, per difendere quello che alcuno avesse eletto per suo contra il contrario, non gli era di perdere gli suoi beni e ultimamente la vita, se bisogno fosse fatto, malagevole. E sotto questi titoli molte volte le città italiche sostennero di gravissime pressure e mutamenti; e intra l'altre la nostra città, quasi capo e dell'uno nome e dell'altro, secondo il mutamento de' cittadini; intanto che gli maggiori di Dante per guelfi da' ghibellini furono due volte cacciati di casa loro, e egli similmente, sotto titolo di guelfo, tenne i freni della republica in Firenze.

Della quale cacciato, come mostrato è, non da' ghibellini ma da' guelfi, e veggendo sé non potere ritornare, in tanto mutò l'animo, che niuno più fiero ghibellino e a' guelfi avversario fu come lui; e quello di che io più mi vergogno in servizio della sua memoria è che pubblicissima cosa è in Romagna, lui ogni feminella, ogni piccol fanciullo ragionante di parte e dannante la ghibellina, l'avrebbe a tanta insania mosso, che a gittare le pietre l'avrebbe condotto, non avendo taciuto. E con questa animosità si visse infino alla morte.

Certo, io mi vergogno dovere con alcuno difetto maculare la fama di cotanto uomo; ma il cominciato ordine delle cose in alcuna parte il richiede; perciò che, se nelle cose meno che laudevole in lui mi tacerò, io torrò molta fede alle laudevole già mostrate. A lui medesimo adunque mi scuso, il quale per avventura me scrivente con isdegnoso occhio d'alta parte del cielo ragguarda.

Tra cotanta virtù, tra cotanta scienza, quanta dimostrato è di sopra essere stata in questo mirifico poeta, trovò ampissimo luogo la lussuria, e non solamente ne' giovani anni, ma ancora ne' maturi. Il quale vizio, come che naturale e comune e quasi necessario sia, nel vero non che commendare, ma scusare non si può degnamente. Ma chi sarà tra' mortali giusto giudice a condannarlo? Non io. Oh poca fermezza, oh bestiale appetito degli uomini, che cosa non possono le femine in noi, s'elie vogliono, che, eziandio non volendo, posson gran cose? Esse hanno la vaghezza, la bellezza e il naturale appetito e altre cose assai continuamente per loro ne' cuori degli uomini procuranti; e che questo sia vero, lasciamo stare quello che Giove per Europa, o Ercule per Iole, o Paris per Elena facessero, che, perciò che poetiche cose sono, molti di poco sentimento le dirien favole, ma mostrisi per le cose non convenevoli ad alcuno di negare.

Era ancora nel mondo più che una femina quando il nostro primo padre, lasciato il comandamento fattogli dalla propria bocca di Dio, s'accostò alle persuasioni di lei? Certo no. E David, non ostante che molte n'avesse, solamente veduta Bersabè, per lei dimenticò Iddio, il suo regno, sé e la sua onestà, e adultero prima e poi omicida divenne: che si dee credere che egli avesse fatto, se ella alcuna cosa avesse comandato? E Salomone, al cui senno niuno, dal figliuolo di Dio in fuori, aggiunse mai, non abbandonò colui che savio l'aveva fatto, e per piacere ad una femina s'inginocchiò e adorò Baalim? Che fece Erode? che altri molti, da niuna altra cosa tirati che dal piacer loro? Adunque tra tanti e tali non iscusato, ma, accusato con assai meno curva fronte che solo, può passare il nostro poeta. E questo basti al presente de' suoi costumi più notabili avere contato.

Compose questo glorioso poeta più opere ne' suoi giorni, delle quali fare ordinata memoria credo che sia convenevole, acciò che né alcuno delle sue s'intitolasse, né a lui fossero per avventura intitolate l'altrui. Egli primieramente, duranti ancora le lagrime della morte della sua Beatrice, quasi nel suo ventesimosesto anno compose in uno volumetto, il quale egli intitolò Vita nova, certe operette, sì come sonetti e canzoni, in diversi tempi davanti in rima fatte da lui, maravigliosamente belle; di sopra da ciascuna partitamente e ordinatamente scrivendo le cagioni che a quelle fare l'avea[n] mosso, e di dietro ponendo le divisioni delle precedenti opere. E come che egli d'avere questo libretto fatto, negli anni più maturi si vergognasse molto, nondimeno, considerata la sua età, è egli assai bello e piacevole, e massimamente a' volgari.

Appresso questa compilazione più anni, ragguardando egli della sommità del governo della repubblica, sopra la quale stava, e veggendolo in grandissima parte, sì come di così fatti luoghi si vede, qual fosse la vita degli uomini, e quali fossero gli errori del vulgo, e come fossero pochi i disvianti da quello e di quanto onore degni fossero, e quegli, che a quello s'accostassero, di quanta confusione, dannando gli studii di questi cotali e molto più li suoi commendando, gli venne nell'animo uno alto pensiero, per lo quale ad una ora, cioè in una medesima opera, propose, mostrando la sua sufficienza di mordere con gravissime pene i viziosi, e con altissimi premii li valorosi onorare, e a sé perpetua gloria apparecchiare. E, perciò che, come già è mostrato, egli aveva ad ogni studio preposta la poesia, poetica opera estimò di comporre. E, avendo molto davanti premeditato quello che fare dovesse, nel suo trentacinquesimo anno si cominciò a dare al mandare ad effetto ciò che davanti premeditato avea, cioè a volere secondo i meriti e mordere e premiare, secondo la sua diversità, la vita degli uomini. La quale, perciò che conobbe essere di tre maniere, cioè viziosa, o da' vizii partentesi e andante alla virtù, o virtuosa, quella in tre libri, dal mordere la viziosa cominciando e finendo nel premiare la virtuosa, mirabilmente distinse in uno volume, il quale tutto intitolò Comedia. De' quali tre libri egli ciascuno distinse per

canti e i canti per ritmi, sì come chiaro si vede; e quello in rima volgare compose con tanta arte, con sì mirabile ordine e con sì bello, che niuno fu ancora che giustamente quello potesse in alcuno atto riprendere. Quanto sottilmente egli in esso poetasse per tutto, coloro, alli quali è tanto ingegno prestato che 'ntendano, il possono vedere. Ma, sì come noi veggiamo le gran cose non potersi in breve tempo comprendere, e per questo conoscere dobbiamo così alta, così grande, così escogitata impresa, come fu tutti gli atti degli uomini e i loro meriti poeticamente volere sotto versi volgari e rimati racchiudere, non essere stato possibile in picciolo spazio avere il suo fine recata; e massimamente da uomo, il quale da molti e varii casi della Fortuna, pieni tutti d'angoscia e d'amaritudine venenati, sia stato agitato (come di sopra mostrato è che fu Dante): per che dall'ora che di sopra è detta che egli a così alto lavorio si diede infino allo stremo della sua vita, come che altre opere, come apparirà, non ostante questa, componesse in questo mezzo, gli fu fatica continua. Né fia di soperchio in parte toccare d'alcuni accidenti intorno al principio e alla fine di quella avvenuti.

Dico che, mentre che egli era più attento al glorioso lavoro, e già della prima parte di quello, la quale intitola Inferno, aveva composti sette canti, mirabilmente fingendo, e non miga come gentile, ma come cristianissimo poetando, cosa sotto questo titolo mai avanti non fatta, sopravvenne il gravoso accidente della sua cacciata, o fuga che chiamar si convegna, per lo quale egli e quella ogni altra cosa abbandonata, incerto di se medesimo, più anni con diversi amici e signori andò vagando. Ma, come noi dovemo certissimamente credere a quello che Iddio dispone niuna cosa contraria la Fortuna potere operare, per la quale, e se forse vi può porre indugio, istôrla possa dal debito fine, avvenne che alcuno per alcuna sua scrittura forse a lui opportuna, cercando fra cose di Dante in certi forzieri state fuggite subitamente in luoghi sacri, nel tempo che tumultuosamente la ingrata e disordinata plebe gli era, più vaga di preda che di giusta vendetta, corsa alla casa, trovò li detti sette canti stati da Dante composti, gli quali con ammirazione, non sappiendo che si fossero, lesse, e, piacen-

dogli sommamente, e con ingegno sottrattigli del luogo dove erano, gli portò ad un nostro cittadino, il cui nome fu Dino di messer Lambertuccio, in quegli tempi famosissimo dicitore per rima in Firenze, e mostrogliele. Li quali veggendo Dino, uomo d'alto intelletto, non meno che colui che portati gli ele avea, si maravigliò sì per lo bello e pulito e ornato stile del dire, sì per la profondità del senso, il quale sotto la bella corteccia delle parole gli pareva sentire nascoso: per le quali cose agevolmente insieme col portatore di quegli, e sì ancora per lo luogo onde tratti gli avea, estimò quegli essere, come erano, opera stati di Dante. E, dolendosi quella essere imperfetta rimasa, come che essi non potessero seco presumere a qual fine fosse il termine suo, fra loro deliberarono di sentire dove Dante fosse, e quello, che trovato avevan, mandargli, acciò che, se possibile fosse, a tanto principio desse lo 'mmaginato fine. E, sentendo dopo alcuna investigazione lui essere appresso il marchese Morruello, non a lui, ma al marchese scrissono il loro desiderio, e mandarono li sette canti; gli quali poi che il marchese, uomo assai intendente, ebbe veduti e molto seco lodatigli, gli mostrò a Dante, domandandolo se esso sapea cui opera stati fossero; li quali Dante riconosciuti subito, rispose che sua. Allora il pregò il marchese che gli piacesse di non lasciare senza debito fine sì alto principio. — Certo — disse Dante — io mi credea nella ruina delle mie cose questi con molti altri miei libri avere perduti, e perciò, sì per questa credenza e sì per la moltitudine de l'altre fatiche per lo mio esilio sopravvenute, del tutto avea l'alta fantasia, sopra questa opera presa, abandonata; ma, poi che la Fortuna inopinatamente me gli ha ripinti dinanzi, e a voi aggrada, io cercherò di ritornarmi a memoria il primo proposito, e procederò secondo che data mi fia la grazia. — E reassunta, non senza fatica, dopo alquanto tempo la fantasia lasciata, seguì: *Io dico, seguintando, ch'assai prima etc.*; dove assai manifestamente, chi ben riguarda, può la ricongiunzione dell'opera intermessa conoscere.

Ricominciata adunque da Dante la magnifica opera, non, forse secondo che molti estimerebbono, senza più interromperla la perdesse alla fine; anzi più volte, secondo la gravità de' casi sopravvenenti

richiedea, quando mesi e quando anni, senza potervi operare alcuna cosa, mise in mezzo; né tanto si poté avacciare, che prima nol sopra-giugnesse la morte che egli tutta pubblicare la potesse. Egli era suo costume, quale ora sei o otto o più o meno canti fatti n'avea, quegli, prima che alcuno altro gli vedesse, donde che egli fosse, mandare a messer Cane della Scala, il quale egli oltre ad ogni altro uomo avea in reverenza; e, poi che da lui eran veduti, ne faceva copia a chi la ne volea. E in così fatta maniera avendogliele tutti, fuori che gli ultimi tredici canti, mandati, e quegli avendo fatti, né ancora mandatigli, avvenne che egli, senza avere alcuna memoria di lasciargli, si morì. E, cercato da que' che rimasero, e figliuoli e discepoli, più volte e più mesi, fra ogni sua scrittura, se alla sua opera avesse fatta alcuna fine, né trovandosi per alcun modo li canti residui, essendone generalmente ogni suo amico cruccioso, che Iddio non l'aveva almeno tanto prestato al mondo che egli il picciolo rimanente della sua opera avesse potuto compiere, dal più cercare, non trovandogli, s'erano, disperati, rimasi.

Eransi Iacopo e Piero, figliuoli di Dante, de' quali ciascuno era dicitore in rima, per persuasioni d'alcuni loro amici, messi a volere, in quanto per loro si potesse, supplire la paterna opera, acciò che imperfetta non procedesse; quando a Iacopo, il quale in ciò era molto più che l'altro fervente, apparve una mirabile visione, la quale non solamente dalla stolta presunzione il tolse, ma gli mostrò dove fossero li tredici canti, li quali alla divina Comedia mancavano, e da loro non saputi trovare.

Raccontava uno valente uomo ravignano, il cui nome fu Piero Giardino, lungamente discepolo stato di Dante, che, dopo l'ottavo mese della morte del suo maestro, era una notte, vicino all'ora che noi chiamiamo «matutino», venuto a casa sua il predetto Iacopo, e dettogli sé quella notte, poco avanti a quella ora, avere nel sonno veduto Dante suo padre, vestito di candidissimi vestimenti e d'una luce non usata risplendente nel viso, venire a lui; il quale gli pareva domandare se egli vivea, e udire da lui per risposta di sì, ma della vera vita, non della nostra; per che, oltre a questo, gli pareva ancora domandare, se

egli avea compiuta la sua opera anzi il suo passare alla vera vita, e, se compiuta l'avea, dove fosse quello che vi mancava, da loro giammai non potuto trovare. A questo gli pareva la seconda volta udire per risposta: — Sì, io la compie' —; e quindi gli pareva che 'l prendesse per mano e menasselo in quella camera dove era uso di dormire quando in questa vita vivea; e, toccando una parte di quella, dicea: — Egli è qui quello che voi tanto avete cercato. — E questa parola detta, ad una ora il sonno e Dante gli parve che si partissono. Per la qual cosa affermava, sé non essere potuto senza venirgli a significare ciò che veduto avea, acciò che insieme andassero a cercare nel luogo mostrato a lui, il quale egli ottimamente nella memoria avea segnato, a vedere se vero spirito o falsa delusione questo gli avesse disegnato. Per la quale cosa, restando ancora gran pezzo di notte, mossi insieme, vennero al mostrato luogo, e quivi trovarono una stuoia al muro confitta, la quale leggiermente levatane, videro nel muro una finestretta da niuno di loro mai più veduta, né saputo che ella vi fosse. e in quella trovarono alquante scritte, tutte per l'umidità del muro muffate e vicine al corrompersi, se guari più state vi fossero; e quelle pianamente dalla muffa purgate, leggendole, videro contenere li tredici canti tanto da loro cercati. Per la qual cosa lietissimi, quegli riscritti, secondo l'usanza dell'autore prima gli mandarono a messer Cane, e poi alla imperfetta opera ricongiunsono come si convenia. In cotale maniera l'opera, in molti anni compilata, si vide finita.

Muovono molti, e intra essi alcuni savi uomini generalmente una quistione così fatta: che con ciò fosse cosa che Dante fosse in iscienza solennissimo uomo, perché a comporre così grande, di sì alta materia e sì notabile libro, come è questa sua Comedia, nel fiorentino idioma si disponesse; perché non più tosto in versi latini, come gli altri poeti precedenti hanno fatto. A così fatta domanda rispondere, tra molte ragioni, due a l'altre principali me ne occorrono. Delle quali la prima è per fare utilità più comune a' suoi cittadini e agli altri Italiani: conoscendo che, se metricamente in latino, come gli altri poeti passati, avesse scritto, solamente a' letterati avrebbe fatto utile; scrivendo in volgare fece opera mai più non fatta, e non tolse il non potere

essere inteso da' letterati, e mostrando la bellezza del nostro idioma e la sua eccellente arte in quello, e diletto e intendimento di sé diede agl'idioti, abbandonati per addietro da ciascheduno. La seconda ragione, che a questo il mosse, fu questa.

Vedendo egli li liberali studii del tutto abbandonati, e massimamente da' precipi e dagli altri grandi uomini, a' quali si soleano le poetiche fatiche intitolare, e per questo e le divine opere di Virgilio e degli altri solenni poeti non solamente essere in poco pregio divenute, ma quasi da' più disprezzate; avendo egli incominciato, secondo che l'altezza della materia richiedea, in questa guisa:

Ultima regna canam, fluvido contermina mundo,
spiritibus quae lata patent, quae premia solvunt
pro meritis cuicunque suis, etc.

i lasciò istare; e, immaginando invano le croste del pane porsi alla bocca di coloro che ancora il latte suggano, in istile atto a' moderni sensi ricominciò la sua opera e perseguilla in volgare.

Questo libro della Comedia, secondo il ragionare d'alcuno, intitolò egli a tre solennissimi uomini italiani, secondo la sua triplice divisione, a ciascuno la sua, in questa guisa: la prima parte, cioè lo *'Nferno*, intitolò a Uguccione della Faggiuola, il quale allora in Toscana signore di Pisa era, mirabilmente glorioso; la seconda parte, cioè il *Purgatorio*, intitolò al marchese Moruello Malespina; la terza parte, cioè il *Paradiso*, a Federigo III re di Cicilia. Alcuni vogliono dire lui averlo intitolato tutto a messer Cane della Scala; ma, quale si sia di queste due la verità, niuna cosa altra n'abbiamo che solamente il volontario ragionare di diversi; né egli è sì gran fatto che solenne investigazione ne bisogni.

Similmente questo egregio autore nella venuta d'Arrigo VII imperadore fece uno libro in latina prosa, il cui titolo è *Monarcia*, il quale, secondo tre quistioni le quali in esso ditermina, in tre libri divise. Nel primo, loicalmente disputando, pruova che a bene essere del mondo sia di necessità essere imperio; la quale è la prima quistione.

Nel secondo, per argomenti istoriografi procedendo, mostra Roma di ragione ottenere il titolo dello imperio; ch'è la seconda quistione. Nel terzo, per argomenti teologi pruova l'auttorità dello 'mperio immediatamente procedere da Dio, e non mediante alcuno suo vicario, come li cherici pare che vogliano; ch'è la terza quistione.

Questo libro più anni dopo la morte dell'auttore fu dannato da messer Beltrando cardinale del Poggetto e legato di papa nelle parti di Lombardia, sedente Giovanni papa XXII. E la cagione fu perciò che Lodovico duca di Baviera, dagli elettori della Magna eletto in re de' Romani, e venendo per la sua coronazione a Roma, contra il piacere del detto Giovanni papa essendo in Roma, fece, contra gli ordinamenti ecclesiastici, uno frate minore, chiamato frate Pietro della Corvara, papa, e molti cardinali e vescovi; e quivi a questo papa si fece coronare. E, nata poi in molti casi della sua auttorità quistione, egli e' suoi seguaci, trovato questo libro, a difensione di quella e di sé molti degli argomenti in esso posti cominciarono ad usare; per la qual cosa il libro, il quale infino allora appena era saputo, divenne molto famoso. Ma poi, tornatosi il detto Lodovico nella Magna, e li suoi seguaci, e massimamente i cherici, venuti al dichino e dispersi, il detto cardinale, non essendo chi a ciò s'opponesse, avuto il soprascritto libro, quello in publico, sì come cose eretiche contenente, dannò al fuoco. E il simigliante si sforzava di fare dell'ossa dell'auttore a eterna infamia e confusione della sua memoria, se a ciò non si fosse opposto uno valoroso e nobile cavaliere fiorentino, il cui nome fu Pino della Tosa, il quale allora a Bologna, dove ciò si trattava, si trovò, e con lui messere Ostagio da Polenta, potente ciascuno assai nel cospetto del cardinale di sopra detto.

Oltre a questi compose il detto Dante due egloge assai belle, le quali furono intitolate e mandate da lui, per risposta di certi versi mandatigli, a maestro Giovanni del Virgilio, del quale di sopra altra volta è fatta menzione.

Compuose ancora uno commento in prosa in fiorentino volgare sopra tre delle sue canzoni distese, come che egli appaia lui avere avuto intedimento, quando il cominciò, di commentarle tutte, bene

che poi, o per mutamento di proposito o per mancamento di tempo che avvenisse, più commentate non se ne truovano da lui; e questo intitolò Convivio, assai bella e laudevole operetta.

Appresso, già vicino alla sua morte, compuose uno libretto in prosa latina, il quale egli intitolò *De vulgari eloquentia*, dove intendea di dare dottrina, a chi imprendere la volesse, del dire in rima; e come che per lo detto libretto apparisca lui avere in animo di dovere in ciò comporre quattro libri, o che più non ne facesse dalla morte soprapreso, o che perduti sieno gli altri, più non appariscono che due solamente.

Fece ancora questo valoroso poeta molte pistole prosaice in latino, delle quali ancora appariscono assai. Compuose molte canzoni distese, sonetti e ballate assai e d'amore e morali, oltre a quelle che nella sua Vita nova appariscono; delle quali cose non curo di fare speciale menzione al presente.

In così fatte cose, quali di sopra sono dimostrate, consumò il chiarissimo uomo quella parte del suo tempo, la quale egli agli amorosi sospiri, alle pietose lacrime, alle sollecitudini private e publice e a' varii fluttuamenti della iniqua Fortuna poté imbolare: opere troppo più a Dio e agli uomini accettevoli che gl'inganni, le fraudi, le menzogne, le rapine e' tradimenti, li quali la maggior parte degli uomini usano oggi, cercando per diverse vie uno medesimo termino, cioè il divenire ricco, quasi in quelle ogni bene, ogni onore, ogni beatitudine stea. Oh menti sciocche, una brieve particella d'una ora separarà dal caduco corpo lo spirito, e tutte queste vituperevoli fatiche annullerà, e il tempo, nel quale ogni cosa suol consumarsi, o annullerà prestamente la memoria del ricco, o quella per alcuno spazio con gran vergogna di lui serverà! Che del nostro poeta certo non avverrà; anzi, sì come noi veggiamo degli strumenti bellici addivenire, che per l'usargli diventan più chiari, così avverrà del suo nome: egli, per essere stropicciato dal tempo, sempre diventerà più lucente. E perciò fatichi chi vuole nelle sue vanità, e bastigli l'esser lasciato fare, senza volere, con riprensione da se medesimo non intesa, l'altrui virtuoso operare andar mordendo.

Mostrato è sommariamente qual fosse l'origine, gli studii e la vita e' costumi, e quali sieno l'opere state dello splendido uomo Dan-

te Alighieri, poeta chiarissimo, e con esse alcuna altra cosa, facendo trasgressione, secondo che conceduto m'ha Colui che d'ogni grazia è donatore. Ben so, per molti altri molto meglio e più discretamente si saria potuto mostrare; ma chi fa quel che sa, più non gli è richesto. Il mio avere scritto come io ho saputo, non toglie il potere dire ad uno altro, che meglio ciò creda di scrivere che io non ho fatto; anzi forse, se io in parte alcuna ho errato, darò materia altrui di scrivere, per dire il vero, del nostro Dante, ove infino a qui niuno truovo averlo fatto. Ma la mia fatica non è ancora alla sua fine.

Una particella, nel processo promessa di questa operetta, mi resta a dichiarare, cioè il sogno della madre del nostro poeta, quando in lui era gravida, veduto da lei; del quale io, quanto più brevemente saprò e potrò, intendo di dilivrar mi, e porre fine al ragionare.

Vide la gentil donna nella sua gravidezza sé a piè d'uno altissimo alloro, allato ad una chiara fontana partorire uno figliuolo, il quale di sopra altra volta narrai, in breve tempo, pascendosi delle bache di quello alloro cadenti e dell'onde della fontana, divenire un gran pastore e vago molto delle frondi di quello alloro sotto il quale era; a le quali avere mentre che egli si sforzava, le pareva che egli cadesse; e subitamente non lui, ma di lui uno bellissimo paone le pareva vedere. Dalla quale meraviglia la gentil donna commossa, ruppe, senza vedere di lui più avanti, il dolce sonno.

La divina bontà, la quale ab eterno, sì come presente, ogni cosa futura prevede, suole, da sua propria benignità mossa, quale ora la natura, sua generale ministra, è per produrre alcuno inusitato effetto infra' mortali, di quello con alcuna dimostrazione o in segno o in sogno o in altra maniera farci avveduti, acciò che dalla predimostrazione argomento prendiamo ogni conoscenza consistere nel Signore della natura producente ogni cosa; la quale predimostrazione, se bene si riguarda, ne fece nella venuta del poeta, del quale tanto di sopra è parlato, nel mondo. E a quale persona la poteva egli fare che con tanta affezione e veduta e servata l'avesse, quanto colei che della cosa mostrata doveva essere madre, anzi già era? Certo a niuna. Mostrolo dunque a lei, e quello che egli a lei mostrasse ci è già manifesto per

la scrittura di sopra; ma quello che egli intendesse con più aguto occhio è da vedere. Parve adunque alla donna partorire un figliuolo, e certo così fece ella infra picciolo termine dalla veduta visione. Ma che vuole significare l'alto alloro sotto il quale il partorisce, è da vedere.

Oppinione è degli astrologhi e di molti naturali filosofi, per la virtù e influenza de' corpi superiori gl'inferiori e producirsi e nutrirsi, e, se potentissima ragione da divina grazia illuminata non resiste, guidarsi. Per la qual cosa, veduto quale corpo superiore sia più possente nel grado che sopra l'orizzonte sale in quella ora che alcun nasce, secondo quello cotale corpo più possente, anzi secondo le sue qualità, dicono del tutto il nato disporsi.

Per che per lo alloro, sotto il quale alla donna pareva il nostro Dante dare al mondo, mi pare che sia da intendere la disposizione del cielo la quale fu nella sua natività, mostrante sé essere tale che magnanimità e eloquenzia poetica dimostrava; le quali due cose significa l'alloro, àlbore di Febo, e delle cui frondi li poeti sono usi di coronarsi, come di sopra è già mostrato assai.

Le bache, delle quali nutrimento prendeva il fanciullo nato, gli effetti da così fatta disposizione di cielo, quale è dimostrata, già proceduti, intendo; li quali sono i libri poetici e le loro dottrine, da' quali libri e dottrine fu altissimamente nutricato, cioè ammaestrato il nostro Dante.

Il fonte chiarissimo, de la cui acqua le pareva che questi bevesse, niuna altra cosa giudico che sia da intendere se non l'ubertà della filosofica dottrina morale e naturale; la quale sì come dalla ubertà nascosa nel ventre della terra procede, così e queste dottrine dalle copiose ragioni dimostrative, che terrena ubertà si possono dire, prendono essenza e cagione: senza le quali, così come il cibo non può bene disporsi, senza bere, negli stomaci di chi 'l prende, non si può alcuna scienza bene negl'intelletti adattare di nessuno, se dalli filosofici dimostramenti non v'è ordinata e disposta. Per che ottimamente possiamo dire, lui con le chiare onde, cioè con la filosofia, disporre nel suo stomaco, cioè nel suo intelletto, le bache delle quali si pasce, cioè la poesia, la quale, come già è detto, con tutta la sua sollecitudine studiava.

Il divenire subitamente pastore ne mostra la eccellenza del suo ingegno, in quanto subitamente; il quale fu tanto e tale, che in breve spazio di tempo comprese per istudio quello che opportuno era a divenire pastore, cioè datore di pastura agli altri ingegni di ciò bisognosi. E sì come assai leggiermente ciascuno può comprendere, due maniere sono di pastori: l'una sono pastori corporali, l'altra spirituali. Li corporali pastori sono di due maniere, delle quali la prima è quella di coloro che volgarmente da tutti sono appellati «pastori», cioè i guardatori delle pecore o de' buoi o di qualunque altro animale; la seconda maniera sono i padri delle famiglie, dalla sollecitudine de' quali convegono essere e pasciuti e guardati e governati le greggie de' figliuoli e de' servidori e degli altri soggetti di quegli. Li spirituali pastori similmente si possono dire di due maniere, delle quali l'una è quella di coloro li quali pascono l'anime de' viventi della parola di Dio: e questi sono li prelati, i predicatori e' sacerdoti, nella cui custodia sono commesse l'anime labili di qualunque sotto il governo a ciascuno ordinato dimora; l'altra è quella di coloro li quali, d'ottima dottrina, o leggendo quello che gli passati hanno scritto, o scrivendo di nuovo ciò che loro pare o non tanto chiaro mostrato o omesso, informano e l'anime e gl'intelletti degli ascoltanti o de' leggenti: li quali generalmente dottori, in qual che facultà si sia, sono appellati. Di questa maniera di pastori subitamente, cioè in poco tempo, divenne il nostro poeta. E che ciò sia vero, lasciando stare l'altre opere compilate da lui, riguardisi la sua Commedia, la quale con la dolcezza e bellezza del testo pasce non solamente gli uomini, ma i fanciulli e le femine; e con mirabile soavità de' profondissimi sensi sotto quella nascosi, poi che alquanto gli ha tenuti sospesi, ricrea e pasce gli solenni intelletti.

Lo sforzarsi ad avere di quelle frondi, il frutto delle quali l'ha nutricato, niuna altra cosa ne mostra che l'ardente desiderio avuto da lui, come di sopra si dice, della corona laurea; la quale per nulla altro si desidera, se non per dare testimonianza del frutto. Le quali frondi mentre che egli più ardentemente desiderava, lui dice che vide cadere; il quale cadere niuna altra cosa fu se non quello cadimento che

tutti facciamo senza levarci, cioè il morire; il quale, se bene si ricorda di ciò che di sopra è detto, gli avvenne quando più la sua laurea-zione disiava.

Seguentemente dice che di pastore subitamente il vide divenuto un paone; per lo qual mutamento assai bene la sua posterità comprendere possiamo, la quale, come che nell'altre sue opere stea, som-mamente vive nella sua Commedia, la quale, secondo il mio giudicio, ottimamente è conforme al paone, se le proprietà de l'uno e de l'altra si guarderanno. Il paone tra l'altre sue proprietà, per quello che appaia, n'ha quattro notabili.

La prima si è che egli si ha penna angelica, e in quella ha cento occhi; la seconda si è che egli ha sozzi piedi e tacita andatura; la terza si è che egli ha voce molto orribile ad udire; la quarta e l'ultima si è che la sua carne è odorifera e incorruttibile. Queste quattro cose pienamente ha in sé la Comedia del nostro poeta; ma, perciò che acconciamente l'ordine posto di quelle non si può seguire, come verranno più in concio or l'una or l'altra le verrò adattando, e comincerommi da l'ultima. Dico che il senso della nostra Comedia è simigliante alla carne del paone, perciò che esso, o morale o teologo che tu il dèi a quale parte più del libro ti piace, è semplice e immutabile verità, la quale non solamente corruzione non può ricevere, ma quanto più si ricerca, maggiore odore della sua incorruttibile soavità porge a' riguardanti. E di ciò leggiermente molti esempi si mostrerebbero, se la presente materia il sostenesse; e però, senza porne alcuno, lascio il cercarne agl'intendenti.

Angelica penna dissi che copria questa carne; e dico «angelica», non perché io sappia se così fatte o altramenti gli angeli n'abbiano alcuna, ma, congetturando a guisa de' mortali, udendo che gli angeli volino, avviso loro dovere avere penne; e, non sappiendone alcuna fra questi nostri uccelli più bella, né più peregrina, né così come quella del paone, imagino loro così doverle avere fatte; e però non quelle da queste, ma queste da quelle dinomino, perché più nobile uccello è l'angelo che 'l paone. Per le quali penne, onde questo corpo si cuopre, intendo la bellezza della peregrina istoria, che nella superficie della lettera della Comedia suona: sì come l'essere disceso in inferno

e veduto l'abito del luogo e le varie condizioni degli abitanti; essere ito su per la montagna del purgatorio, udite le lagrime e i lamenti di coloro che sperano d'essere santi; e quindi salito in paradiso e la ineffabile gloria de' beati veduta: istoria tanto bella e tanto peregrina, quanto mai da alcuno più non fu pensata non che udita, distinta in cento canti, sì come alcuni vogliono il paone avere nella coda cento occhi. Li quali canti così provvedutamente distinguono le varietà del trattato opportune, come gli occhi distinguono i colori o la diversità delle cose obiette. Dunque bene è d'angelica penna coperta la carne del nostro paone.

Sono similmente a questo paone li piè sozzi e l'andatura queta: le quali cose ottimamente alla Comedia del nostro autore si confanno, perciò che, sì come sopra i piedi pare che tutto il corpo si sostenga, così prima facie pare che sopra il modo del parlare ogni opera in iscrittura composta si sostenga; e il parlare volgare, nel quale e sopra il quale ogni giuntura de la Comedia si sostiene, a rispetto dell'alto e maestrevole stilo letterale che usa ciascun altro poeta, è sozzo, come che egli sia più che gli altri belli agli odierni ingegni conforme. L'andar quieto significa l'umiltà dello stilo, il quale nelle comedie di necessità si richiede, come color sanno che intendono che vuole dire «comedia».

Ultimamente dico che la voce del paone è orribile; la quale, come che la soavità delle parole del nostro poeta sia molta quanto alla prima apparenza, senza niuno fallo a chi bene le medolle dentro ragguarderà, ottimamente a lui si confà. Chi più orribilmente grida di lui, quando con invezione acerbissima morde le colpe di molti viventi, e quelle de' preteriti gastiga? Qual voce è più orrida che quella del gastigante a colui che è disposto a peccare? Certo niuna. Egli ad una ora con le sue dimostrazioni spaventa i buoni e contrista i malvagi; per la qual cosa quanto in questo adopera, tanto veramente orrida voce si può dire avere. Per la qual cosa, e per l'altre di sopra toccate, assai appare, colui, che fu vivendo pastore, dopo la morte essere divenuto paone, sì come credere si puote essere stato per divina spirazione nel sonno mostrato alla cara madre.

Questa esposizione del sogno della madre del nostro poeta conosco essere assai superficialmente per me fatta; e questo per più cagioni. Primieramente, perché forse la sufficienza, che a tanta cosa si richiederebbe, non c'era; appresso, posto che stata ci fosse, la principale intenzione nol patia; ultimamente, quando e la sufficienza ci fosse stata e la materia l'avesse patito, era ben fatto da me non essere più detto che detto sia, acciò che ad altrui più di me sofficiente e più vago alcuno luogo si lasciasse di dire. E perciò quello, che per me detto n'è, quanto a me dee convenevolmente bastare, e quel che manca, rimanga nella sollecitudine di chi segue.

La mia piccioletta barca è pervenuta al porto, al quale ella dirizzò la proda partendosi dallo opposto lito: e come che il peleggio sia stato picciolo, e il mare, il quale ella ha solcato, basso e tranquillo, nondimeno, di ciò che senza impedimento è venuta, ne sono da rendere grazie a Colui che felice vento ha prestato alle sue vele. Al quale con quella umiltà, con quella divozione, con quella affezione che io posso maggiore, non quelle, né così grandi come si convennieno, ma quelle che io posso, rendo, benedicendo in eterno il suo nome e 'l suo valore.

DE ORIGINE, VITA, STUDIIS ET MORIBUS
CLARISSIMI VIRI DANTIS ALIGERII
FLORENTINI, POETE ILLUSTRIS,
ET DE OPERIBUS COMPOSITIS
AB EODEM, EXPLICIT

